

173
24389
2877
PROPAGANDA DE LA FAMILIA

CUENTOS DE SALON

POR

T. GUERRERO Y C. FRONTAURA.

4 RS. en Madrid.

5 RS. en provincias.

LA DONCELLA DEL PISO SEGUNDO

POR

CÁRLOS FRONTAURA

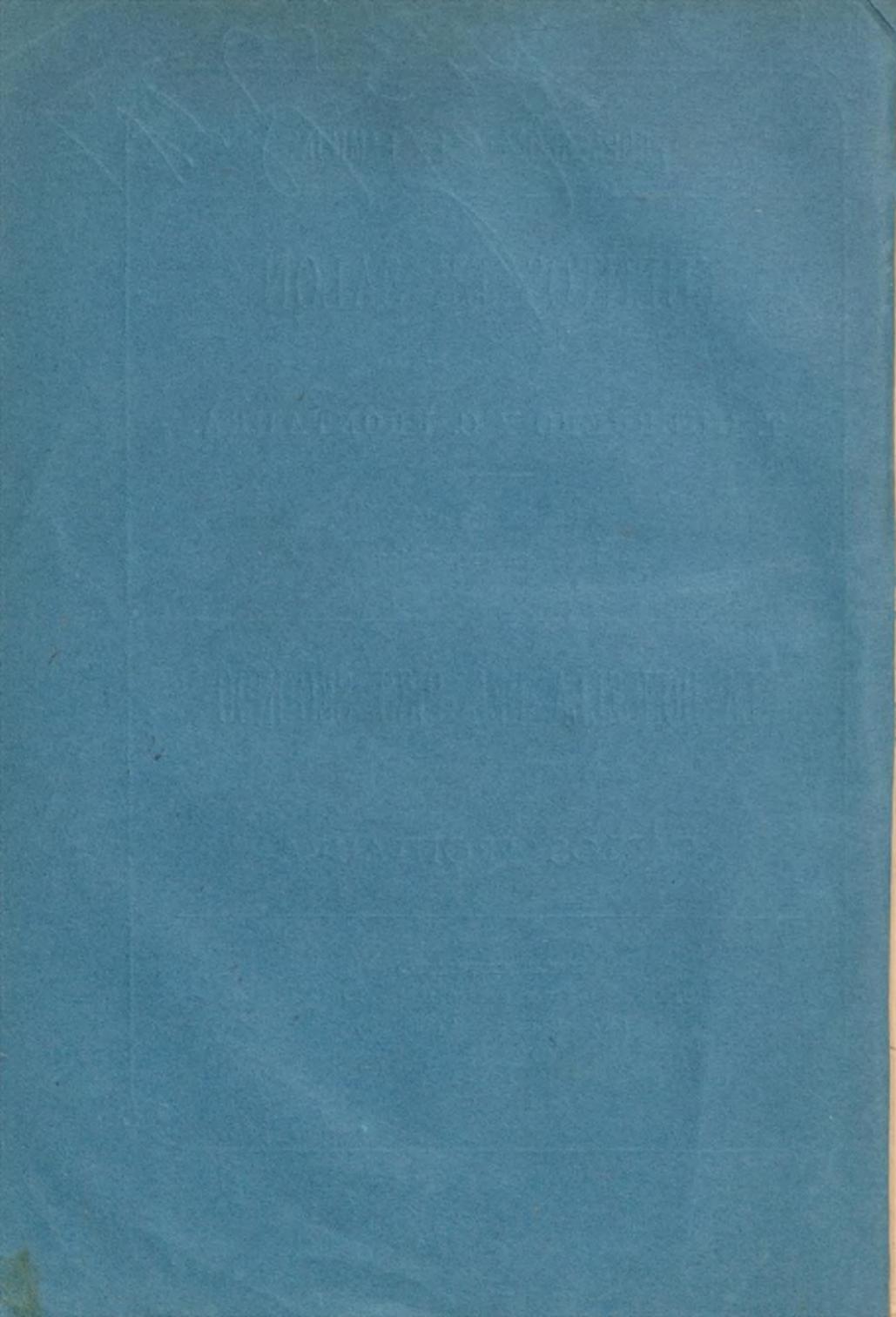
MADRID.

IMPRESA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUALÓ.

Calle del Gid, núm. 4 (Recoletos).

1872

6712



247-498

14359

Apr 18 47

CUENTOS DE SALON

6912

Yule & Winters

CÁRLOS FRONTAURA

LA DONCELLA DEL PISO SEGUNDO

(RECUERDOS DE UN ESTUDIANTE)

MADRID

IMPRESA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO

Calle del Cid, 4 (Recoletos)

1872

CARLOS FRONTAUZA

LA DONCELLA DEL PISO SEGUNDO

(RECORDOS DE UN ESTUDIANTE)

MADRID

LIBRERIA FIDUCIARIA Y ESTADISTICA DE N. BAZ, EDITOR

Calle del Corral de la Cruz, 11

1913

I
Un recién nacido arrojado á la calle.

La hora era un poco intempestiva, por cierto; las tres de la noche, ó, mejor dicho, de la madrugada.

Las calles de la villa estaban más oscuras que la conciencia de un idiota; los serenos dormían profundamente, y los traperos buscaban algo, y áun algos, poniendo en práctica aquel refran que afirma que quien busca halla. Ayudábanles en esta faena algunos perros sin beneficio, ó sea sin dueño; perros de esos á quienes, por libres é independientes, hacen cruda, implacable guerra los celosos dependientes del municipio, y que, en verano sobre todo, anochecen y no amanecen, víctimas de la tenaz persecucion organizada contra ellos.

De cuando en cuando cruzaban las sombras y las

aceras algun amante, que acababa de tronar con la señora de sus pensamientos, tarareando aquello de *Otello*:

*Morró, ma vendicato ;
Sì, dopo lei morro...*

algun jugador desplumado, renegando de su mismísima estampa, ó algun industrial de esos que no pagan contribucion, que viven del fruto del trabajo de los demas, y que, por malos y calamitosos que sean los tiempos, siempre tienen asegurado un rinconcito de casa, siquier sea esta casa la cárcel de Villa. Y á todo esto, ellos y yo, que tambien yo estaba en la calle á tales horas, nos chupábamos los dedos de gusto, hasta dudar un cristiano si era hombre ó besugo, y ver pasar rozándole las pulmonías, á que estamos abonados durante el invierno los paisanos del glorioso labrador San Isidro.

Excuso decir que mi humilde persona iba por esas calles de Dios como alma que lleva el diablo, y no son pocas las almas que el diablo se lleva; pero, aunque al lector no le importe, diré de dónde venia á una hora tan descompasada, y con una noche, la única para esperar pícaros al sol, como decia mi abuela.

Pues, señor; yo venia de una casa donde aquella noche me habia presentado con otros siete compañeros mártires, un amigo de los ocho, que tenia gran valimiento cerca de la señora de la casa, mujer de cuarenta años, hacia diez, lo ménos, viuda de un vi-

sitador de no sé qué, venida á ménos, porque todos los tiempos no son iguales, y porque en comenzando á desmoronarse una casa (y aquí se toma el continente por el contenido), no hay quien la levante, y porque eso es lo que tiene ser hombre honrado y no hacer lo que los demas, y atenerse estrictamente al sueldo, que luego se muere uno, y quedan la mujer y los hijos poco ménos que por puertas, y tienen que empezar á vender lo poco ó mucho que hay en casa, y todo para tener hambre hoy y necesidad mañana.

Aquella señora, en vida de su esposo, que debió morir por no verla, habia tenido muy buenas relaciones en Madrid; mas en cuanto faltó el pobre hombre, eso sí, le hicieron á la triste muchos ofrecimientos y la prometieron gran proteccion; pero, pasado el novenario, ni un alma volvió á llamar á aquella puerta, cosa que el que está debajo de tierra no hubiera creído, aunque se lo hubieran dicho; pero así es el mundo, y no hay que darle vueltas; el que más y el que ménos, cuando llega la ocasion, echa el cuerpo fuera, por lo cual no hay mejor amigo que un duro en el bolsillo, y lo demas es patraña.

Mas no por eso mi señora doña Juana, que así se llamaba, perdió la aficion á las reuniones, y á tener de noche un poquito de sociedad, que es cosa de aburrirse eso de estar una mujer sola, metida entre cuatro paredes, y sin ver gentes; y haciendo conocimiento con los vecinos de la modesta casa en que vivia, en la calle del Salitre, por más señas, logró mi doña Juana constituir en sus salones, hiperbólica-

mente hablando, una reunion de confianza, que se divertia en bailar al compas de una guitarra, que, cuando tenia prima le faltaba el bordon, y viceversa, walses y rigodones del antiguo régimen, tocados por ella misma, que había sido un pasmo de habilidad, y lo seria aún, si no hubiera perdido el humor y la aficion, y en jugar inocentes juegos de prendas, con lo que se pasaba el rato honestamente y sin ofender á nadie.

Los juegos de prendas eran el de apurar una letra, ó el famoso del imaginario arzobispo de Constantinopla que se quiere *desarzobispoconstantinopolitanizar*, y muy del gusto de las niñas que asistian á la reunion, por aquello de pagar prenda y tener que decir despues tres veces *sí* y tres veces *no* (por más que, segun observé, todas aquellas beldades daban el *sí* más frecuentemente que el *no*), y que contentarse ellas con ellos, y con ellas ellos, etc., etc.

Aquella noche jugué yo por primera vez tan inocentes y soporíferos juegos, y hasta bailé un wals con una de las señoritas allí presentes, quien me dijo, entre otras cosas igualmente interesantes, que los hombres no sabian distinguir entre las señoras de su clase y las mujeres vulgares, y que ella no iba á los bailes públicos, porque no queria bailar con el primero que llegaba, y, sin embargo, á pesar de todo esto, bailó aquella noche con el último que llegó, que fui yo, por lo cual presumí piadosamente que aquella niña era una pobrecita, descontenta de su suerte y digna de otra mejor, y con sus pretensiones de señorita de cir-

cunstancias, que honraba la casa de doña Juana á falta de otra más distinguida; y porque, como ella decía, su mamá estaba la pobre muy delicada, y no habia fuerzas humanas que le hicieran salir de noche, y porque eso de tener que vestirse es una faena insupportable. Era, en fin, mi pareja lo que se llama una señorita pobre, ó *cursi*, que es la condicion más triste en mujer, que durante el dia cosia guantes para Dubost ó Clement, y con este trabajo infecundo y con una pension cortísima que enviaba á su madre un tio, ausente en Chafarinas, vivian las dos penosa y miserablemente.

Mis amigos y yo éramos entónces muy jóvenes, y no creíamos que es cruel impiedad burlarse del prójimo; íbamos á aquella casa, porque en ella nos divertíamos grandemente oyendo hablar á aquellas mujeres, indignas del idioma de Cervantes, y porque cada cual de nosotros presumia que las pobrecitas se darian por muy contentas con inspirar amor, ó creerlo á lo ménos, á alguno de los favorecedores de doña Juana, jóvenes todos de ciertas circunstancias, y por ende soberbios partidos para cualquier hija de Eva.

Eso sí, lo que es el castellano que usaban aquellas señoras hubiera avergonzado al mismo Comella, y aún á algun gobernador de provincia que escribe mucho peor que aquel censurado ingenio. *Haiga, diferenciencia, calandario, probe, porka, poyo, cercunstan-* cias, etc., etc. Hé ahí una muestra ligerísima del vocabulario especial de aquella reunion.

Pero insensiblemente me he separado del princi-

pal objeto de este capítulo, y fuerza es que el lector se olvide de la casa de doña Juana, de quien probablemente no volveré yo á acordarme en el curso de esta verídica relacion, y preste, si quiere, toda su atencion á los acontecimientos que me propongo referir con toda la verdad posible.

Muy descuidado iba yo por la calle abajo, pensando en la manera de volver á pedir al pueblo el dinero que ya me habia enviado mi madre para pagar á la patrona, y que yo me habia gastado alegremente, cuando sentí un golpe tremendo en la cabeza, y el sombrero me se introdujo hasta la barba, á pesar de la defensa que oponia mi nariz, que es de padre y muy señor mio.

Repuesto del susto y vuelto mi sombrero á su posicion regular, procuré enterarme de la causa que habia producido aquel golpe imprevisto, y, asómbrense mis lectores, como yo me asomé, al ver que sobre mí habia caido un recien nacido.

Una madre acababa de cumplir la mision que la naturaleza señaló á las hembras en el mundo, y una mano aleve habia arrojado á la calle aquel inocente, venido al mundo con tan mala estrella.

Creerá el lector que la misma madre fué la autora de tan horrendo crimen, pero esta seria una suposicion altamente calumniosa, y yo, que quiero dar á cada cual lo que le pertenece, y que amo la justicia sobre todo, debo consignar ántes de pasar adelante, que la madre era inocente, y tan desdichada tambien, que vió arrebatarse de su lado aquel hijo, y no pudo

hacer nada por él, no pudo ni siquiera hablar para publicar el nombre del asesino.

Yo no lo descubriré ahora, porque comprendo que en este instante más le interesa al lector la víctima que el agresor.

Me acerqué á aquel infeliz, que no habia cometido más delito que nacer, y noté con satisfaccion que no estaba muerto, y que aún podia conservarse aquella vida arrojada á la calle como un *bouquet* seco ó un botijo que se sale.

Lo cogí en mis brazos, lo abrigué bajo mi capa, y seguí mi camino hasta llegar á la casa de mi patrona, quien se volvió loca de contento al verme entrar con tan preciosa carga, y tanto se regocijó, que aquella noche dió tregua á sus eternas insinuaciones sobre la carestía de los comestibles, sobre que ya habia *caido el mes*, y otras vulgaridades por el estilo.

Mi patrona no tenia hijos, y se decidió á servir de madre á aquel hijo abandonado; y con tanta solicitud cumplió el dulcísimo deber que ella misma se habia impuesto, que el pobrecito comenzó bien pronto á cobrar ánimo y salud, y á hacer con sus gracias naturales y donosas monadas las delicias de mi patrona y de todos los huéspedes que se albergaban en aquella casa.

Pero el primero en su cariño era yo, que le habia salvado cuando estaba próximo á morir abandonado; no parecía sino que conocia que aquella vida, aquella salud que gozaba, me las debia únicamente á mí.

Un mes despues, para que me convenciera de la

firmeza y sinceridad de su afecto, aquel hijo sin padres estaba constantemente á mi lado, mirándose en mí, y á todas partes me seguía como un perro, como lo que era, lector amigo, porque, en efecto, era un perro de aguas.

II

Quién era la que arrojó á la calle el recién nacido.

La mujer más amante de su marido tiene momentos en que el compañero de toda su vida le parece un ente insoportable, y el esposo de la mujer más hermosa del orbe cristiano llega á haziarse, aunque momentáneamente, de ver siempre aquel rostro lleno de perfecciones, y á sospechar que por esos mundos hay otros semblantes mucho más perfectos que el plusquamperfecto de su mujer. No hay matrimonio por cuyo cielo no cruce alguna vez una nube más ó ménos pasajera, que aleje uno ó más dias á la esposa del esposo y al esposo de la esposa, y dé á una y otro ese aire de cómica gravedad y ofendida dignidad, ó violenta indiferencia, que nunca se vería en mujer

ni en marido alguno, si conocieran los interesados lo grotescamente risible de esos paréntesis de la felicidad conyugal.

El amigo más cariñoso, el que más pruebas te dió de fraternal afecto, de verdadero interés, comenzará á olvidarte el dia que se enamore, ó se haga rico, ó llegue á ministro, para concluir por no conocerte.

No te asombres, pues, amigo lector, si te digo que el hombre que no ha tenido un perro por compañero, no ha visto grandes ejemplos de fidelidad y gratitud.

Di á tu mujer que te han dado un destino para Filipinas, y que es preciso echar el pecho al agua, y si tu mujer no tiene aficion al mar, ó no quiere separarse tantas leguas de la moda, y de sus amigas, y de los teatros y del Prado, ó tendrás que quedarte y naufragar en tierra, ó marchar solo con la espina de los celos en el alma. al considerar que tu mujer te deja marchar solo, por no ir sola contigo, prefiriendo quedar sola léjos de tí.

Pero ten un perro por compañero, y allá irá él donde tú vayas, sin que le arredren dificultades ni peligros, allá ira él quizá contra tu misma voluntad, y sin esperar de tí mejor premio que un par de puntapiés.

Niega á tu mujer un corte de vestido que se le antojó, ó no la llesves tan *bien puesta* como lleva tu vecino el coronel á su mitad la coronela, y ya te puedes preparar á una escena de lágrimas, recriminaciones y amenazas, capaz de hacer saltar por el bal-

con de un piso tercero al hombre mejor cristiano y más apegado á la vida y á su mujer.

No des un dia de comer al perro, y verás cómo lo más que hace el pobre animal es mirarte fijamente, como preguntándote con los mejores modos posibles la causa de aquella dieta que siente y no comprende.

Todas estas extravagantes reflexiones me hacia yo, advirtiendo el interés que me demostraba aquel animalito, arrojado á la calle, que no habia conocido otro padre que mi humilde persona, y que si todos sus deudos hubieran venido á reclamar su amor, es seguro que él los habria oido como quien oye llover, y no se hubiera separado de mí á tres tirones, protestando enérgicamente en el caso de que se quisiera emplear la fuerza para trasladarlo á la casa materna.

—¿Quién será, me preguntaba yo mismo, el alma de estuco que tuvo valor para intentar destruir, apenas nacida, esta obra de la naturaleza?... Será algun alguacil, algun escribano, algun prestamista ó usurero, me respondia yo tambien, convencido de que sólo un hombre enemigo de los demas y que vive con perjuicio de tercero, podia tener suficiente sangre fria para hacer á las altas horas de la noche aquel alarde de odio á la debilidad y á la inocencia.

Cuatro meses habian pasado desde la noche de mi feliz hallazgo, y el demonio de la curiosidad, que es el demonio familiar de todos los nacidos, me sugirió el deseo de conocer al asesino de mi hijo adoptivo— (y Vds. perdonen la frase).

—¿Cómo gozaba yo con la idea de llegar un dia, con

mi perro detras, á la puerta de aquel criminal, y decirle:—«¿Te acuerdas de la noche del 13 de Enero?— ¡Levanta la faz, miserable, y tranquilícese tu conciencia, que tu víctima sigue sin novedad!»

Dediquéme, pues, á informarme con más ardor, con más solicitud que un cesante se informa de las probabilidades de vida ó muerte del gobierno, y por la portera de la casa del crimen supe de pe á pa lo que sucedió aquella noche, para mí de eterna recordacion.

Ella me lo refirió, y yo, puliendo un poco el lenguaje,—que una portera no ha de hablar como un académico de la Lengua, por más que en cuanto á lengua puedan dar las porteras quince y falta á todos los académicos del mundo civilizado,—y ya se supone que no ha de haber academias en el mundo incivilizado,—lo pongo á continuacion.

—Pues eso fué en el cuarto segundo, me dijo, sí, señor; allí estaba yo, sí, señor; porque, mire V., en el cuarto segundo vive un señor que está empleado... ¿dónde dice que está empleado?... ahí en una oficina... En fin, es de esos que corren con la sal.

—¡Ya! Está empleado en el Saladero...

—No, no señor. ¡Ave María Purísima!... ¡Pues poquito mirado que es el señor!... Nadie podrá decir que tiene trapisondas ni hace mal á nadie... Al contrario, sí, señor; yo estoy á matar con él porque á todos los pobres les da limosna, y, como lo saben, en todo el día no hacen más que subir y bajar, y al cuarto de hora de barrer, ya me han puesto la esca-

lera perdida... y, como yo no estoy ya para trabajar como cuando era muchacha, lo que yo le digo, con tanto trajin me voy á dañar del pecho... Pues, sí, señor; está empleado en eso... ¡Jesús!... Si lo tengo en la punta de la lengua...

—¿En el ministerio de Hacienda?

—¡Ajá! eso es, en el *misterio* de la Hacienda; es un buen señor, muy arreglado, muy *metido en sí* siempre, y que no habla cuatro palabras seguidas... Ya se vé, el pobre pasa tanto con sus hijas, que son unas tontuelas, siempre puestas de monas en el balcon, y siempre hablando con Juan y con Pedro, y con el negro y el blanco por el ventanillo... Pues, esa es otra; ¡si viera V. qué susto me dió la otra noche uno que venia á pelar la pava con la señorita!... Pues, señor, subia yo tan descuidada, como quien ni teme ni debe... ¿A qué subia yo?... ¡Qué cabeza!... ¡Ah! ya me acuerdo, á pedir á la vecina del sotabanco unos fósforos para encender el farol,.. Pues, señor, subia yo, y como estaba oscuro, oí una voz muy gruesa... ¡qué! mucho más gruesa que la de mi marido, que canta de noche en el teatro *Rial*, y le dan tres reales, que decia: «¡Estoy decidido, vengo á robarte, y á quien se me ponga por delante, le mato!» ¡Figúrese V. cómo me quedaria yo!... ¡Aún no me ha salido el susto del cuerpo!... ¡Si me hubiese sangrado entónces, no me hubieran sacado una gota de sangre!... Dió la casualidad de que detrás de mí venia el sastre del cuarto bajo, que dicen si tiene ó no tiene, y que si fué que si vino con la modista de arriba, y para ver mejor ha-

bia encendido un fósforo...—¿Qué tiene V., señora Rita? me dijo, al verme sin movimiento y hecha una estatua de piedra.—¿Qué he de tener?... ¡Que hay ladrones en casa!... —Y ¿sabe V. lo que era?... Que el novio de una de esas relamidas estaba hablando con ella, y diciéndole todos esos disparates; el mozo bajó la cabeza y la escalera, y la niña cerró el ventanillo; pero yo allí me estuve alborotando media hora para que se enterara su padre y le diera un par de pescos bien dados... Pues lo mejor fué otro día que se encontraron dos al mismo tiempo, que ellas no se contentan con uno, y se armó en el portal una de golpes, que toda la vecindad se enteró, y vinieron los serenos y el juez, y mi marido tuvo que salir con el uniforme de nacional, porque mi marido, ¡vaya! siempre ha sido miliciano, y no es de los que entregan el uniforme, que dice que con él le han de enterrar!...

—Bien, señora; pero vamos al cuento del perro...

—¡Ah! sí; ya no me acordaba del perro... ¡Qué! si le digo á V. con verdad que tengo la cabeza como un bombo, y que en esta maldita portería voy á perder el juicio... Muchas veces me ocurre que salgo á la calle para ir á un recado y me vuelvo sin haber ido... Y es que como todos mandan á un tiempo, y todos quieren ser los primeros en ser servidos, y siempre están: ¡Señora Rita! por abajo, ¡señora Rita! por arriba... que era preciso que yo me volviera diez para dar gusto á todos, y áun así tendria que tener cuarenta manos y cuarenta piés...

—Bien; pero el perro...

—Sí, señor; el perro es hijo de la perra.

—¡Vaya! ya vamos averiguando algo.

—Es una perra muy bonita, sin agraviar á nadie, que era de la señora del señor del cuarto segundo... Aquella sí que era buena señora... Se murió el año pasado... Le salió un granito como la cabeza de un alfiler en una pantorrilla, y no hizo caso... Pues ande usted, que aquel granito la llevó al hoyo!... Cuando se quiso poner el remedio, ya era tarde, y los médicos dijeron que habia que cortar la pierna, y ella no quiso... y no hubo más, murió. ¡Dios la tenga en la gloria! siquiera por el bien que me hizo... Aún tengo, mire V., este vestido y este pañuelo que ella me regaló... Y ella, la pobre, me sacó de pila todos los hijos que tengo, que son seis, y tres que se me han muerto de alfombrilla... Ahora sí que ya no tengo quien me saque este...

—Pero el perro...

—¡Pues poquito que queria la señora á la perra!... Todos los dias, ántes faltaria el sol que la media librita de ternera para la perra, y los bizcochos de soletilla, y los terroncitos de azúcar... Bien dicen que los animales son lo mismo que las personas; el animal que tiene suerte... ¿para qué quiere más dia de fiesta?... En fin, mire V. si tendria la señora puestos los cinco sentidos en la perra, que una vez el animalito empezó á enflaquecer y á no querer tomar más que algun bizcochito, y todos creyeron que se moria, como que así lo dijo el director de la Veterinaria, á

quien la señora mandó llamar... Pues, ¿sabe V. lo que hizo la señora? cogió la perra, y con una criada, se la llevó á los baños de mar... Y, amigo, como mano de santo; al mes y medio volvió la perra tan gorda, que se le podían contar en el lomo moneditas de cinco duros.

—Bien, pero el perro...

—Pues, señor, la perra perdió sus piés y sus manos con la muerte de la señora; las hijas no tienen tiempo para ponerse moños y cintajos y escribir cartitas á los novios; el señor se está todo el día en la oficina, y luego, ya se ve, los hombres no sirven para ciertas cosas, y en sacándolos de la pluma y el libro, que parecen unos evangelistas, no saben dónde tienen su mano derecha...

—Pero decíamos que el perro...

—Pues, señor, como digo, la perra era primerriza...

—Ya vamos entrando en la cuestion.

—Y á pesar de hallarse en días de parir, nadie se cuidaba de ella; verdad es que habia enano un geniecito que ¡ya! ¡ya!... Al aguador le mordió en una pantorrilla, y á un amigo del señor, uno que es militar y no cabe por esa puerta, le mordió una mano, que por poco se le queda con los dedos en la boca... Sólo conmigo no se propasaba el animalito, porque yo, eso sí, la trataba con mucho mimo y no la hacia rabiarse nunca, y en diciéndole yo: «¡Norma! ¡á ver si voy por un palo!» ya tenia V. á Norma meneando la cola y agachando las orejas.

—Bien, pero el perro...

—¡Dale con el perro! ¿No le he dicho á V. que el perro es hijo de la perra? Pues, señor, llegó el dia del parto de la perra; la perra era muy bonita, y todo el mundo queria que le guardasen una cria, que hubiera sido preciso que la perra pariera treinta ó cuarenta perros para dar gusto á todos. Pero los compromisos más graves eran tres; y se decidió regalar estos tres, y reservarle uno á la madre; mas el hombre propone y Dios dispone... Siempre sucede lo mismo en el mundo; aquello que más se desea es lo que más difícilmente se logra; y ademas, eso es lo que tiene no contar con la huésped, y querer, como el otro que dice, enmendar la plana á Dios... Pues, señor, en cuanto conocieron que llegaba el momento, es claro, me llamaron á mí, porque yo era la única con quien la perra solia hacer migas... Subí, y el pobre animalito estaba postrado, y ¡si le viera V.!, me lamia la mano como si conociera que se trataba de hacerle bien, y me miraba con unos ojos tan tristes, que no le faltaba más que hablar... ¡Poquito que me dió que hacer la tal perrita!... Allí estuvimos horas y horas mirándola, y sufriendo tambien con verla sufrir... Al fin, nació uno... Ya habia para contentar á uno de los compromisos... Pero dieron las nueve, y las diez, y las once, y las doce, y la una, y las dos, y... ¡nada, no habia más perros!... Todos nos quedamos con la boca abierta, viendo que no se podía cumplir con nadie, y considerando qué dirian las personas que ya estaban consentidas en tener perro... Ya ve V. si era

compromiso; podrian creer que se los habíamos dado á otros, y ¿quién sabe? hasta que los habíamos vendido á esos tíos que los venden luego en la Puerta del Sol.

—Pues yo tengo que dar el perro, decia una de las hijas, á mi primo, que lo quiere para su mamá, que hace mucho tiempo está con la manía de tener un perro.

—No, señor, decia el padre, que hay que dárselo á mi jefe, que me lo tiene pedido para sus niños.

—Pues ántes es la tia, decia la otra hija... ¡Pues poquito que lo agradecerá ella, que todos los dias viene tres ó cuatro veces á ver si ha nacido el perro!...

—Pues me lo llevaré yo.

—Pues yo no quiero.

—Pues yo tampoco.

En fin, se armó tal escándalo, que el padre tiró de la campanilla, y á la doncella que vino á ver qué se le ofrecia, le dijo:

—Soledad, ese perro para tí.

La doncella lo cogió, se lo llevó, y las chicas se quedaron llorando como Magdalenas.

—Yo no quiero perros, dijo la doncella, y abrió la ventana, y ¡zás! á la calle el perro.

Al decir la portera las anteriores palabras, bajaba por la escalera de aquella casa una jóven extremadamente hermosa, tan hermosa, que sólo la ví un momento, y ofuscado por tan peregrina belleza, quedé como Alejandro en presencia de las hijas de Darío,

sin atreverme á alzar los ojos para verla otra vez.

Aquella mujer, al pasar por delante de la portería, dió las buenas tardes á la portera, y cuando hubo salido del portal, exclamó esta:

—¡Esa es!

—¿Quién? dije yo.

—La que tiró el perro por la ventana; Soledad.

Y yo, sin oír más, salí detrás de aquella hermosura de rostro angelical y alma capaz de estrellar un perro en medio del arroyo.

III

Mi conversacion con la doncella del piso segundo, y cómo se me perdió el perro, y cómo lo encontré.

Aquella mujer que habia intentado estrellar á un perro, tenia todas las condiciones necesarias para estrellar á los hombres á quienes ofuscára la luz de sus ojos.

Tenia aque^lla mujer unos ojos que cegaban los de los demas, al mismo tiempo que con sus brillan-

tes resplandores podian iluminar el alma y el entendimiento del hombre á quien miraran con amor.

Yo me hubiera atrevido á cruzar acompañado de aquella mujer, en medio de la oscuridad de la noche, el bosque más desconocido y peligroso; la luz de aquellos ojos debia alumbrar en las tinieblas y la soledad lo mismo que una luz eléctrica, aunque mis lectores no se decidan á admitir la hipérbole.

Yo, antes de conocerla, odiaba á aquella mujer por la accion criminal de haber arrojado á la calle un inocente; pero, ¡ay, lector de mi alma! la ví, y todo mi odio se tornó en admiracion, y en vez de dirigirme á ella apoyado en la fuerza de la razon, para reprocharle aquel atentado cometido en medio de las tinieblas, y que parecíame que debia ser sombra aterradora de su conciencia, la seguí embebecido, y, si mis lectores me permiten la frase, cayéndoseme la baba, como un colegial á quien una modista da la primera cita, y la sigue, ántes de acercarse á ella, estudiando lo que la dirá, para no atreverse á decir nada cuando llega á hablarla.

La portera me habia dicho que aquella mujer era la doncella del piso segundo. Esto soría cierto; pero su traje y sus distinguidas maneras daban claramente á entender que no pertenecia tan peregrina hermosura á la vulgaridad del ramo de criadas, sino á lo que puede llamarse la aristocracia de ese mismo ramo.

Y tan preocupado iba yo en pos de la susodicha, contemplando su airoso talle, que dejaba descubierto

una graciosa mantilla de blonda, una de esas mantillas que tanto envidian nuestras vecinas del otro lado de los Pirineos, que llegué á olvidar que si yo seguia á la doncella del piso segundo por curiosidad ó por otra cosa, el perro me seguia á mí por desinteresado y leal afecto.

Tres ó cuatro calles habíamos cruzado ya, cuando por un movimiento más instintivo que determinado, volví la cabeza; el perro no venia detras de mí; el perro se habia perdido. Salí al centro de la calle, por si el pobre animal se habia quedado atras y podia distinguirlo, pero nada; el perro no venia.

Aquella mujer era sin duda el demonio familiar del perro. Apénas nacido, habia atentado á su existencia, y el dia que el infeliz volvia á verla, se perdia, y perdia así el único amigo que tenia en el mundo, el alma generosa que le habia salvado de una muerte cierta y oscura.

Aún no he podido averiguar si el instinto hizo volver pies atras al perro, diciéndole que aquella mujer era su mayor enemigo, y quizá para que yo me volviera tambien, ó si al ver que yo seguia muy sério las huellas de tan seductora sirena, me dejó como cosa perdida, y no tuvo valor suficiente para verme dar cima á mi temeraria empresa.

¡Lástima que yo no tenga el talento analítico de Edgardo Poe! Esta narracion de verídicos sucesos ganaria mucho á los ojos del lector.

Mi dueña, que aquella mujer lo era de mi alma desde el momento en que tuve la dicha de verla, como

escribiria un barbero, se detuvo un momento delante del escaparate de una fonda, en el cual se veian en deliciosa confusion platos llenos de chuletas, merluza, anchoas, etc., etc., y jamones máximos, y salchichones pródigos, y el cadáver de un respetable pavo, y otras cosas igualmente apetitosas, y capaces de poner de un humor de todos los demonios al cesante más resignado y pacienzudo, y de resolver á la viuda más arregladita á tomar dinero sobre su paga, que no falta en Madrid donde se lo den, nada más que al ochenta ó al ciento por ciento, que no es un robo, por más que tenga todas las apariencias de tal, de estas apariencias exceptuando la causa que se forma á aquel que comete un robo con otras circunstancias y la prision que se le impone por via de correccion.

—¡Aquí te quiero ver, Soledad! dije para mí, al verla delante del escaparate de la fonda; y estirándome los puños de la camisa, y ladeándome un poco el sombrero sobre la oreja, y metiendo el índice de la mano izquierda en el bolsillo del chaleco, me decidí á pararme á su lado delante de aquel templo de la gula.

No dejó de mortificarme que una tan perfecta y preciada hermosura detuviera su vuelo,—sigue el lenguaje hiperbólico,—para contemplar con cierto deseo prosáicas viandas, ni más ni ménos que uno de esos *gourmands*, que viven para comer, y que no tienen más inteligencia que la que se necesita para saber en qué tiempo es mas saludable el cordero, y

cuándo está buena la merluza, y qué salsa es la más sabrosa, y cuales sustancias las más nutritivas; uno de esos hombres que siempre llevan el chaleco abierto y la boca también, y el sombrero en la mano, sofocados, ahitos, y respirando con la fuerza de treinta caballos, y saludando á las personas que los hablan ó pasan á su intermediacion con un tufillo á los manjares con que acaban de regalarse capaz de volcar á un cristiano y de hacer subir, sin otro gas, un globo á una altura como cuarenta veces la Giralda de Sevilla.

—¡Bendito sea Dios que tan buenas cosas cria! dije deteniéndome á su lado, ni más ni menos que hubiera dicho un cabo segundo ó un picador de toros.

—¡Ya lo creo que son buenas! dijo ella mirándome graciosamente con el ojo izquierdo.

Si llega á mirarme con los dos, caigo muerto sin pestañear.

Yo lo decia por ella, y ella entendió que lo decia por los platos del fondista.

—Si V. gusta... añadí.

—Muchas gracias.

—¡Con franqueza!... Precisamente tengo muchas cosas que decir á V., y como yo estoy más interesado en decirlas que V. en saberlas, me creeria dichoso con poder en cierto modo recompensar á V. la amabilidad de que necesita para oirme, por más que sea toda recompensa indigna de tan señalado favor.

Este macarrónico apóstrofe hizo su efecto en

aquella hermosura, á quien, por lo visto, nadie habia hablado tan en culto.

—Y ¿qué tiene V. que decirme?

—En primer lugar, que es V. un ángel; despues quiero aliviar á V. de un peso que debe tener en la conciencia.

—¿Quién? ¿Yo?... Nunca he hecho mal á nadie.

—¡Oh! Sí ha hecho V., y lo ha hecho con premeditacion, ensañamiento y demas circunstancias agravantes, segun la ley.

—¡Vaya! Si tiene V. gana de divertirse, compre usted una mona.

—Dios me libre de gastar el dinero en animales de esa especie, cuando puedo gastarlo en que V. y yo nos regalemos ese plato de anguilas que están diciendo «comedme.»

—Yo no le conozco á V.

—Pues por eso precisamente quiero que nos conozcamos, y como dice el refran que en la mesa es donde más se conocen las personas, nada tiene de particular que yo proponga á V. ese medio de inaugurar nuestra amistad.

—Por lo franco me gusta V.

—Y V. me gusta por ese rostro que tiene, copia exacta del más hermoso querubin, y por el deseo que tengo de saber por qué con ese rostro angelical, tiene usted alma para quitar la vida á un recién nacido.

—Caballero, poco á poco; no me insulte V. ni me levante falsos testimonios, porque llamaré á un cívico...

—Tranquilícese V., hija mía; el muerto no tiene novedad; digo, ahora no sé lo que le habrá sucedido, porque venia conmigo, y apénas ha visto á V. ha desaparecido.

—Pero, ¿de qué habla V.?

—¿No lo adivina V.? ¿Nada le dice á V. su conciencia?... ¿Se acuerda V. de la noche del 13 de Enero? ¿No recuerda V. que á las tres de la madrugada salió V. al balcon y...

—¿Yo?... ¿Al balcon?... ¡Vamos! ¡Calle V., por Dios! ¿Qué habia de hacer yo en el balcon á esas horas? ¡Digo, y en Enero!... Pues para coger una pulmonía, no se necesitaba más...

—¿Pero negará V. que arrojó el perro á la calle?...

Una estrepitosa carcajada respondió á mi pregunta.

—¡Qué gracioso! ¿Conque era el perro?... ¡Dichoso perro! Bien nos dió que hacer ántes del parto, en el parto y despues del parto.

—Pues, sí, señora, yo fui quien lo recibió en mi sombrero.

—¡Usted!... Déjeme V. reir...

—Yo quien le llevé á mi casa, y lo cuidé con solícito afan, y lo tuve siempre á mi lado, como mi único, mi fiel amigo, hasta que hoy mismo, hace un momento, cuando venia detras de V., ha huido de mí, ó se ha perdido, ó me lo han robado.

—¿Y quién le ha dicho á V. que yo tiré el perro?

—La casualidad, que descubre todos los crímenes; pero no hablemos ya del perro; ya la odiaba á V. sin

conocerla, mas ahora que la conozco... ¡qué simpática es V., Soledad!

—¿De veras?

—¡Lástima que sirva á otros quien debia ser servida por los poderosos de la tierra!

—¡Jesus!... ¡qué ponderacion!

—Debia V. ser reina.

—¡Cómo ha de ser! Realmente, no soy una criada, porque en la casa donde vivo me consideran y estiman mucho, y mi obligacion es acompañar á las señoritas, con quienes me he criado... Mis padres sirvieron á los padres del señor, mis abuelos al abuelo... y soy como de la familia.

—¿Y está V. contenta con su suerte?

—¡Qué remedio! ¡Como yo no puedo elegir otra!...

—¿Y no piensa V. salir de esa situacion?

—Sí, señor; pienso casarme.

—¡Ah, ya!—Y si yo me atreviera á esperar...

—Mire V., ya sabia yo que habia V. de venir á parar en eso.

—¿Por qué?

—Porque Vds. los señoritos, apénas ven una mujer pobre y honrada, allá van, sin encomendarse á Dios ni al diablo.

—Luego tiene V. ya puestos los ojos en alguno más digno que yo.

—Yo no tengo puestos los ojos en nadie; pero cuando los ponga, los pondré en un hombre que sea tanto como yo, pero no en quien sea más que yo.

—Yo me conceptúo mucho menos que V.

—Eso es un decir; pero vamos á ver: ¿V. se casaría conmigo?

—¡Quién sabe!

—¡Bah! No diga V. disparates. ¡Si conoceré yo á los hombres!... V. me querría para pasar el tiempo.

—Probemos.

--Dios me libre. El hombre que me quiera, se ha de casar conmigo, y ha de ser de mi clase. Mi padre se casó con una doncella, y mi madre con un mayordomo, y su casa fué siempre la de la paz y la tranquilidad, y entre los dos economizaron buen dinero, y así me dejaron á mí veinte onzas, que tengo en la Caja de Ahorros, y que el día que me case, con lo que traiga mi marido...

Te confieso, lector del alma, que aquella manera de razonar de una mujer tan hermosa, me tenia con la boca abierta.

—Pero, ¿puede V. responder de no enamorarse de uno que sea más ó ménos que V.?

—¡Bah! ¡Bah! ¡Tonterías! El amor es muy bonito en las novelas.

—¿Usted las lee?...

—Ya lo creo; todas las que tienen mis señoritas las sé ya de memoria. *El Judío Errante, El Montecristo, Las Memorias del Diablo...*

—Pero, ¿qué opinion tiene V. del amor?

—El amor... ¡Déjese V. de bromas!... ¡Oros son triunfos!

—Sospecho, repuse yo, que algun desengaño ha sido la causa de la incredulidad que manifiesta V.

—¡Quiá! No, señor. El que me engañe á mi, necesita saber mucho.

—Luego, para V., la felicidad consiste en...

—En tener dinero; sí, señor, porque, como el otro que dice, donde no hay harina, todo es mohina, y tanto vales cuanto tienes... Mire V., pongo por caso: en casa, cuando el señor está cesante, que ya le he conocido así seis veces, las señoritas están que no hay quien las sufra, y no van al Prado porque no pueden llevar cada semana un vestido, y los novios empiezan á desfilarse; yo misma no tengo el gusto que cuando hay dinero en casa y se puede tirar de largo... Y, por supuesto, que no hay cocinera que pare allí cuatro días, porque en seguida comienza aquello de: «¡Fulana, estire V. el aceite.—Fulana, ¿dónde va V. á parar con tanto carbon?—Fulana, traiga V. la carne con hueso!...» En fin, es cosa de no poder vivir.—Y ya ve V., ¿qué adelantaría yo con casarme con un señorito, por ejemplo, con V.?...

—Yo soy una persona muy decente, y seré médico dentro de tres años.

—¿No le decía yo á V.?... ¡Médico! Pues primero que V. tenga enfermos, ya habrá llovido y se habrá secado... Y luego, ¿qué había V. de hacer para cumplir sus obligaciones?... ¿Irse á un partido?... Pues ya teníamos lo que nos hacía falta para morirnos de hambre. Y sino, que lo diga un tío que tengo yo, que es médico de ahí de un pueblo de la Mancha, y que le dan cada año cuarenta cántaras de vino, ochenta reales para casa y quince duros,—que ni á la onza

llega siquiera,—y dos veces ya le han querido matar, la una porque se murió de repente el alcalde, y como no pudo hacer testamento, la justicia *se echó encima*, y un sobrino de un primo suyo, que esperaba ser el heredero, se quedó como estaba; y la otra, porque al herrador se le quedó tuerta la novia de una coz que le arrimó una mula, y mi tío no le pudo poner otro ojo en lugar del que el animal le echó fuera... Pues ande V., que el sobrino del primo del alcalde le tiró una pedrada, que le dió salva la parte, y si llega á darle en la sien, allí le deja, y el herrador le descerrajó un trabucazo, que aún tiene mi tío el sombrero agujereado.—Y gracias á que el de la pedrada está en presidio por diez años, por haber salido con otros á robar una diligencia, y el herrador tronó con la tuerta y se casó con otra, que si no, acaban con mi tío el mejor día del año.—¡Vamos! si fuera V. escribano, ménos mal; con un escribano se puede casar una mujer sin ningun temor, porque, ya se sabe, pleitos no han de faltar nunca, y todos los pleitos los ganan los escribanos... Mire V., á una de las hijas del señor la pretendia uno que estudiaba para escribano, y como tienen tanta vanidad, no le quiso, porque decia que tenia facha de hortera, y porque llevaba estrechas las mangas de la levita, y llenos de tinta los dedos y los puños de la camisa, y siempre con los papeles debajo del brazo... Pues mire V., hace dos años, se murió su principal y le dejó la escribanía, y él, para dar en los ojos á la señorita, ¿sabe V. lo que hizo?... Pues de la noche á la mañana se casó con

una de esas que hacen botones, allí, en los portales de Santa Cruz, y hoy es el día en que están como unos príncipes, y la mujer del escribano anda por ahí hecha una reina, con criada, doncella, ama de cria y niñera... Pues ¿y la suerte que ha hecho una cocinera que tuvimos en casa?... Eso sí, era muy guapa; una vizcaina más alta que V. y con unos cuartazos que daba miedo verla, buena chica, muy limpia, muy hacendosa, aunque un poco borracha, como buena vizcaina, y con una cabeza más dura que un adoquin, pero por lo demás, una mujer completa.--Pues empezó á tontear con el mayordomo de un marqués que vivía enfrente de casa, y lo cierto fué que un día el marqués tomó soleta más que á paso, porque estaba lleno de trampas, y siempre tenía que andar á salto de mata, y el mayordomo, no sé cómo lo hizo, pero se quedó con todo lo que había en la casa, y fué, y vino, y sacó de servir á la cocinera, y se casó con ella, y ahora los tiene V. que han puesto una fonda, y el otro día me dijo ella, que la encontré en la esquina, que su marido es hombre que no se deja ahorcar por diez talegas.

—Pero, hija mía, me atreví á decir despues de esta andanada de ejemplos, ¿es posible que sea usted tan materialista?

—Pues qué, ¿quiere V. que me alimente de ilusiones? ¡Bah, bah! No tenga V. un cuarto, y eche usted un poco de amor en el puchero, verá V. qué buen caldo sale!...

Aquella mujer tan hermosa, aquella mujer que á

primera vista parecia de corazon noble y alma apasionada, capaz de hacer la felicidad del hombre á quien amara, aquella mujer era una figura, no más; una figura que podia servir de muestra, como las que hay en las peluquerías ó en las fábricas de corsés, en una exposicion de las miserias del mundo: si la mujer puede compararse con un libro, aquella era como un libro escrito por un ateo, cuya lectura deja en el alma un desaliento, y en la inteligencia una fatiga, si así puede decirse, que sólo desaparecen con la lectura de una obra cristiana.

No tuve valor para hacer más observaciones, ó no las supe hacer; esto me parece que era lo más cierto. ¿Quién puede, no ya discutir, sino hablar siquiera, con una mujer á quien se le dicen amores y contesta: «Cros son triunfos?»

Y el egoismo de aquella mujer era más calculador de lo que generalmente lo es ese vicio repugnante de la humanidad.

No queria casarse con un señorito, como ella decia, porque no era de su clase, y porque, si era pobre, no podria vivir tan holgadamente como la mujer del escribano, ó la cocinera vizcaina casada con el mayordomo.

Tampoco podia resignarse á ser mujer de quien hubiera nacido más alto que ella, porque su vanidad no la permitia sufrir la superioridad de su marido.

Quería, pues, unirse á un hombre de su misma condicion; económico, avaro, egoista como ella, sobre el cual tendria la ventaja de no estar enamorada

de él, que entre dos corazones fríos y dos almas mezquinas no deja de ser una ventaja.

Me despedí de ella, pero su imágen quedó grabada en mi corazon.

Cuando estuve solo, me acordé del perro perdido, á quien habia descuidado por seguir á aquella máquina con faldas.

Tambien me acordé de mi pobre madre, á quien en mi niñez oí decir muchas veces que quien hace daño á un animal, tambien se lo hará al prójimo, si puede.

Volví á mi casa; el perro no habia vuelto.

Confieso, lector indulgente, que lloré por aquel animal, como llorarás tú el dia que pierdas tu mejor amigo, el amigo que no te haya abandonado en tu soledad, que haya participado de tus penas y tus glorias,

Pero la peregrina imágen de aquella mujer no se apartaba de mí.

Conozco ahora, muy tarde por cierto, que debí haberla olvidado, juzgándola indigna de un amor que era incapaz de sentir, y áun de comprender; pero mi amor propio se sublevaba al imaginarme débil para empeñarme en la empresa de la regeneracion de Soledad, al mismo tiempo que me halagaba muy mucho la idea de lograr convertir á la fe aquella alma descreída y hacerla mi esclava, despues de purificada de sus pasados errores.

Quise dormir, y no pude.

Si aquella mujer hubiera sido una noble y enco-

petada dama, yo no me hubiera vuelto á acordar de ella; pero eso de que una doncella de un piso segundo me diera un desaire tan humillante, y pospusiera un estudiante de medicina al lacayo más indigno de comer á manteles, ó á un mayordomo servil, ó á un ayuda de cámara incapaz de sacramentos, era mengua y baldon para un hombre avezado á las modistas, que, en la escala social, están un escalon más altas que las doncellas, que comen el pan de la servidumbre.

Salí de casa el dia siguiente, sin saber á punto cierto á dónde iba; y andando, andando, llegué á la Puerta del Sol, ese escenario donde se han representado las primeras escenas de tantos dramas patrióticos, políticos y bullangueros; donde tantas veces se ha gritado ¡viva! al mismo tiempo que cada cual procuraba quitar de enmedio al prójimo.

La Puerta del Sol es un teatro que tiene la compañía de cómicos más completa que han conocido los humanos.

Allí encontrarás, caro lector, para papeles de sentimiento, mil cesantes que, para mostrarte sus disposiciones, te encajarán cada relacion de horrores, intrigas y miserias capaz de hacer sudar á un difunto; allí verás mineros que se pierden de vista, tan familiarizados con las malas acciones, que á poco que te descuides te venderán por una cantidad positiva la ilusoria esperanza de unos productos que nunca llegarán; allí unos bolsistas y unos corredores muy corridos; por allí pasan, cada dos horas, mil

mujeres, que en todo se parecen á la pecadora Magdalena ántes de arrepentirse, barriendo las aceras con estrepitosos volantes, y repartiendo guiños y miradas con una prodigalidad que no hace mucho favor que digamos á su valor y al aprecio en que las tienen los hombres; allí encontrarás, seguramente, cien industriales que todos los días salen de casa sin tener la evidencia de volver, y sin poder asegurar que no acabarán el día, por cuenta del Estado, en la cárcel de Villa; allí verás, en sospechosos corrillos, cómo entre tres ó cuatro jubilados gobiernan el mundo, quitan y ponen reyes á su antojo, y disponen ejecuciones y destierros; allí verás pasearse sombríos y meditabundos, con el sombrero en las cejas, la levita abrochada hasta el cuello y el cigarro de papel en la boca, no pocos aficionados á tirar de la oreja á Jorge, que hacen tiempo (y aunque tienen la facilidad de hacerlo, lo pierden lastimosamente) para ir á desquitarse ó desplumar a algún prójimo, y no con el afán de ganar dinero para dar de comer á sus mujeres y á sus hijos, no, señor, sino para volver á jugar despues y satisfacer esa pasión que conduce directamente á todos los crímenes; allí verás vender relojes que no se han perdido, y no habrás visto todo lo que allí sucede si te vas sin ver cómo un coche atropella á un desdichado, y cómo algun corredor emprende á cachetes con uno que le tira el taleguillo de duros que lleva á la espalda, y cómo algunos aprendices del *dos*, discípulos del otro, recogen entre tanto lo que pueden, ó escamotean pañue-

los y lo que hallan á la mano en los bolsillos del público curioso.

Pues, como decia, llegué á la Puerta del Sol, y como éste brillaba en todo su esplendor, me pareció conveniente, por más que me hallara profundamente preocupado, colocarme á la sombra benéfica de que disfrutaban otros vagos en la acera derecha de la calle llamada de la Montera, segun autores dignos de crédito porque en ella vivió y murió una hermosa mujer que lo era de un montero que no tuvo momento de reposo, ocupado como estaba constantemente en vigilar á la dueña de su corazon y en espantar á los moscones que la perseguian, porque era hermosa y porque tenia dueño, que tal es la condicion del hombre, que siempre ha de empeñarse en lograr lo que no le es permitido, y mucho más cuando á su deseo se opone el derecho del prójimo.

Allí, pues, me puse á pensar cuánto obligan unos buenos ojos, y cuán pequeños y míseros somos los hombres, puesto que una débil mujernos lleva á donde se le antoja, y dispone de nuestra vida, y fija nuestra suerte, cuando oí decir muy cerca de mí:

—¿Cuánto pide V. por ese perro?

Volví la cabeza, y el perro aludido, que estaba acurrucado entre otros y con la pesada cadena de la esclavitud al cuello, era el mio, el perro huérfano, mi único amigo.

—Diez duros para V., señora, contestó un tio con una cara de bandido que yo, si le hubiera encontrado de noche en un camino, le hubiese entregado la

bolsa sin chistar palabra ni pedirle explicaciones.

—¡César! grité yo; y el perro, al oír mi voz, se volvió hácia mí y comenzó á ladrar y á tirar de la cadena.

—Ese perro es mio, añadió; me lo han robado ayer tarde.

—Vea V. lo que dice, caballero, dijo el maton, porque este animal ha nacido en mi casa, y por más señas que ayer vendí la madre.

Poco me faltó para arrojarme sobre aquel miserable; pero como la gente se reunió en derredor nuestro, y el perro se deshacia por romper la cadena, y aullaba, y parecia como que me pedia auxilio, todos los espectadores se pusieron de mi parte, declarando legítima y positivamente mio el perro, hasta que un municipal llegó á dirimir la contienda.

Aquel dependiente de la autoridad tenia talento.

Era un Salomon con sombrero de tres picos.

Dispuso que yo me colocara á veinte pasos del vendedor y de los animales, y que aquel quitára la cadena al perro. Si éste se quedaba entre los demas, no era mio; pero si me seguia, no era del vendedor.

Su orden fué cumplida.

El perro, apenas se vió libre, salió á escape detras de mí.

IV

El protagonista de estas aventuras, para olvidar á la doncella del piso segundo, no halla medio mejor que galantear á todas las mujeres que encuentra en su camino.—Con esta ocupacion olvida naturalmente sus estudios, pierde un tiempo precioso, y no logra ningun provecho.

Pues, como te digo, respetable lector, creí que la manera más obvia de recobrar para mi alma la paz perdida desde el infausto dia en que ví aquel busto de mujer, más perfecto que el de la célebre Vénus de Médicis, era aturdirme en las mil y una distracciones que ofrece la villa al hipocondríaco y al desocupado, y entretener los ojos, por lo ménos, que necesitaban, como la boca el pan, extasiarse en la contemplacion de las perfecciones humanas, para que este espectáculo aliviase el luto que vestia mi alma de cántaro, humillada por aquella otra alma de piedra barroqueña.

Hace tiempo, cuando me casé, envié todos los retratos de mis novias á los originales de los mismos, considerando que si mi mujer hubiera visto aquella

galería de recuerdos y de caras bonitas, mi prestigio de esposo hubiera perdido algo, y este es en todo matrimonio un mal que, como bola de nieve, puede llegar á adquirir colosales proporciones.

Hoy, que mi mujer me ha dado seis ángeles por hijos, ella verá con entera indiferencia los retratos de aquellas pobres mujeres, y la lectura de mis apuntes la convencerá quizás, á pesar de su modestia, de que vale mucho más, infinitamente más que todas ellas.

La primera á quien puse la proa, como decia un amigo mio, era una andaluza con más sal que la Isla de San Fernando, amiga de mi patrona, y á quien esta me presentó, en mi calidad de futuro médico, con objeto de que le dijera qué sería bueno para *quitarle* unos mareos que le solian dar en medio de la calle, obligándola á sentarse en los portales y á pedir auxilio á los transeuntes.

A pesar de que yo no tenia aún ni título ni motivo para curar á nadie, y aunque comprendí, por lo mucho que me mareaban los ojos de la andaluza, que la enfermedad de ésta podria ser contagiosa, resolví emprender la curacion.

Obtuvo-se, en efecto, merced á otro amigo más docto y más práctico que yo, que tuvo la bondad de facilitarme una receta.

Consolacion se llamaba la enferma, y sin duda para no ponerse en desacuerdo con su nombre, oyó benévola mi amor, y hasta me dió esperanzas, cuya realizacion, en su concepto, dependia del tiempo y de

las pruebas que ella tuviera, dándoselas yo, por supuesto, de la firmeza, pureza y grandeza de mi amor.

Este, si he de decir verdad, no era ni muy firme ni muy grande; sin embargo, la andaluza, ó llegó á creer lo contrario, ó con el trato, como ella decia, llegué á inspirarle una violenta pasión,—y no me llame inmodesto el lector.—Lo cierto fué que la triste me creyó una alhaja de tan raro valor, que se dedicó, con una tenacidad digna de mejor causa, á espiar-me y á seguirme, y á procurar que ninguna otra tuviera ocasion de darme los buenos dias.

Consolacion me queria para marido: habia calculado que un médico que tan fácilmente la curó de los mareos habia de ser el *non plus* de la ciencia; ella era hija de un empleado en puertas, á quien habian dejado por *idem*, y la pobrecita no podia encontrar partido mejor que mi humilde persona.

Mientras que mi novia se limitó á decirme que sí, siempre que yo la preguntaba si me queria; mientras se contentó con verme una hora todos los dias, cuando al anochecer la acompañaba á tomar un vaso de horchata mezclada, en verano, y un modesto café en invierno—mis relaciones con aquella hija de Eva duraron dos meses: el último de un verano y el primero de un invierno;—mientras no comenzó á hablarme de lo que yo pensaba hacer, dando en esto una prueba de imprudente ansiedad y demasiada afición á averiguar vidas ajenas, no imaginé que aquella mujer no era, ni por pienso, la que yo habia soñado ni la que el destino me habia señalado; pero cuando

principiaron sus exigencias y desconfianzas; cuando comenzó á tener celos, ó, por lo ménos, á demostrar que los tenia, comenzó tambien á parecerme por de mas empalagoso el dulce amor de la andaluza.

Es que aquella mujer hubiera dado al traste con la paciencia de un santo.

El primer dia que falté á su casa, donde ya me habia hecho entrar como novio declarado y consentido, me la encontré, á la una de la noche, asida al llamador de la puerta de la mia; y cuando me vió llegar le dió un accidente epiléptico, imitado, que nos valió sendos cachetes al sereno y á mí, que procurábamos contenerla. Enteróse la vecindad; acudió, con más celo que de costumbre, la autoridad de un celador de barrio, y cuidadosamente se la trasladó á la casa paterna.

Una vez allí, fueron precisas toda mi elocuencia y la confesion de la interesada para convencer de que no era yo reo de un rapto al ex-empleado de puertas, que me amenazaba con tirarme por el balcon, piso tercero sin contar el entresuelo, ó casarme con su hija aquella misma noche.

Sali de aquella casa resuelto á no volver á ver á la andaluza, y durante tres dias cumplí mi propósito sin que me costara violencia alguna; pero el cuarto recibí una carta en la que reconocia su falta la pretendida dueña de mi corazon, y me suplicaba que no la abandonase, añadiendo en su abono que, si semejante desgracia le sucedia, estaba decidida á iluminarse el estómago con cien cerillas de Cascante.

Yo hice lo que el lector hubiera hecho en mi caso: volver á verla y procurar tranquilizarla.

Felizmente, algun ángel debió inspirarme el medio de romper con mi celosa andaluza: fingí estar celoso tambien, y esto dió lugar á escenas de gran efecto, que al fin terminaron por un trueno gordo y con decir yo: — «Pues hemos concluido;» y contestar ella: — «Sí, señor; hemos concluido.»

Concluimos efectivamente, y nos declaramos en libertad de hacer cada cual lo que mejor le pareciera.

Una semana despues la vi acompañada de un sargento primero, con grado de alférez, con el cual—segun me dijo la madre, á quien encontré no sé dónde—debía casarse apénas tuviera aquel hijo de Marte la efectividad de capitan, en el próximo pronunciamiento.

La segunda señora de mis pensamientos se llamaba Cándida: la vi en un baile, donde me contó una historia de desventuras capaz de arrancar lágrimas de los ojos de los leones del Congreso.

La pobrecita era viuda de un mala cabeza que la habia arruinado, y con quien casó á disgusto de su familia, por aquello de que las muchachas se alucinan y no oyen á quien las aconseja bien, y cuanta más oposicion encuentran más empeño ponen en hacer su santísima voluntad, y salga el sol por Antequera.

Dos dias hice el oso enfrente del balcon del piso tercero que ocupaba aquella señora, en compañía de otras dos amigas suyas que, como ella, se dedicaban

al noble oficio de coser guantes ; al tercero la acompañé á entregar la obra y á comprar hilos , agujas y otras menudencias , y el cuarto tuve la satisfaccion de recibir un billete de la susodicha , tan mal escrito , que lo único que pude entender fué que la viuda , para salir de un apuro , solicitaba de mi munificencia la miserable cantidad de 2.000 reales.

Convencido yo de que no habia caballero que se negase á dispensar tan insignificante favor á una vinda menesterosa , quise ceder esta gloria á otro , guardé la carta en el bolsillo , y no volví á pasar por el barrio donde vivia Cándida , y hasta una vez que en la calle la vi venir , para no distraerla , me hice el distraido , fijando toda mi atencion en los carteles de teatro , oportunamente colocados en una esquina.

Mi tercer amor era una dama llegada ya á la edad en que se plantan las mujeres. Sabido es que éstas , como si jugaran á la treinta y una , se plantan en los treinta. Vivía con una tia , y entre las dos reunian una pension decentita , con la que , gracias á Dios , á nadie necesitaban , y , como el otro que dice , podian poner un puchero y vivir en paz y en gracia de Dios.

Conocí á tan respetables señoras porque vivian en la casa inmediata á la mia , y su balcon estaba á tres piés del mio , donde yo solia pasarme las horas muertas viendo á unas modistas que cosian en otro balcon de enfrente.

Una mañana hallábame en mi observatorio con el perro en brazos , por más señas , para que lo admiraran mis vecinas de enfrente , quienes solian echarle

bizcochos, terrones de azucar y otras cosas. Una de aquellas le enviaba estos regalos, y el animal los cogía en la boca con prodigiosa maestría; pero una vez la mano bienhechora de mi amiga varió involuntariamente de direccion, y un bollo que le tiraba fué á caer en el balcon de la casa inmediata. Verlo caer allí el perro y saltar desde mis brazos al otro balcon, fué cosa de un momento.

No tuve otro remedio de recobrar mi animal que tomar el sombrero y presentarme en la casa de las solteronas.

—Señora, dije á la sobrina que abrió la puerta, usted me dispensará esta molestia, pero tengo ley á ese animal...

—¿Por quién pregunta V., caballero?

—Por el perro; por un amigo que, bien á su pesar, es prisionero de Vds.

—¿Qué quiere V. decir?

—Mire V., yo habito en la casa de huéspedes vecina, y tengo un perro; pues bien, ahora poco nos hallábamos él y yo en mi balcon; yo le tenia en brazos, pero vió caer en el balcon de Vds. un bollo, y no quiso perdonar el bollo por el coscorrón, porque saltó y allí está el pobre encerrado, sin atreverse á saltar otra vez al mio, convencido de que no porque en una ocasion se evite un peligro puede uno considerarse exento de caer en otro. Conque si Vds. me hacen el favor de darme el perro...

—¡Animalito! exclamó la bella señora, no sé si por mí ó por el perro, y me hizo entrar para que yo

mismo diese la libertad á mi bueno y fiel amigo.

Una vez dentro, y libre el animal, hube de referir todas las gracias y habilidades de mi compañero, y la manera cómo vino á mi poder, apenas nacido del seno de su madre, y cómo se me habia perdido una vez, y cómo le habia recobrado cuando ya le iban á vender públicamente. Esta relacion interesó tanto á mis dos vecinas, que me prodigaron grandes elogios por mi buena obra, refiriéndome, en cambio, la historia de más de cien animales que ellas habian tenido ó conocido en las casas que frecuentaban.

V

Como es tan largo el epígrafe del capítulo anterior, puede servir también para este.

La sobrina de aquella tia, carisimo leyente, era una solterona de tomo y lomo, que, segun ella decia, no habia inclinado la cerviz al yugo matrimonial, no por falta de pretendientes, sino porque ella habia (son sus palabras) mirado siempre adelante.

Casada, decia ella, tenia que haber seguido la

suerte del dueño de su mano y su corazón, y sabido es que la vida del hombre está sujeta á mil alternativas é incalculables eventualidades, de las que puede decirse con verdad que las tres cuartas partes son adversas.

Soltera, nadie podía quitarle su pensión, con la cual tenía asegurada la satisfacción de todas sus necesidades, y por ende una vida tranquila y dilatada; porque, digan lo que quieran, las penas y los trabajos, si no matan de pronto como un pistoletazo ó una pulmonía aguda, acortan desapiadada y seguramente la vida.

Casada, tendría que subordinarse al carácter y á los caprichos de un hombre, á quien podría querer con toda su alma, lo mismo que podría odiarlo con los cinco sentidos á los dos meses de verificada la boda; tendría que ser esclava, por más que la llamaran señora, y además siempre es muy difícil tarea la de dedicarse á hacer la felicidad propia y la ajena.

Soltera, nadie podía poner límites á su libre albedrío, y no se vería obligada á obedecer otra influencia que la de su santísima voluntad, por aquello de tener sus cuentas ajustadas con todo el mundo, y de que nadie sabe lo que vale la libertad hasta que la pierde.

Y por si no eran suficientes estas razones, se apoyaba aquella señora en la de que el amor es cosa por de mas efimera, y muy ocasionada á peligros de todo género y á desengaños de marca mayor.

Dice Francklin que un soltero es un hombre in-

completo; seguro estoy de que Francklin pensaba que una soltera no es mujer, puesto que no cumple ni en todo ni en parte la dulcísima, la meritoria misión que Dios impuso á la mujer.

Una mujer que permanece soltera por cálculo no puede tener instinto alguno bueno, ni sentimientos nobles, ni conciencia de su propio valor; es decir, que una soltera se cree, en el hecho de serlo, un ente completamente inútil, perfectamente incapaz.

Siempre me ha aconsejado el demonio empeñarme en empresas temerarias, y, obedeciendo, sin duda, á esta influencia diabólica, me empeñé en conquistar el corazón de aquella sobrina de su tía, empeño mucho más difícil que consolar á una fea ó dejar de pagar á un escribano.

Halagábame muy mucho la esperanza de poder decir algún día á aquella mujer, locamente enamorada de mi insignificante individualidad: «Señora, yo no he querido á V. en mi vida, V. es una coqueta que necesitaba una lección, y yo he sido el afortunado mortal que ha sabido dársela; quede V. con Dios, si Dios puede quedar con V., y salud... y mandar.»—Quería ¡pobre de mí! erigirme en vengador implacable de los inocentes sacrificados por aquel Herodes con miriñaque. Todos los días, durante un mes, visité á aquella señora, con objeto de hacerla creer que lo era de mi pensamiento, lo que, para más evidencia, le dije de palabra y por escrito, en prosa y en verso; pero ella, sin ofenderse de mis pretensiones, sin dejar de tratarme con marcial franqueza y delei-

Guillermo y Mariana

tosa confianza, permitiéndome acompañarla á todas partes, sin inquietarse por lo que las gentes pudieran murmurar, y demostrándome con notorias señales de distincion el aprecio en que me tenia, no contestaba á mis protestas de acendrado amor, á mis quejas de sus desdenes, á mis encarecidas amarguras, mas que con un—«Déjese V. de eso»—capaz de concluir con la paciencia de la Cibeles, que tantos años hace está sentada allá enfrente del Prado, divertida en ver pasar la gente que va á los toros.

Yo empleé con aquella mujer todos los medios de seducción conocidos; quise interesarla por caballero esforzado, y una noche pegué una tremenda bofetada á un pollo que se atrevió á decir en el teatro, de manera que ellas lo oyeran: «¡Vaya un par de jamones!»

El dia siguiente nos batimos aquel mozo y yo; y yo, que sabia tirar regularmente, envié la bala diez varas más alta de la cabeza de mi contrario; y él, que, segun confesion propia, no habia cogido un arma en toda su vida, y en aquella hora tenia más miedo que vergüenza, me puso la bala en el bolsillo del chaleco, y no me atravesó porque algunos napoleones se lo impidieron; si aquel dia, como tantos otros, no hubiera tenido un cuarto en el bolsillo, quedo en el campo del honor, víctima de mi aficion á empeñados lances.

Otro dia le llevé unas octavas reales, que bajo mis auspicios tuvo la bondad de escribir un amigo mio, y de las que me declaré indigno autor. En aque-

Los versos la llamaba angel, musa, deidad, ilusion, y yo no sé cuántos piropos más, y ella los oyó leer con absoluta indiferencia, como si oyera una nota diplomática de la Puerta á la Dieta. Volví por la tarde, y ví que mis preciadas octavas reales habian servido para hacer un devanador con destino á una madeja de algodón prosáico acabado de comprar por dos cuartos.

Todas las noches las acompañaba al café, y me gastaba tres ó cuatro pesetas, lo que para ellas era mucho y para mí mucho más, porque al fin yo era quien las pagaba, y durante un mes les hice ver todas las funciones nuevas que se estrenaban en los teatros, lo cual suponía un gasto de cuatro ó seis duros en cada una. Y luego tenía que sufrir las observaciones de la tia sobre la decadencia del teatro, y la soporífera y trivial crítica de las comedias modernas, cuyo mérito era, en su concepto, casi nulo, comparado con el de *El Naufragio de la fragata Medusa*, *La Uraca ladrona*, *El Diluvio universal*, *El Terremoto de la Martinica*, y otras maravillosas creaciones dignas de eterna remembranza. Y la sobrina, en lugar de estar atenta á la accion de la comedia, lo estaba para criticar el traje de aquella actriz, ó el peinado de esta otra, porque no lo traía de moda (y la accion de la comedia se suponía en Móstoles á principios de este siglo), y para observar que el galan era cargado de espaldas, y el gracioso tenía un chirlo en la mejilla, etc., etc.

Convencido de que aquella mujer era insensible á

toda prueba de afecto, convencido de que no le quedaria otro recuerdo de mí que la grata memoria de tal ó cual comida de fonda, ó tal ó cual café, donde habíamos refrescado juntos, resolví desistir de mi propósito y abandonar á sus gustos á aquella mujer; —que harto pobre y digno de compasion es el que vive en el mundo encerrado en su egoismo, y no atreviéndose á mirar á los demas, por no dejar ni un momento de mirarse él mismo.

El primer dia de mi buen propósito salí de mi casa, sin saber á dónde dirigirme, é instintivamente tomé el camino de la natal del perro, donde vivia la famosa doncella del piso segundo. Cerca de la puerta me hallaba, ya me habia visto la portera, aquella que me refirió todos los detalles del natalicio del animal, y ya se disponia á detenerme, y á no perder la ocasion de murmurar del prójimo, cuando recordé la conversacion habida entre la doncella mencionada y un servidor de Vds., y di media vuelta, pensando muy cuerdamente que era prudente evitar toda ocasion de ver á aquella mujer, siquiera por no renovar la impresion que habian hecho en mí las perfecciones de su rostro y lo mezquino y deleznable de su alma.

En hora feliz adopté tan juiciosa resolucion, porque al volver por el mismo camino que habia traído, harto disgustado y mohino con el recuerdo de la supradicha doncella, y de la sclterona que á grandes rasgos acabo de retratar, hallé de pronto el olvido de todas las miserias de la flaca humanidad, y principalmente en aquellas dos mujeres, una de las cua-

les habia venido al mundo para ser el ángel malo de los inocentes,—mi perro y yo,—y la otra para ser el tipo de todo lo más egoista y miserable.

Por la acera opuesta venian dos mujeres, jóvenes ambas, y ambas vestidas con una modestia, al uso de las mujeres que ganan el pan con el sudor de su frente.

El rostro de la que debía tener más edad era por extremo pálido, y con un tinte de melancolía y resignacion que lo embellecia grandemente á mis ojos; los suyos, sombreados por largas pestañas, no miraban altivos, sino lánguidos y humildes; su talle era esbelto, su continente, en fin, mesurado, digno y modesto sobre todo. La que la acompañaba era casi una niña.

Venian las dos muy apresuradas, y acababan de pasar á mi lado y de quedar yo embebecido contemplando aquel rostro verdaderamente de ángel, cuando la niña se separó de pronto de su compañera, y acercándose á mí, muy afigida, me dijo:

—Caballero, ¿es bueno este napoleon?

La otra se detuvo á alguna distancia.

Tomé el napoleon que me alargaba la triste, y era tan de mala ley, que no sé cómo no le habia formado causa el vecino imperio por falsario y calumniador.

—Hija mia, le contesté, es tan falso, que no podrá pasar ni entre los indios de la Nueva Zelandia.

—¡Cármén! ¡Cármén! exclamó la pobrecilla dirigiéndose á su compañera, ¡es falso! ¡es falso!

—¡Cómo ha de ser! contestó la llamada Cármén

con una resignacion que indicaba claramente el daño material que les causaba aquella desgracia.

—Volverémos á la tienda, continuó la niña; allí nos le han dado, que nos le cambien.

No pude resistir al deseo de hacer conocimiento con aquella hermosa criatura, y me acerqué á ella, bien que con cierto encogimiento, y de la mejor manera que supe le ofrecí acompañarla al lugar del engaño, y le pregunté en qué circunstancias se habia verificado éste.

Cármen me dió las gracias por mi interes, y me suplicó que no me molestara; pero la niña todo me lo contó.

Era sábado, y habian ido á entregar y á cobrar, y de cuarenta y dos reales que habian cobrado, los diez y nueve eran de un valor nada más que figurado.

Y decia la infeliz:

—Ya ve V., ¿cómo vamos á poder comer esta semana con diez y nueve reales ménos?

La observacion estaba muy en su lugar.

—Dios nos ayudará, dijo Cármen.

—Pero, ¿por qué no hemos de volver á la tienda?

—Porque pueden negar que nos han dado una moneda falsa; y seria para mí un bochorno, que me obligaria á no coser más para esa tienda, y entónces, hija mia, perderemos más, porque no tendremos que trabajar ni que comer tampoco.

—¡Pero, si es verdad que nos lo han dado allí, repitió la pobre niña; si á nosotras se nos acabó esta ma-

ñana el dinero, y estábamos esperando el jornal de esta noche como el santo advenimiento!...

Mientras hablaba la niña habia sacado yo un napoleon con todo el disimulo posible, y tomando otra vez el falso, como para asegurarme de si lo era, se lo entregué despues de un momento, sin que ni una ni otra se apercibieran de aquella mistificacion.

Y con esto las dejé seguir su camino, no sin seguirlas á cierta distancia, hasta una lejana mezquina callejuela, donde terminaron su viaje entrando en una casa de pobrísimo aspecto, á la que el lector vendrá conmigo, si le interesa esta historia, que es muy verdadera.

VI

El ángel bueno y el ángel malo.

Todos los dias, á la misma hora, pasaban aquellas dos jóvenes por la calle donde vivia la doncella del piso segundo, y yo las esperaba allí, satisfecho con el inocente, pero verdadero, placer de contemplar la peregrina hermosura de la llamada Carmen,

con lo que me volvía tranquilo á mi hogar, lleno el corazón de aliento y el espíritu de fe. Estaba enamorado de aquella niña, pero con ese amor que se llama platónico y que pone en ridículo á los hombres, y de que se ríen casi todas las mujeres. Temía acercarme á ella, y visitarla después, porque presumía que había de pasarme las horas muertas contemplándola y sin decirle una sola palabra, lo mismo que un entusiasta de Murillo ante una vírgen trazada por la inspiración divina del privilegiado artista. Y todo otro amor, eso que en el mundo se llama amor y que lleva á unos á la vicaría y á otros al infierno, parecíame una profanación aplicado á aquella criatura, á quien me atrevería á llamar ángel del cielo, si no se burlasen de mí los pecadores horteras de la tienda que visitaban todas las noches las dos hermanas para entregar el trabajo del día y recoger el del siguiente. Temía acercarme á aquella mujer, porque, como Stendhal, creo que la familiaridad destruye el amor; todos los días me veía en el mismo sitio esperándola evidentemente, y me saludaba con una dulcísima expresión, y una tarde que me oculté en un portal para verla sin ser visto, la ví detenerse y mirar á todos lados, y continuar al fin su camino; pero no sin volverse á mirar con más interés que curiosidad, y cuando me vió advertí en su mirada cierta satisfacción, y aún en el saludo que de lejos me hizo creí adivinar una delicada reconvencción y en sus ojos una gratitud digna de aquella alma privilegiada. Y pensaba yo que aquella hermosa niña, que

sólo me veía una vez cada veinticuatro horas, estaría esperando como yo aquel grato instante, y como yo, volvería satisfecha á su hogar con el gusto de haberme visto y la esperanza de verme el día siguiente.

Hay en el mundo pocas mujeres que comprendan este amor; pero quien es tan feliz que pone los ojos en una que lo comprende, tiene el privilegio de gozar placeres ignorados de aquellos que hablan, riñen y pasean á toda hora con el objeto de su amor.

Cármén era mi ángel bueno, y la doncella del piso segundo mi ángel malo.

Sin embargo, nunca he sentido oprimirse mi corazón ni encenderse mi rostro, como una tarde que, yendo á esperar á mis costureras, encontré á la doncella del piso segundo, acompañada de un hombre grueso, pequeño, zafio y mal encarado, que la hablaba con cierta superioridad, y á quien ella parecía escuchar con humildad. Mis ojos se llenaron de sangre; sentí en el cerebro un estremecimiento, como si una mano aleve me hubiera cruzado el rostro.

Nunca había podido apreciar en mí mismo el efecto de los celos; era que nunca había amado á mujer alguna como á aquella. Sublevábase mi amor propio al reconocerme pospuesto á aquel hombre grosero, brusco, incapaz de sentir una pasión profunda como la mía; y mortificábame la idea de que aquella mujer, tan positivista, tan friamente calculadora, tan desdenosa conmigo, sería con él dulce, amable, desinteresada, expansiva...

Pasaron ella y él sin reparar siquiera en mí, y yo me dirigí maquinalmente á la portera que me refirió los detalles del natalicio del perro, y que en aquel momento estaba sentada á la puerta de la casa, contando los puntos en una media de su confeccion.

—¿Quién es ese hombre que acompaña á la doncella del piso segundo? le dije. Y ella, levantando la cabeza, exclamó:

—¡Ah! ¿Es V.? Pues poquito que me he acordado yo de V.

—Me alegró: dígame V., ¿quién es ese hombre?

—¡Hola! Y trae V. el perro... ¡Ven acá, mal genio! Bien se conoce que tu amo te cuida bien.

Y pasaba la mano por el lomo del animal, que con un gruñido sordo y reconcentrado indicaba claramente la poca gracia que le hacian las caricias de la vieja.

—Pero diga V., ¿quién es ese hombre?

—¿Ese?... ¿Ese que va con la doncella? ¡Pues no lo he de conocer!

—Bien, pero ¿quién es?

—Mire V., lo que es él, bien quieto se estaba; pero ella, que corta un pelo en el aire, ha olido que tiene un gato que no lo suelta él por dos talegas, y ahí tiene V.,. Porque, lo que ella dice cuando entra, sube y baja y se para á darme los buenos dias: lo que ha de procurar una mujer es casarse pronto y bien; y mire V., lo que es en eso tiene razon, porque al cabo la mujer, si no tiene gancho, y hace cara á este, y al otro, y al de más allá, se queda para vestir imágenes,

y ya la tiene V. aviada para toda su vida; y si no tiene rentas ni hay quien le dé la mano, hágame usted el favor... Lo que es ella, hace bien; si lo puede enganchar, Dios la bendiga; si lo consigue, bien puede decir que ha puesto una pica en Flandes, porque lo que es él es un gallego (y cerraba el puño), que para sacarle un ochavo se necesitan Dios y ayuda; el año pasado le envió á pedir un hermano que tiene allá en la tierra, para pagar la contribucion, porque la cosecha habia sido muy mala y el pobre no tenia ni sobre qué caerse muerto, y ¿sabe V. lo que le envió á decir? Que no tenia suelto. A ese le sucederá lo que á uno que se casó con la hija de un memorialista que empezó en el portalito aquel de enfrente con una mesa y una silla que no valian dos cuartos, y luego tuvo coche, como que prestaba dinero á réditos; pues bien: aquel era tambien de los que no sueltan un real aunque se le salte á V. un ojo, y ella se dió tan buena maña y lo mareó de tal manera, que empezó á darle el aire al dinero de un modo, que hace dos años ella vendia agua en el rio, agua, aguardiente y alfileres, que es buen refresco, y él estaba atenido á vender en las calles papeles cuando habia reo, ó salia la lotería, ó se daba *Gaceta extraordinaria*... Y por cierto que hace tiempo que no sé de tal matrimonio; bien es verdad que él murió un domingo en la corrida de novillos, y ella está en el Modelo porque un dia en el rio se equivocó y se llevó unas enaguas y una camisola que no eran suyas...

A este tiempo, la portera, que no habia cesado

de acariciar al perro, lanzó un grito, y se llevó á la boca la mano ensangrentada; el animal, cansado ya de las caricias de aquella mano pecadora, cuando más distraida estaba la pobre vieja, volvió la cabeza y le clavó los colmillos en los dedos.

Yo estaba furioso, y necesitaba una víctima, y esta fué el perro, á quien di tan fuerte puntapié, que el noble animal fué á caer en mitad del arroyo aullando lastimosamente.

—¡Qué inhumanidad! exclamó con voz dulce y compasiva una transeunte que vió caer al perro con los ojos y la boca rebosando sangre.

Aquella transeunte era Cármen, la costurera, que me dirigió una mirada que me hizo bajar los ojos y estender la mano sobre el perro, que habia vuelto arrastrándose á mis piés, como esperando una caricia mia para demostrarme luego con las suyas que no me conservaba rencor por la brutalidad con que acababa de castigarle.

—¡Pobre animal! exclamó la costurera.

—Sí, sí; celébrele V. la gracia, añadió la portera, que habia vuelto á salir á la puerta, apretándose los dedos de la mano mordida con los de la otra. ¡Siempre he tenido yo horror á esos animales!

Dejé á la portera con la palabra en la boca, y, seguido del perro, me acerqué á Cármen, que tan oportunamente venia á distraerme de mis furiosos celos;—tal era la benéfica influencia que ejercian en mí los ojos de aquella niña.

—Perdóneme V., le dije, que la distraiga un mo-

mento; pero la accion que acaba V. de reprocharme podria contribuir á que V. formara de mi carácter un juicio equivocado, y quiero decir á V. que es la primera vez que cometo semejante esceso, y que lo deploro tanto más cuanto que este animal es el mejor, el único amigo mio.

Y le referí lo más brevemente posible la historia de César—(ya saben Vds. que así se llamaba el perro)—la que le interesó grandemente en favor del animal, y creo que tambien en favor mio.

Y hablando de tan importante asunto, llegamos á la casa donde vivian aquellas dos hermanas.

Y quieras que no, despues de decirme Cármen que iba á espantarme ver su casa, me hicieron entrar, no por mi linda cara, sino por la del perro, que estaba lleno de sangre, y era preciso lavarle.

La calle donde estaba aquella casa tenia una forma así como de barco, y la habrian empedrado de balde seguramente zapateros interesados en el mayor y más breve deterioro del calzado del prójimo; no le faltaban aceras, estrechas, eso sí, como el camino de la virtud, pero de las que no podian gozar los honrados transeuntes, porque estaban dignamente ocupadas por varios seres, que Buffon no hubiera sabido calificar ni clasificar.

Allí una vieja, con los cabellos blancos, sujetos en la parte posterior de la cabeza con una horquilla como una garrocha, sentada en una silla con tres únicos piés, y ocupada en hacer calceta y cuidando al mismo tiempo de un niño, que enmedio del arroyo, y com-

pletamente desnudo, se entretenía en tirar chinitas á la misma abuela, con el piadoso objeto de saltarle un ojo, ó hacerle ver las estrellas con el dolor que le causara una bien dirigida á la afilada punta de sus venerables narices. Más allá un hombre, sentado en el dintel de una puerta, por no descabalar la sillería de su casa, cosiendo en un pantalon azul un remiendo negro, y cantando:

Ni contigo ni sin tí
 puedo yo encontrar consuelo;
 contigo porque me matas,
 y sin tí porque me muero.

Enfrente una mujer, meciendo al son de la cancion que acabo de copiar á una criatura de pocos meses, de quien es digna nodriza, y á la que saluda de cuando en cuando con una cuchara llena de una masa nada agradable, que el ángel no quiere gustar, áun arrojando el peligro de excitar las iras de su madre postiza, que se desata en impropiedades contra él y contra su madre y su padre, y eso que estos le dan á fin de mes ocho ó diez duros, limpios de polvo y paja, bien ajenos sin duda de que el hijo de su amor es víctima indefensa de la bilis de aquella mujer que vende su sangre. Y á lo mejor se levanta para ir á espumar el puchero, y dice á la vieja que hace calceta:

—Señora Petra, eche V. un ojo al chico, que yo me voy allá dentro, no sea que venga *ese* de trabajar, y si no encuentra la comida á punto ande suelto

en casa San Benito de Palermo... ¡Cuándo quedará Dios que á ese *arrastrao* se le lleven los demonios!... Mire V., si no fuera por él, por el grandísimo tuno, ¿quién me mandaba á mí tener que criar ese embeleco, ni estar hecha una esclava?... ¡Pues si yo podia estar, como el otro que dice, hecha una reina, sin tener que mirar la cara á nadie, y con un duro en la faltriguera á todas horas, y riéndome de la fortuna!

Si mi padre me hubiera dado una buena paliza cuando dije que me queria casar, ¡qué gran favor me hubiera hecho!... Y hablando, hablando, se le pasa el tiempo, y el marido vuelve de trabajar, y la comida no está dispuesta, y ella echa la culpa al chico, que no ha dejado de llorar en toda la mañana, y á los padres del mismo, que han ido á verle y la han entretenido, y el esposo no cree una palabra de lo que dice la esposa, y esta se irrita, y él tambien, y ella alza el gallo, y él alza el palo y lo deja caer sobre su costilla, que pone el grito en el cielo, y acuden los vecinos; y uno recibe un insulto, y otro un estacazo, y se pasa la hora concedida al trabajador para ocuparla en alimentarse y no en andar al morro, y pierde medio dia de jornal, y por esta nueva causa vuelve á comenzar la camorra, y á todo el niño allí se está en la silla y en medio de la calle, desgañitándose, hasta que un perro que viene perseguido por otro, tropieza en la silla, y rueda esta, y rueda el angelito, y el perro que viene detras pasa por encima de su cuerpo, y una vecina piadosa recoge al niño y le lleva á otra vecina para que, por

caridad, le dé el alimento necesario que no le puede dar aquel día la mujer del trabajador, porque con la paliza y el disgusto consiguiente la leche se le volvería veneno, y ninguna culpa tiene la abandonada criatura de los vicios de los demás. Y si el niño no se muere entónces, se muere un mes despues, ó se cria enteco y enfermizo, y muere cuando llega á los siete, ó los quince, ó á los veinte años.

III Allí está la manchega desacomodada, contando horrores de sus amos; allí el chulito con el pantalón ajustado, la chaquetilla corta, el ricito junto á la oreja y el pitillo en la boca, refiriendo al que cose el remiendo los incidentes de la corrida de novillos del día anterior, en la cual se condujo como un héroe cogiendo del rabo á uno de los embolados; allí grita y manotea la vecina que tiene el puesto en la plazuela, irritada porque aquella mañana le han dado medio duro falso; allí el mozo que ha caído quinto, se despide de su amante, porque el día siguiente entrará en *caja*, y saldrá para el depósito de Leganés; allí el señor Anton, el trapero, cierra el trato con un negociante en trapos, que le compra los que tiene reunidos... allí, en fin, se ven ejemplares de todos los tipos populares, llenos unos de gracia, repugnantes otros, y curiosos todos para el observador.

VII

La casa de la costurera.

Tomaban el sol ó la sombra en aquella calle otros personajes, dignos del pincel de Goya, y que por su carácter, sus costumbres, sus vicios y sus aspiraciones, nada tenían que envidiar á los que nos describe Eugenio Sué en alguna de sus celebradas y censuradas novelas; pero como no agradará mucho al lector estar en medio de la citada calle sufriendo las groseras alusiones é insultantes chanzonetas de aquella gente, enemiga de todo el que no viste, vive y muere como los suyos, entraremos en la casa por un portal largo y estrecho como la vida de un pobre, al fin del cual nos hallaremos en un patio cuadrado, cuya parte baja está simétricamente adornada por ocho puertas laterales, y cuatro en el frente, que dan entrada á unas habitaciones mezquinas como la dá-

diva de un avaro, en cada una de las cuales vive una familia. Lo malo es que allí tambien tropezamos con los vecinos, que, para no malgastar la luz que entra en cada una de las habitaciones por una ventana económicamente abierta, se salen al patio, y allí se ocupan en sus quehaceres, al mismo tiempo que se entretienen en amena, ya que no siempre honesta, conversacion. Allí ven Vds. uua vieja peinando á una jóven, sobrina suya, que va á ir á anunciarse en el *Diario*, ganosa de encontrar cria para casa de los padres; á la puerta de otro cuarto verán Vds. un zapatero echando unos tacones á los zapatos de otro vecino, y comunicando á sus oyentes su firme resolucion de no entregárselos en tanto que no le pague los tacones reemplazados por los que á la sazón le confeciona, que aún no le han sido satisfechos, y hace medio año que se los puso; más allá una mujer cantando:

Moreno pintan á Cristo...

é interrumpiendo la cancion para gritar á un chiquillo desharrapado que se ha encaramado sobre el brocal del pozo:—¡Bájate de ahí, enemigo!—y el chico se baja, y ella sigue:

morena á la Magdalena...

—¡Deja al gato!... Bastante paciencia tiene el animal; si fuera yo, ya te hubiera sacado los ojos...

moreno es el bien que adoro:

—Aguador, á ver si se lleva V. este chico en la cuba...

¡ Viva la gente morena!

—¡ Arrastrao! ¡ no salgas á la calle!

Pero el chico sale y se pone á jugar con otros, y uno de estos le arrima una pedrada en la nuca, y la madre del herido quiere castigar al agresor, y la madre de éste le defiende naturalmente, y ármase otro belen, y los vecinos gozan con el espectáculo de ver cómo andan á la greña las dos madres, que no solo se maltratan de obra, sino tambien de palabra. y sácense á relucir, con notoria infraccion de aquel cristiano precepto que nos manda amar al prójimo como á nosotros mismos, las flaquezas, lo mismo las más ostensibles que las más recónditas, de que adolece cada una de las combatientes, y en aquella ocasion se da publicidad hasta á los vicios de los ascendientes respectivos, dignos por otra parte del respeto que debe imponer á los vivos la losa que pesa sobre los muertos.

Cada dia hay en cada una de esas casas, llamadas de vecindad, tres ó cuatro escenas como la que he referido, con lo cual se acostumbra sus moradores á ejercer una elocuencia especial y convincente, cuya fraseología no se consigna en ninguno de los innumerables diccionarios que se han publicado y se publicarán, todos aumentados, por supuesto, con más de 2.000 voces nuevas.

En las noches de verbena, el dia de San Isidro, y

los señalados para otras fiestas populares, en las que no se repara en el precio del vino, es milagro patente si no recibe la hospitalaria cárcel de Villa algun nuevo inquilino, que lo era ántes de una casa de vecindad, y el Hospital general algun herido, de navaja por de contado, ó algun cadáver, que ocupe despues durante dos dias la capilla pública. De allí salen en los dias de conmociones populares esos patriotas que, si triunfa la revolucion, y no han muerto en la lucha, vuelven á quedar tan desconocidos y miserables como ántes, y si la revolucion sucumbe, pasan por el duro trance de ser presos, y hallarse algunas horas, por lo ménos, entre la vida y la muerte, en la incertidumbre de si serán perdonados ó castigados.

Hay personas que envidian,—lo dicen por lo ménos,—la suerte de los hombres del pueblo bajo, porque suponen que no discurren, ni tienen grandes necesidades, ni ambicion de fortuna, ni recorren el camino en que se encuentran las defecciones y los desengaños, y tienen,—perdonen Vds. lo prosáico de este capítulo,—por único amigo el vino, que les hace olvidar la infidelidad de una mujer, ó lo precario de su peculio, y con el contenido de una botella en el cuerpo, cobran valor para afrontar todos los peligros, y una inmensa superioridad sobre los que se rien de ellos, y quizá los compadecen al verlos dando tumbos por esas calles, y abrazándose á los guardacantones, como si estos fueran peregrinas criaturas del sexo bello.

Los que dicen que envidian á estas gentes, no

han visto sus casas, no han conocido sus vicios, no han podido apreciar el rencor que les inspiran los hombres de diversa condicion, no han comprendido cómo aleja al hombre de todo bien, cómo le envilece la falta de dignidad personal y el convencimiento de su pequeñez. Para halagar al pueblo bajo, hay que halagar sus pasiones; hay que ponerle en pugna con la sociedad; él oye y sigue á quien le habla este lenguaje; pero, ¡cuán pocos siguen á quien les habla el lenguaje de la verdad, de la virtud y el trabajo! Habladle bien del poderoso, y si teneis elocuencia bastante y le subyuga vuestra palabra, os escuchará en silencio; pero habladle de que el poderoso lo es usurpándole sus derechos, y á costa suya, y él se paseará en triunfo, si se lo permiten. Por todo esto son más dignos de admiracion y respeto esos hombres que, nacidos en la clase más ínfima, han llegado con animoso espíritu á ser hombres de ciencia y virtud, grandes poetas, eminentes artistas. Para recorrer el camino que les ha llevado á ocupar en la sociedad un puesto superior al de la generalidad, han tenido que sostener una empeñada lucha con los suyos para hacerse ajenos á los vicios, las preocupaciones y los rencores que les dominan, y abrirse paso por entre los desdenes y las preocupaciones tambien de la sociedad que forma aparte de lo que se llama pueblo. Y es que en el mundo, lo mismo entre los pobres que entre los ricos, entre los grandes que entre los pequeños, no se practica el sublime precepto que he citado, y que basta á reconocer como la mejor

y la más santa la doctrina de Jesucristo: ¡Ama á tu prójimo como á tí mismo!

Pero basta de reflexiones que están en la conciencia de todos, y que, repetidas por mí, no han de conducir seguramente al buen resultado de hacer al mundo mejor de lo que es.

Inspiraba efectivamente profunda compasion, ya que no espanto, el aspecto de las cuatro paredes que servian de albergue á aquellas dos pobres y virtuosas mujeres, que habian gozado en los primeros años de su vida todas las comodidades apetecibles, y de repente se vieron reducidas á prescindir de esas comodidades ó á obtenerlas á un precio vergonzoso. Y la mayor de las dos hermanas, sin saber quizá que era un mérito grande su resolucion de vivir pobre y oscura, la adoptó, porque su instinto, no su conocimiento de mundo, le decia que aquel camino en que entraba, estrecho, penoso y lleno de peligros y dificultades, conducia á mejor término que el llano abierto camino de la deshonra, en que se extravían tantas mujeres, conducidas por los hombres, que tan mal cumplen su honrosa mision de ser en el mundo apoyo y amparo de la mujer, de quien nacen, y que está destinada á ser su compañera.

Cuatro sillas, un cofre y una mesa sobre la cual se veian un Jesucristo y una vírgen del Cármen, de talla, y en una alcoba sin puerta, oculta por una cortina, dos colchones sobre un catre, donde descansaban del trabajo las dos hermanas: este era todo el mueblaje de aquella habitacion som-

bría, húmeda, triste y oscura como una prision.

Cármen y su hermana no se trataban con los vecinos, no tomaban parte en la chismografía del patio, ni se atrevían á intervenir en las continuas reyertas que á toda hora ocurrían en la vecindad, ni participaban jamás de los festejos que se improvisaban en el patio ó en la calle, para celebrar á Todos los Santos, ó á San Isidro bendito, ó la boda de algun inquilino, etc., etc.; pero siempre que alguno de los vecinos se hallaba enfermo y abandonado, allá iban las dos á cuidarle y á demostrarle que no está completamente olvidado en el mundo el precepto de la doctrina de Jesus; siempre que alguno no podía pagar el domingo al administrador de la casa, que se presentaba á cobrar los alquileres, ellas eran las que templan el enojo del delegado del casero, si lo exiguo de sus recursos no les permitía adelantar al inquilino moroso la cantidad necesaria para evitar que fuese arrojado á la calle como un perro vagabundo.

Así es, que entre aquella gente que siempre se hallaba en guerra, solamente las dos hermanas tenían el privilegio de ser respetadas y tenidas en buena opinion. Allí moraban hombres viciosos, y de allí habian salido grandes criminales, y las dos débiles criaturas vivían entre ellos sin que ninguno fuera osado á poner la intencion en ellas, sin que ellas tuvieran necesidad de precaucion alguna, más seguras que si hubieran vivido en el centro de Madrid, y alejadas de aquella gente tan evidentemente *non sancta*. El dia que yo entré por primera vez en

aquella casa, una de las vecinas, madre abandonada de dos tiernas criaturas, fué repentinamente atacada de un accidente epiléptico y cayó sobre las piedras del patio, golpeándose, en horrible convulsion, con grave riesgo de herirse en la sien y perder la vida. Ellas y yo acudimos á sostenerla para evitarle los golpes, en tanto que otra vecina fué á avisar á un médico, que, no sé si sabía ó caprichosamente, la recetó una sangría; cuando la enferma recobró el sentido, se le dijo lo que habia dispuesto el Galeno, y la infeliz, con una triste sonrisa, exclamó:

— ¡Si no tengo siquiera para alumbrarme!

Sin embargo, el sangrador vino é hizo la sangría, Cármen le dió los únicos seis reales con que contaba para comer el dia siguiente, que debia cobrar el precio de su trabajo de toda la semana. Su jornal cobrado el sábado sólo alcanzaba á ocurrir á sus necesidades hasta el sábado siguiente.

VIII

La costurera.—Mucha prosa.

Dispénsese el lector de esta verídica narracion, si soy en ocasiones demasiado prolijo y hasta difuso. Nos place tanto recordar las épocas, los sitios y las personas que han sido para nosotros breves, como felices, paréntesis en nuestra vida agitada, inquieta é insegura, que el lector, trayendo tambien á su memoria el recuerdo de sus dias felices,—que todos, hasta el más abandonado, los tienen en la vida,—no sólo me perdonará de buen grado, sino que se holgará de ver que no soy ingrato. Tantas amarguras hallamos en el camino de la vida, que necesariamente hemos de mostrarnos agradecidos á los que vinieron á endulzarlas ó á hacernoslas olvidar.

En aquella pobre casa gocé yo placer verdadero, como del espíritu, placer que no me aturdió, ni me

enloquecia, placer tranquilo, sosegado y puro:—que lo es, y muy grande, la contemplacion de la virtud y la modestia, de la fé y la resignacion, y de esa pobreza que al mismo tiempo que nos priva de toda comodidad material, da á nuestra alma la confianza, la energía, la tranquilidad de que suele carecer el poderoso, y la eleva á Dios, que, como sabia y sencillamente dice el Catecismo, es principio y fin de todas las cosas.

Cármen era pobre, muy pobre, tanto que no tenia otro arbitrio que el trabajo de sus manos, mezquinamente recompensado; sus padres habian sido ricos y ocupado una posicion principal en la sociedad: ella debia haberlo sido tambien; pero un pleito habido con un hermano suyo, de madre, habia desposeido á las huérfanas de una fortuna considerable, que aquel derrochó en tres ó cuatro años, viniendo á quedar tan abandonado de Dios, de los hombres y de sí mismo, que en vez de aplicarse al trabajo, en vez de ganar el pan con el sudor de su frente, la noche que perdió su última onza, puso fin de un pistoletazo á su mezquina existencia.

La justicia infalible de Dios advierte así de sus errores á la justicia, no siempre impecable, de los hombres.

Y Cármen se resignó, no sólo á ser pobre, sino á servir de madre á su hermana, que era una niña, y no salió, no ya de su corazon, sino ni siquiera de su boca, una sola queja contra los jueces que la condenaban injustamente á la miseria.

Era que tenia tan profundo respeto á Dios, tan íntimo convencimiento de la grandeza de quien hizo el mundo, y de la pequeñez de quien lo ocupa, que no cabia en su pensamiento ni la idea de suponerse con derecho á quejarse de su desgracia, de Dios, á quien tenia mucho que agradecer con sólo tener un rincon de tierra donde vivir, y una inteligencia bastante á procurarse medios de sostener su vida.

Y sin embargo, si aquella pobre mujer hubiese caido enferma, y la enfermedad hubiera sido larga y penosa, toda su esperanza seria un lecho en un hospital para ella, y un lugar en un asilo de beneficencia para su hermana. Todos los dias me hablaba de este temor, el único que la entristecia, pero siempre acababa por hacer justicia á la misericordia del Ser Supremo, y tranquilizarse, con la esperanza de que, si Dios le enviaba aquella tribulacion, tambien le enviaria los consuelos de la caridad, y la fuerza suficiente para no desconfiar de su infinita bondad.

Y siempre que su hermana, niña inocente é irreflexiva, le observaba que su posicion era la más triste, la más desesperada, ella, sin reprenderla, sin contradecirla, le hacia observar á su vez que no era tan grande su infortunio comparado con el de una señora muy rica á quien ellas conocian, y que llevaba diez años postrada en el lecho con una parálisis eterna; con él de otra señora, casada con un hombre que le habia perdido una fortuna en el juego, y que tenia un hijo, completamente abandonado por su padre, y entregado á todo género de excesos; con el de otra

mujer que, con dos niños gemelos, habia tenido que enviar á la Inclusa el uno para que no murieran los dos, á quienes ella sola no podia alimentar, y con el de un pobre padre que, viendo morir de hambre á sus hijos y á su madre anciana, habia salido en una noche de desesperacion á robar á un caballero, que le apresó y le condujo á la cárcel, de la que salió para un presidio, en tanto que sus hijos y su madre esperaban su vuelta de aquel lugar de infamia en el asilo de San Bernardino.

Y concluia dando gracias á Dios por su escasa fortuna, por su honrada pobreza, y suplicándole encarecidamente que siempre se la conservara.

¡Y los hombres que tenemos lo necesario nos quejamos de Dios á veces, porque nos falta lo superfluo!

¡Y somos enemigos de quien tiene más que nosotros, y envidiamos quizá las riquezas que alguno adquirió, no legítima y trabajosamente, sino por engaño, por hurto impune, que tambien hay impunidad para algunos que viven de lo ajeno!

¡Y nos creemos en la mayor desgracia cuando nos falta un traje, ó la fortuna nos tuerce un capricho cualquiera que pensábamos realizar!

¡Y gastamos nuestra inteligencia en inventar modos de destruirnos los unos á los otros, é imaginar intrigas y astucias para ocupar cada cual el puesto que no le corresponde!

¡Ah! La miseria, resultado del vicio ó de la indolencia, es una cosa horrible; es una vida de eterno tormento, de remordimiento eterno; pero la pobreza

honrada y virtuosa, es la vida de la tranquilidad, de la bienaventuranza.

Y es que no consiste nuestra desgracia en ser pobres y humildes; consiste en que nos mortifica que haya quienes todo lo tienen sobrado y de nada carecen.

La enemistad que reina entre los hombres, la envidia que tan cordialmente nos profesamos, es respecto de Dios, que nos hizo hermanos, la más monstruosa de las ingratitudes.

¡Y nosotros los hombres tomamos el nombre de Dios para todas nuestras empresas; lo tomamos para hacernos la guerra, y destrozarnos unos á otros en los campos de batalla; lo tomamos, hasta para patrocinar ideas políticas, cuyos principios podrán ser buenos, si se quiere, pero cuyos fines no son otros que nuestro engrandecimiento individual, y nuestra superioridad sobre los que disienten de nuestra doctrina, sobre los que como nosotros quieren labrar su propia fortuna, mintiendo pretender labrar la de los pueblos!

Pero me olvido de que estoy en el oscuro piso bajo de una hedionda casa de vecindad, y pretendo elevarme á unas alturas de las que se suele caer con grande estrépito, y con no poca algazara de nuestros hermanos, que siempre están dispuestos á abrir la boca para reirse á carcajadas del pobre que cae, y tenerla abierta,—de admiracion,—viendo al que sube y esperando verle bajar luego para saludarle como á su antecesor.

Dejo, pues, las alas que tomé,—que en la vida no debe caminarsé al vuelo, sino con gran mesura, y poniendo ántes, como aquel filósofo, el baston en el sitio donde se ha de poner el pié, para asegurarse de la solidez del terreno,—y vuelvo á mi costurera, aunque el lector se enfade y aunque las del gremio alegres y alocadas por de más, oyendo esta narracion, levanten un momento los ojos de la labor y se miren unas á otras con un guiño de incredulidad que hará muy poco favor á la clase, y mucho á Cármen la costurera.

¿Cuándo habian de sospechar esas lindas,—por ser galante nada se pierde,— esclavas de la aguja y del dedal, que habia una sola entre ellas que no concurría á los bailes de *sociedad* ó de máscaras, que, dicho sea de paso, tan perjudiciales han sido, son y serán? ¿Cómo habian de creer que la tierra daba abrigo á una indigna costurera que no tenia un mozo rubio que la esperase en la esquina á la hora de salir del taller, y con protestas de acendrado amor, y reclamaciones de pago del mismo amor, la acompañase hasta cerca de la casa paterna, y no hasta la puerta, por temor de ser objeto de la curiosidad de una madre con el colmillo retorcido, ó de un padre conocedor de la fragilidad del bello sexo y de la travesura de los lindos de la época, capaces de... no ya de conquistar el corazon blando de una niña de diez y ocho abriles, sino hasta el duro y *encallecido* de la viuda más co-torróna del inmenso repertorio de las que no podrian resistir la viudez si no las consolara la viudedad?...

Aunque se lo hubieran dicho hablado, cantado y rezado, no habrían podido imaginar que una costurera no se ocupaba en murmurar de las demas, ni en adiestrarse en la polka y las habaneras, ni siquiera en tararear, cosiendo, la música de la danza más gachona y voluptuosa de las compuestas por uno de esos directores de orquesta de baile, que son árbitros de los piés de la concurrencia, y cómplices, inocentes hasta cierto punto, de no pocos tropezones que suele dár la que baila mejor, aunque esto parezca un contrasentido, y de no pocos lazos que se estrechan tanto, que se hacen á la fin nudos, y no pueden desatarse luego, si no se corta por lo sano, y de los que son consecuencia precisa tantos infortunios y tantas tristes historias.

Pues sí, hermosas de mi alma; yo he conocido una costurera que no bailaba, ni tenia novio, ni murmuraba, ni tropezaba, ni en su vida se habia puesto la careta que Vds. se ponen en Setiembre y no dejan hasta Marzo, con objeto de embromar á los que las conocen, y de admitir los galanteos de los que no las conocen, y ya la tostada con café, ya la racion de jamon dulce, ya cualquier otro de los varios y nada delicados manjares que se sirven en los *ambigús* de los bailes por especuladores que hacen su pacotilla á fuerza de cólicos, indigestiones y otros males que sufre por su culpa el ilustrado público.

Y ella, que carecia de todo aquello de que ustedes no pueden prescindir, vivia mucho más tranquila, mucho más feliz que Vds., y su belleza no la marchi-

taban las emociones del baile, ni el insomnio, ni la impaciencia, ni la incertidumbre, y los domingos no estaba como Vds. ocupada en lavar y planchar el vestido más presentable, ni en coser lunas, soles y estrellas doradas en el pañuelo para disfrazarse por la noche, ni en almidonar las enaguas hasta ponerlas tan duras como de carton, ni se preocupaba de fútiles adornos, ni habia para ella ninguno tan preciado como una rosa en sus cabellos, una rosa tan bella y tan pura como ella.

El domingo iba á misa, tempranito, de cualquier modo, porque nadie tenia que verla, y á nadie tenia que ver; y luego limpiaba su habitacion, y luego se vestia decentemente, y con su hermana salia á dar un paseo por fuera de puertas, ó á sentarse en la fuente de Neptuno, y ántes de que oscureciera volvan á casa, y, si las seguia algun moscon, diciendo cuatro ó más tonterías, ellas aligeraban el paso, y el otro, como si hablase con la pared, y si el pobre tenia valor suficiente para llegar hasta la extraviada callejuela donde vivian, no les importaba maldita la cosa, porque en llegando sacaba Cármen la llave, abria su puerta, entraban, y la cerraba en seguida, y el D. Diego de noche allí se quedaba más corrido que una mona, y no faltaba en la vecindad de enfrente quien le viera, y le dirigiera alguna que otra pulla, si es que no se juntaban los chicos que por allí andaban jugando á los soldados, y me lo traían hasta cerca de la Puerta del Sol dándole matraca; y si el mozo era terco, y todos los dias se daba una vuelta por delante

de la casa, se molestaba en vano, y el zapatero que le calzaba era el que se ponía las botas con aquellos paseos, porque con lo largo del camino y el empedrado de aquellas maldecidas calles, las del lindo se echaban á reír que era un gusto.

IX

Reflexiones oportunas, ó inoportunas, como quiera el lector.

Para mí era una necesidad ir á ver todos los días á mis costureras, y paréceme que también lo era para Cesar, mi perro, que en poco tiempo aprendió tan perfectamente el camino que conducía á aquella casa, que apenas se veía en el portal de la nuestra, tomaba aquella dirección, sin volver atrás la vista, y como queriendo indicarme que el camino que él me señalaba y no otro, era el camino del bien.

Y cuando estábamos en la mitad del camino, se adelantaba alegremente para advertir de mi próxima llegada á las dos hermanas, que le recibían, como quien dice, con los brazos abiertos, y le prodigaban caricias, á que él se mostraba muy agradecido.

Y luego allí, ellas cosían, y el perro y yo las mirábamos con la boca abierta ambos, de admiración yo, y de calor el animal. Nuestra conversación era por extremo inocente; hablábamos de las buenas prendas que distinguían al perro, de la manera cómo distribuirían ellas el dinero, en el caso improbable de poseerlo, de lo poco productivo del trabajo de la mujer, y muchas veces de mi madre y de mi hermana ausentes.

Si en una sociedad del gran tono me hubiera atrevido á hablar de mi madre, de la pobre aldeana, que nunca había visto más mundo que su reducida aldea, y de los sencillos usos y saludables costumbres de aquellos naturales, paréceme que la gente *comm' il faut*, los infinitos *esprits forts* del gran mundo me hubieran tenido por un pobrecito, y se hubieran reído de mi delicioso candor y singular inocencia.

Cármén y su hermana, no sólo no se reían, sino que oían con grande interés y con visible satisfacción el prolijo relato que yo les hacía de mi infancia, de los cuidados de mi madre, de mis enfermedades, de mis travesuras, de mis viajes, etc., etc. Y cuando les refería algunos de esos episodios, que todos tenemos en la vida, ménos los desdichados hijos de desconocidos padres, en que mi madre había hecho sacrificios por mí, en que por mí había expuesto su vida y su fortuna, ellas también, al ver desprenderse de mis ojos la más dulce de las lágrimas, lloraban como yo, y unida con la mía, enviaban su bendición á mi buena, á mi santa madre.

¡Desgraciados los hijos que no han conocido á sus madres! Por grandes, por poderosos que lleguen á ser, siempre tendrán algo que envidiar al hombre más abyecto y miserable, que, en medio de sus tribulaciones, y despreciado y abandonado de todos, tiene una madre, en cuyos brazos puede llorar, y en quien siempre hallará amor y consuelo! ¡Desgraciadas las madres que no conocen á sus hijos! Para ellas no puede haber paz ni alegría; el vicio les abrirá sus brazos; pero no les concederá la virtud sus puros placeres.

Del hombre que en medio del camino del vicio se acuerda de su madre, y se detiene un momento, aunque la influencia del mal le arrastre despues otra vez, puede esperarse todavía algo bueno; puede esperarse que se enmiende y se convierta; pero del hipócrita que goza holgada vida, y guarda avaro sus riquezas, y se las niega á su madre, que carece de todo, no espereis nada, nada, que no sea en contra de vosotros; temedle, lo mismo que al asesino que en medio de la oscuridad y despues que ha pasado á vuestro lado, se vuelve para heriros por la espalda.

Quizá el lector no estará dispuesto á creer, juzgando por sí mismo á los demas, que sustenta la tierra hombres capaces de poner en olvido el amor de su madre; pero, aunque le produzca disgusto el desencanto, debo decirle que hay en la sociedad moderna muchos ejemplos de ese crimen,—que bien merece esta calificacion la ingratitud de un hijo para con su madre,—aunque la ley no lo castigue, como

no castiga otros muchos verdaderos crímenes que se cometen por personas consideradas en la sociedad, á quienes estrechamos la mano, á quienes no se inhabilita para cargos públicos, á pesar de que lógicamente pudiera suponerse que no puede ser bueno en su vida pública quien no lo es en su vida privada.

Las víctimas de estas gentes no encuentran otro desagravío que la infalible y recta justicia de Dios.

Cármen y su hermana venian á ganar entre las dos, ocho reales diarios, pero trabajando asiduamente desde las seis de la mañana á las ocho de la noche.

Los hombres, que debemos amparar á la mujer, hemos concluido hasta por hacer casi infecundo su trabajo: hay algunas ocupaciones á que las mujeres podrian dedicarse, pero nosotros se las hemos usurpado, dejándolas reducidas á unos cuantos oficios, que apénas les proporcionan lo suficiente para vivir en la escasez.

Cuando se considera lo poco productivo del trabajo de la mujer, no causa tanta estrañeza el excesivo número de mujeres extraviadas que infestan las grandes poblaciones.

Parece como que el hombre, para arrastrarlas al vicio, empieza por limitarlas todo lo más posible los medios de vivir honrada y tranquilamente.

Así es que para mí es digna de la mayor consideracion, del más profundo respeto, la mujer que, en medio de la escasez, y sin más recursos que los cada vez más limitados de su trabajo, ve, si no con indiferencia, sin envidia á lo ménos, el lujo de otras mu-

jeros, y no presta oídos á la seducción, que con tantos y tan poderosos medios de persuasión cuenta en la sociedad en que vivimos.

Cármen también había sido objeto de las asechanzas del vicio; también ella, como todas las mujeres solas en el mundo, había hallado en su camino esos hombres, á quienes parece que, como al diablo la cruz, espanta la virtud, pues con tanto afán y por tan reprobados medios se dedican á combatirla.

Aunque parezcan por demás extrañas mis ideas sobre este punto, ¿por qué no había de haber una especie de policía, pero de gente honrada, que no tuviera otro empleo que dedicarse á la persecución de los que se dedican á perseguir á toda mujer sola y honrada?

Entonces verían Vds. con asombro, detenidos á lo mejor en la calle, á muchos amigos de Vds., á quienes ven ahora detras siempre de alguna mujer; entonces sabrían Vds. con sorpresa que habían sido puestos á buen recaudo algún prestamista, á quien acudió una huérfana en demanda de una cantidad prestada con un interés exorbitante, algún señorito que se había dedicado á hacer el amor á la infeliz costurera de su casa, alguno que otro jefe ó dependiente de policía, y en fin, muchos que ahora les parecen á Vds. muy cumplidos caballeros, incapaces de la menor acción liviana, y hasta grandes moralistas y consumados filósofos.

Y, vean Vds. lo que son las cosas, si yo me atreviera á citar algún nombre de personas de esa clase,

á quienes conocí en la época en que escribo, es seguro que el aludido acudiría á los tribunales, y es posible tambien que el ofendido, y el juez que me condenara, y todos los que tuviesen conocimiento del asunto, tuvieran tambien la conciencia de que mi dicho no era una calumnia infame, sino una verdad reconocida. No es nada consolador escribir ó leer estas verdades; pero lo son, y no deben ocultarse.

Cada uno, en esta sociedad, es lo que dice, y muy pocos dicen lo que son; cuando se oye hablar de severa moralidad al más vicioso, y del amor de la familia á quien vive separado de la suya, abandonada tal vez, y de caridad á quien no da una limosna sino cuando se publica el donativo, y se le aplaude y celebra, no hay más que hacer que encogerse de hombros y seguir cada cual su camino, sin detenerse en la contemplacion de tantas falsedades, de tantas miserias, que desalientan nuestro espíritu y hacen vacilar nuestra fé.

Y yo, siguiendo mi propio consejo, no me detengo más en semejantes reflexiones, y continúo esta narracion de los recuerdos de mi juventud.

Cuando ménos lo pensaba tuve que alejarme de aquellas pobres costureras, á los siete ú ocho meses de haber ido por primera vez á aquella sombría casa; mi madre se hallaba gravemente enferma, y la buena anciana no queria morir sin abrazar á su hijo. Me despedí de mis amigas, á quienes dejé mi íntimo amigo, el perro, y me puse en camino la misma tarde del dia en que recibí la triste noticia.

X

La doncella del piso segundo, un francés y yo.

¡Qué largo es el camino más corto cuando nos espera una madre moribunda!

En no recuerdo qué pueblo se detenía el carruaje media hora; ¡qué media hora de angustia para mí, que deseaba estar á la cabecera del lecho de mi madre! Era tal mi impaciencia, que hasta llegué á suplicar á los conductores de la diligencia que hiciéramos, sin detenernos, las sesenta leguas que nos faltaban, porque mi madre se estaba muriendo...

Prometiéronme detenerse lo ménos posible, y trataron de tranquilizarme, aunque en vano; por fin, volvió á moverse aquella pesada mole, y adelantamos algunas leguas; pero la noche era muy oscura, y los conductores no querían precipitarse y precipitarnos, refrenaban el galope de las caballerías y las

detenian de cuando en cuando para poder reconocer el terreno; todo se conjuraba contra mí y contra mi pobre madre; hasta habia la desastrosa circunstancia de ser aquel el primer viaje que por aquellos sitios hacia el mayoral, que hasta entónces habia servido á otra empresa de diligencias.

Yo, que ocupaba la berlina, acompañado de un escritor frances, que viajaba para publicar despues sus impresiones, gritaba al mayoral que mi madre se moria; pero á él no le importaba tanto esta desgracia como la salud del ganado, y la probable eventualidad de que el carruaje con su contenido se despeñara, y él quedara inútil para el servicio.

Y á todo esto, el frances, que no sabia hablar en español, no hacia más que dirigirme preguntas sobre los usos y costumbres que tenemos en España, sobre los personajes más notables y sobre otra porcion de cosas, muy interesantes sin duda, pero que en aquellos momentos me tenian completamente sin cuidado. Así caminamos hasta una hora ántes de la aurora; el frances se habia quedado dormido y soñaba seguramente que se hallaba mejor acompañado, porque no hacia más que murmurar: *Mariette! Ma belle!... Mon amour!* con lo cual pueden Vds. suponer que yo iria muy divertido.

En otras circunstancias hubiérame parecido muy cómico un viaje en tan honrada compañía, pero entonces padecia un tormento inesplicable, una angustia, de que solo puede formarse idea el que haya visto en peligro la vida de su madre.

Volvimos á detenernos para mudar tiros y almorzar; el frances se despertó, y por el gesto que hizo y una palabrota que soltó en su idioma, comprendí que no le gustó gran cosa hallarse conmigo. Incontinenti sacó un libro de memorias, y escribió con lápiz algunos renglones, señalando quizás en aquel momento la primera impresion de su viaje; despues hizo que le abrieran la portezuela, y bajó gravemente, con objeto, segun todos los indicios, de almorzar.

Yo no dejé mi asiento; allí quedé solo, rezando por mi pobre madre, hasta que volvieron los viajeros á ocupar sus puestos y á ponerse en movimiento el carruaje.

El frances parecia más resignado, y volvió á preguntarme, por más que yo le contestaba groseramente tal vez, sobre todo lo que veia y sobre los usos y costumbres de los españoles, y hasta sobre cuestiones políticas de grande importancia; pero de pronto sentimos una violenta sacudida, y el frances cayó sobre mí, y ambos sobre el cristal de la portezuela, y á esto siguió un horrible estrépito.

El coche habia volcado, y los viajeros, unos habian recibido contusiones más ó ménos graves, y otros nada más que el susto consiguiente.

El mayoral, que hacia aquel viaje por primera vez, yacia en medio del camino, destrozado el rostro por las herraduras de los caballos, y con el pecho aplastado por una rueda; nos acercamos el frances y yo, y aquel infeliz habia dejado de existir.

Uno de los viajeros fué á dar parte de lo ocurrido

al puesto de guardias civiles más próximo, y los demás quedamos allí profundamente afectados por la desgracia del pobre mayoral.

Entre los viajeros habia una mujer modestamente vestida, de buen aire, cubierto el rostro con un velo, y la cual parecia mirarme fijamente.

Aquella mujer se descubrió cuando llegaron los guardias; era Soledad, la doncella del piso segundo.

Ya no me quedaba duda de que para mí era aquella hermosa mujer el ángel malo.

En aquellos momentos, cuando sólo el recuerdo de mi madre, que tal vez me esperaba ya en un ignorado rincón del cementerio de la aldea, debia ocupar mi pensamiento, volvia á presentármese aquella mujer, que tenia el privilegio de hacer latir violentamente mi corazón, y de alejar de mi imaginación toda idea ajena á ella misma. Con vergüenza confieso que por un instante, al ver clavados en los míos aquellos ojos, me olvidé de mi pobre madre moribunda.

La doncella del piso segundo estaba más pálida, y por consecuencia más hermosa, que un año ántes, cuando la ví por última vez, acompañada de aquel hombre grosero, zafio, gordo, bajo, un facha, en fin, incapaz de inspirar amor á ninguna mujer; pero en su rostro, en su mirada habia un no sé qué de sombrío y siniestro, que indicaba que aquella mujer habia sufrido algo que yo no podia adivinar.

Cuando me saludó, volvió ligeramente la cabeza, y ví que llevaba una mano á sus ojos; me pareció

que por primera vez sentia aquella mujer el calor de una lágrima.

Hubiera dado mucho por dormirme en aquel momento, y no despertar hasta hallarme á la cabecera del lecho de mi madre; pero la fatalidad lo dispuso de otro modo.

El coche en que habíamos hecho el viaje estaba destrozado, el mayoral muerto, y los caballos más ó ménos contusos; era imposible continuar hasta que se proporcionase otro carruaje. — Si no hubiéramos sufrido accidente alguno, en la madrugada del día siguiente hubiera podido hallarme al lado de mi madre; pero ya no habia medio de realizar este vivo deseo, por lo ménos hasta muchas horas despues.

Entramos todos los viajeros en una casa aislada en medio del campo, y habitada por la familia de un guardia civil, y allí esperamos que llegara el carruaje deseado.

Antes que éste llegó otra diligencia, en la que habia tres asientos vacíos. — No hay para qué decir que yo reclamé uno, no solo, — debo confesarlo, — para poder llegar ántes á la casa de mi madre, sino tambien para huir de la doncella del piso segundo.

Y cuenta que no tuve poco que hacer para dominar mi curiosidad, y no preguntarle á dónde iba, y qué habia sido de ella durante tanto tiempo, y qué tristes memorias eran las que daban á sus ojos y á su rostro aquella expresion de tristeza y rencor; pero consideraba yo que esta curiosidad, como cualquier otro pensamiento que en aquellas horas me distraje-

ra del objeto único y sagrado de mi viaje, era un verdadero agravio hecho á mi madre en los momentos en que iba á perderla, si no la habia perdido ya.

Callé, pues, y casi sin atreverme á mirar á la doncella del piso segundo, subí al interior de la diligencia y ocupé mi puesto.

Los demas viajeros se disputaban los asientos vacantes; ¿querrán creer mis lectores que á pesar de todo experimenté una dolorosa sensacion cuando ví que la doncella del piso segundo era de los que se quedaban?

El frances tomó asiento á mi lado, y los conductores del carruaje se dispusieron á continuar la marcha.—Ya el frances se habia acomodado en el rincon y se disponia á otro *tette á tette* con aquella *Mariette*, de quien tan buenos recuerdos debia tener, cuando se abrió la portezuela, y apareció en el estribo el invisible pié de la doncella del piso segundo.

El frances abrió los ojos, y murmuró: *Mon Dieu! quelle femme!* y la susodicha se sentó enfrente de mí, y al lado del frances, que renunció de buena gana á dormir, y creo que hasta á recibir en sueños la visita de la adorable *Mariette*.—A mi lado se hallaba una respetable anciana que, segun nos dijo, iba á ver á su hijo, bizarro oficial de carabineros, que algunos dias ántes habia recibido una grave herida combatiendo con una partida de contrabandistas.

Dí á Dios gracias por haberme deparado tan buena compañía; en presencia de aquella anciana, que corria á cuidar de su hijo, que se hallaba en grave

peligro, no podia yo olvidarme de mi madre; al lado de aquel ángel de amor y consuelo, tenia necesariamente que ceder la influencia que sobre mí ejercia mi ángel malo, ó sea la doncella del piso segundo.

Sin embargo, mi situacion no dejaba de ser grave. ¿Quién es capaz de estar ocho ó diez horas enfrente de una mujer hermosa, mirándola constantemente, y sin decirle una palabra? Si aquella mujer hubiera sido otra, puede que, sin hacerme violencia, hubiese callado como un muerto; pero siendo ella, era inútil hacer propósito de prudente silencio, que no podia cumplirse.

De buena gana hubiese cambiado de idioma por algunas horas con el escritor frances, que no entendia una palabra de español. Así, á la primera contestacion mia, la doncella del piso segundo se hubiera decidido á no dirigirme otra vez la palabra, porque era de suponer que el idioma de Racine y de Corneille seria para la susodicha tan perfectamente desconocido como para el escritor frances el de Calderon y Cervantes.

Pero lo que no podia sospechar ni remotamente, es que aquel zurcidor de malas novelas hallaria un recurso óptimo para hablar con la doncella del piso segundo.

Pues no hay más, lector amigo; el frances halló ese recurso, con lo cual me hizo pensar que era discípulo del fecundo Alejandro Dumas (padre), quien seguramente le hubiera comprado la propiedad del tal recurso, para emplearlo en una de sus obras.

El lector es demasiado perspicaz para que yo le haga la injuria de creer que no ha adivinado ya en lo que consistia el recurso del frances; pero por si alguna lectora no se ha fijado bastante en esto, preocupada como estará por cualquiera de las mil cosas que á toda hora preocupan á las mujeres, declararé que el frances creyó que, haciéndome su intérprete, podria sostener agradable y deleitosa conversacion con aquella hermosura, que no le parecia seguramente costal de paja.

Yo comprendia medianamente el frances, y él lo sabia, porque en la primera parte de mi viaje le habia contestado satisfactoriamente á todas sus preguntas.

Y comenzamos.

El frances: — *Vous etes bien jolie, madame.*

La doncella del piso segundo:

—¿Qué dice V.?

El frances (á mí): — *Qu'est ce qu'elle dit?*

Yo (á él): — *Elle demande qu'est ce que vous dites?*

El frances: — *Je dis qu'elle est bien jolie. bien jolie, bien jolie.*

Yo (á ella): — Dice que es V. muy linda.

Ella: — Favor que V. me hace.

Yo: — No; yo no; él.

Ella: — Muchas gracias.

El frances. — *Comment?*

Yo (al frances): — *Elle dit que cela non est vrai, que vous le faites grand honneur; elle vous rend graces, et cela est tout.*

Y callamos un momento; pero el frances volvia otra vez á comenzar.

El frances (á ella):—*Vous êtes une femme dangereuse.*

La doncella del piso segundo:

—Como si dijeras perro judío.

El frances (á mí):—*Comment?*

Yo (al frances):—*Elle dit qu'elle ne comprend pas.*

El frances:—*Je dis qu'elle est une femme dangereuse.*

Yo (á ella):—Dice que es V. una mujer peligrosa. Puede que tenga razon.

Ella (á mí):—Dígale V. que vaya á divertirse con la mona del Retiro.

Yo (á él):—*Elle dit que vous pouvez vous en aller, si vous voulez vous amuser, chercher la... la... la mone du Retiro.* (No pude acordarme en aquel momento de cómo se decia mona en frances.)

El francés:—*Merci, madame. Vous etes tres aimable.*

No quiero molestar más al lector con los piropos del frances y las respuestas de la doncella del piso segundo; lo que sí le diré es que á las dos horas, el súbdito del imperio,—entónces habia imperio en Francia,—estaba tan prendado de la singular belleza de nuestra compañera de viaje, que se manifestaba dispuesto á seguirla hasta el fin del mundo, y hasta á pedir por medio de un parte telegráfico el corazon que habia dejado en su país confiado á la famosa *Mariette*, de quieu ya queda hecho mérito.

La doncella del piso segundo no parecia, por su parte, muy agradecida á los obsequios y deferencias

del frances; pero éste no lo comprendia, ó tenia formado de sí mismo tan buen concepto, que no podia sospechar que una española no se rindiera á un frances.

Y tanto se animó mi hombre, él solo, absolutamente solo, sin que le animáramos yo ni ella, que cuando nos detuvimos para cambiar de tiro, y bajamos un momento del carruaje, presentó muy rendido la mano á nuestra compañera, diciéndola:

—*Faites moi l'honneur, salerro!*

Iba á anochechar ya: á las diez de la noche debia detenerse otra vez el coche cerca de la aldea, donde me esperaba mi pobre madre.

Era horrible mi incertidumbre en aquellos momentos.

—¿Hallaré muerta á mi madre? preguntaba á la anciana, madre del oficial herido.

—¿Hallaré muerto á mi hijo? me contestaba ella.

Y ambos nos consolábamos, y nos dábamos aliento, y nos estimulábamos á tener confianza en Dios, y á no dudar de su infinita misericordia.

Inspirábame profundo respeto aquella madre que, segun ella decia, si encontrara muerto á su hijo, se veria sola y sin recurso de ningun género en un país desconocido, y tendria que mendigar para volver á Madrid, donde tambien tendria que mendigar el sustento, porque una hija que tenia, casada con un banquero, estaba completamente olvidada de su madre: su hijo herido era su único apoyo; era el que partia con ella su mezquino sueldo.—¡Y tal vez aquel pobre jóven habria muerto ya!

— ¡Cúmplase la voluntad de Dios! exclamaba aquella anciana, sin proferir una sola queja, sin maldecir al enemigo que había asestado sus armas contra el noble pecho del valiente soldado.

Y yo no sabía aún cuál era el término ni el objeto del viaje de la doncella del piso segundo. Si no hubieran estado allí aquella anciana y aquel frances, no habría podido resistir al deseo de satisfacer mi curiosidad; mas el dolor de la angustiada madre, y la analogía de las circunstancias en que nos hallábamos ella y yo, me preocupaban demasiado para vacilar en hacer el sacrificio de mi curiosidad.

Pero al llegar á media hora escasa de la aldea, paró el coche, se me dijo que había llegado al término de mi viaje, y se me indicó el camino de la aldea.

Bajé del carruaje, me despedí de aquella pobre madre, deseando de todo corazón que hallara á su hijo fuera de peligro, é iba á despedirme del frances y de la doncella del piso segundo, cuando esta me dijo:

— ¡Vamos al mismo sitio!

— *Et moi aussi*, añadió el frances, como si en seis horas hubiese aprendido el español.

Era indudable que el frances iba en pos de la doncella del piso segundo; ¿pero en pos de quién iba esta?...

XI

En la aldea.

Los habitantes de la aldea dormían ya dos horas hacia. ¡Qué grata sensación experimenté al poner el pié en aquellos sitios, donde había visto la primera luz y donde habían corrido tan apacibles y sosegados los risueños días de mis felices primaveras.

Parecía como si después de haberme hallado en un peligro horrible, me encontrara libre de todo temor y en completa seguridad por una imprevista y dichosa circunstancia.

La doncella del piso segundo y el francés seguían mis pasos, sin hablarme ni hablarse una sola palabra.

La primera se detuvo al llegar á una granja, nuevamente construida, y que por lo tanto era desconocida para mí.

—Aquí debe ser, exclamó; se acercó á la entrada de la posesion, cerrada con una verja de tosca madera, y tiró de una cuerda colocada á uno de los lados de la puerta, y que era la de una campana, á cuyo sonido comenzó á ladrar dentro de la huerta un enorme mastin, que vino hasta la puerta con objeto seguramente de conocer al importuno que á tales horas se atrevia á turbar el sueño de aquellos vecinos.

Involuntariamente me detuve algunos instantes.

Nadie contestó á la doncella del piso segundo, que por fin cesó de llamar, y sentándose en un banco próximo á la entrada de la granja, murmuró:

—Esperaré aquí.

El frances se acercó á ella, y no sé lo que le dijo, ni ella tampoco debia saberlo, porque no se dignó contestarle. Yo hice un esfuerzo, y continué mi camino, dejando sola á aquella mujer, á quien habia amado con toda mi alma, á quien amaba todavía.

El frances se vino detras; ella debió hacerle entender que queria mejor estar sola que mal acompañada, y él obedeció, como se obedece siempre á la mujer á quien deseamos agradar.

¡Qué inesplicable, horrible angustia sentí cuando me hallé en frente de la casa de mis padres, y no ví ni una ventana abierta, ni una luz que me indicase que se me esperaba. ¡Era acaso que habia llegado tarde?... En aquel crítico momento recordé todas mis calaveradas, todos mis errores de jóven: me pre-

gunté cómo había podido estar lejos de mi madre ocho años, satisfecho solo con escribirle una carta ó dos cada mes, y sin pensar en volver á la aldea hasta que mi madre me llamó desde su lecho de muerte. — El llanto del remordimiento vino á mis ojos, y como si una mano invisible me hubiera empujado, caí de rodillas delante de aquella casa, y fervorosamente elevé al supremo Hacedor una breve plegaria por mi madre y por mí. — La oracion debia purificarme para entrar en la casa del amor y de la virtud.

Despues me sentí con fuerzas bastantes, y llamé.

Cuatro minutos, que fueron horas para mí, pasaron, y la puerta se abrió, apareciendo en el dintel una anciana, que, reconociéndome, me recibió sollozando en sus brazos.

Era una antigua criada de mis padres, modelo de fidelidad y abnegacion.

— ¡Y mi madre?

— ¡Ay! exclamó, limpiándose los ojos con la punta del delantal; ¡cuánto has tardado en venir! La pobre no hacia más que preguntarme: «¿Vendrá, Lorenza, vendrá?...» Yo procuraba consolarla, diciendo que no era tiempo aún, que habia muchas leguas de Madrid aquí; pero ella no se daba por satisfecha, y á todas horas llamaba á su hijo, su hijo, que la olvidaba, que la dejaba morir sola y abandonada.

— ¡Miserable de mí! exclamé.

— Si tú hubieras venido ántes, continuó Lorenza, tu madre estaría buena ya, porque su enfermedad,

por más que digan los médicos, no era más que una melancolía, una tristeza eterna, por hallarse separada de su hijo,

—¡Ha muerto por mí! dije, apoyándome en la puerta para no caer.

—No, eso no; ni ha muerto, ni Dios quiera que suceda.

—¿Cómo? ¿Es cierto?... ¡Vive aún, y no me lo decías!... ¿Dónde, dónde está?

—Poco á poco, repusó Lorenza corriendo tras de mí, que ya me habia entrado por el corredor, seguido del frances, á quien habia sorprendido mucho aquella escena, y á quien Lorenza dejó entrar suponiendo que era amigo mio.

— ¡Por Dios! añadió la leal anciana, ha dicho el médico que si esta noche puede conciliar el sueño, y duerme algunas horas tranquila, mañana se encontrará fuera de peligro; pero que si no duerme, ó su sueño es trabajoso é inquieto, mañana á estas horas tendremos que encomendarla á Dios. Está durmiendo tranquila, y no es cosa de sorprenderla; mira que yo he oido decir que lo mismo mata la alegría que el dolor.

—Tienes razon, Lorenza, tienes razon; no he de ser yo quien traiga la muerte á mi pobre madre.

Y á todo esto el frances, allí delante de nosotros, mirándonos atentamente, y sin entender una palabra de lo que decíamos.

Yo comprendí que lo que deseaba era que le diéramos hospitalidad por aquella noche, y ántes que él

me lo indicára, supliqué á Lorenza que dispusiera cena y cama para el huésped; cosas ambas que él aceptó con muy buena voluntad, no sin preguntarme ántes qué era lo que sucedía.

Se lo referí brevemente; y despues de expresarme con cuánta satisfaccion vería el restablecimiento de la salud de mi madre, se recogió, esperando sin duda la visita de *Mariette*, á quien habia olvidado en presencia de la desdeñosa doncella del piso segundo.

Varias veces intenté penetrar en la alcoba donde dormía mi madre; pero Lorenza se opuso formalmente.

No podia dominar la impaciencia de que me sentía poseído: mi frente ardía, mi corazón latía violentamente, y experimentaba una agitacion, una zozobra, que sólo puede explicarse quien se haya visto en situacion análoga á la mia.

Cada seis minutos preguntaba á Lorenza, que estaba á la puerta de la alcoba de mi madre, si ésta dormía tranquila, y cada vez me contestaba ella con mayor satisfaccion afirmativamente.

Pero de pronto oímos á lo léjos el ladrido de un perro; Lorenza palideció, y me miró espantada.

—Mal agüero, murmuró, no sin que yo la oyese.

Y el perro siguió aullando sin cesar, hasta que se oyó clara y distintamente una detonacion, como producida por un disparo de fusil.

—¡Jesus! exclamó la anciana, volviéndose á mirar á mi madre, que, segun ella me dijo, se estremeció levemente, pero no despertó.

—¡Oh! ¡Ya sé lo que es!... exclamé, y sin ser dueño de mí mismo, sin pararme á reflexionar, salí de la casa de mi madre, y eché á correr. Ya adivina el lector hácia dónde, hácia la granja, en cuya entrada habia quedado la doncella del piso segundo.

La distancia no era corta: la granja estaba situada á la salida del pueblo, y la casa de mi madre en el extremo opuesto.

Cuando llegué no estaba allí la doncella del piso segundo; pero en la entrada de la granja se hallaban algunos trabajadores con luces, en medio de los cuales se destacaba la figura del hombre zafio y mal encarado, á quien, como recordará el lector, vi en Madrid acompañando á aquella pobre mujer.

—¡Este será uno de ellos! exclamó al verme uno de aquellos hombres. ¡Date, perro! y me apuntó con un trabuco.

—¡Miserables! exclamé, y de un salto me arrojé sobre él, haciéndole bajar el trabuco, que se disparó, hiriendo en un pié á uno de aquellos hombres.

—¿Dónde está esa mujer? añadió.

—¿Qué mujer? exclamó el hombre á quien tanto odiaba yo por suponerle amante favorecido de Soledad.

—La que hace poco, despues de llamar inútilmente á esta puerta, [quedó sentada en este banco, esperando sin duda que viniera el dia para entrar.

—¡Una mujer! repitió aquel hombre con una risa estúpida como él, ¡Bueno fuera! Pues, amigo, ladraba el perro, y creí que me rondaban las tapias y que-

ríanme dar un asalto , y disparé un tiro á un bulto que andaba por delante de la puerta.

—¡Es usted un asesino! le dije, irrito de la sangre fría de aquel hombre.

—Amigo, si uno no guarda su hacienda...

—¡Miserable! En Madrid le he visto á V. acompañando á esa mujer, á quien acaba de intentar asesinar, y voy sospechando que no sólo es V. capaz de asesinar á quien pasa por delante de sus puertas, sino de cometer todo género de infamias.

El rostro de aquel hombre se puso lívido como el de un muerto. Los que le acompañaban se miraron unos á otros, y ninguno se atrevió á defender á su amo.

Entonces empezaba á amanecer.

Mi cerebro ardía, mi corazón parecía romperse dentro del pecho, y la ira me ahogaba; la presencia del hombre á quien había preferido aquella mujer, evocaba todos mis recuerdos y mis rencores; al comprender instintivamente que Soledad había sido víctima de aquel miserable, rebotaba en mí el odio, y olvidado de mí mismo y de mi madre, que en aquellos momentos se hallaba entre la vida y la muerte, me hubiera arrojado sobre él para arrancarle el corazón, si no hubiese aparecido, saliendo de entre unos árboles, á la entrada de un bosquecillo que hacia frente á la granja, mi ángel malo, aquella mujer, que, á tener otra alma, hubiera hecho mi ventura, y que estaba destinada á endurecer mi corazón y secar todas mis ilusiones, y reemplazar-

las con la duda y el descreimiento más terribles.

—¡Ella es! exclamó el hombre.

—Sí, yo soy, dijo con acento suplicante aquella infeliz, tan orgullosa ántes, y tan humillada entonces ante el más despreciable de los hombres, —yo, que vengo á pedir á V. el cumplimiento de una palabra; yo, que ya no tengo que comer, y vengo á pedir á V., que es rico, y debe ser generoso.

El hombre separó á sus criados, y acercándose á la doncella del piso segundo, dijo:

—Bien: yo te daré, pero vete ahora.

—Le dará V. una limosna, y la arroja de su casa, añadí yo. Y continué: allí tengo una casa, donde me espera mi madre, que no es rica, pero que es buena y honrada; venga V., y allí encontrará pan y consuelo.

Y cual otro D. Quijote, tomé la mano de aquella mujer, cuya humillacion me mortificaba, y la alejé de aquel sitio.

El hombrecillo antipático y repugnante volvió la espalda y se entró en la granja.

XII

Soledad.

Sin temor de equivocarme, me atrevo á asegurar que lo que más interesa ahora al lector de estas aventuras, es la salud de mi madre.

No le cansaré con la descripción de la escena habida entre mi madre y yo, cuando pude, sin peligro para ella, estrecharla contra mi corazón. Ni una reconvencion, ni una queja salieron de los labios de mi madre, de quien yo habia podido vivir separado tantos años.

La satisfaccion que le causaba mi presencia era tanto más grande, quanto más grandes habian sido sus amarguras y dolores.

No puede haber crimen mayor que el que comete un hijo ofendiendo á su madre; sin embargo, no hay una sola madre que no esté dispuesta á perdonar

siempre á su hijo la ofensa mayor que se puede hacer á una madre; el olvido.

En aquellos momentos juré no volver á separarme de mi madre; pero fuí perjuro despues.

Soledad vivia en casa de mi madre, con gran asombro de Lorenza, cuya curiosidad no se encontraba muy satisfecha con no saber de aquella mujer otra cosa, sino que yo la habia traído á casa, y que ella decia muy frecuentemente que yo tenia un corazon de oro, y que ella era la más desgraciada de las mujeres.

¡La más desgraciada de las mujeres! No tanto; en el mundo hay muchas mujeres más desgraciadas que aquella; á nuestro lado pasan, entre nosotros viven mujeres, cuya vida es una eterna série de amarguras y remordimientos, de desengaños y humillaciones: mujeres débiles para vengarse de sus verdugos, y fuertes para sufrir una vida de martirio constante. El sufrimiento en la mujer para los dolores del espíritu y del cuerpo, es infinitamente mayor que en el hombre. Es que la fe no abandona tan pronto á la mujer como al hombre. La historia nos ofrece muchos ejemplos de esta verdad.

Soledad habia sido abandonada por aquel hombre, único en quien ella se habia decidido á poner los ojos, presumiendo que haria de él su marido, y realizaria así su esperanza de casarse con quien fuera de su misma clase y tuviera dinero, el dinero con que, segun ella misma, se compra en el mundo todo lo que constituye la felicidad.

Pero ella no habia contado con que, si su corazon era mezquino y poco levantados sus pensamientos, el de aquel hombre era aún mucho más mezquino que el suyo.

Ella no le amaba; aquella mujer no podia amar á nadie; pero la seguridad de conseguir su objeto, de ser casada y dueña de su casa, la habia unido á él como para una empresa mercantil se une un hombre á otro, sin el cual no puede empeñarse en la especulacion que proyecta, pero á quien no tiene por lo demas afecto alguno.

Y aquella mujer se habia visto burlada y humillada tanto más cruelmente, cuanto que ella consideraba á aquel hombre infinitamente inferior á ella misma.

Si Soledad hubiera nacido en la clase elevada de la sociedad, si hubiera frecuentado el gran mundo, es seguro que habria dado quince y falta á todas las coquetas célebres que han sido en la tierra; pero habia nacido en la oscuridad, hija de pobres y honrados padres, y sin haber recibido más educacion que la precisa para ocupar dignamente el puesto de aya (doncella, decimos aquí) de unas señoritas con sus puntas aristocráticas, que la consideraron y distinguieron como á compañera, y no habia podido tener otro consejo ni otra guia que su propio instinto, y éste era el de un egoismo monstruoso.

Por eso aquel hombre grosero y zafio se burló de ella; porque por mucho que á ella le interesara el dinero de aquel hombre, le interesaba más á él mismo.

El le prometió lo único que podía satisfacer á Soledad; hacerla su mujer y dueña de su casa y su hacienda; y Soledad creyó verdad en aquel hombre, lo que en otro, en mí, por ejemplo, hubiera creído engaño y fingimiento.

Su egoismo habia sido terriblemente castigado; el miserable huyó de ella apénas conoció llegado el caso de ciertas reclamaciones, que afectarían directamente á su bolsillo, y despues de pensar que no era digna de él quien no tenia un capital, ni siquiera igual al suyo, que, gracias á su ancha conciencia y al desarreglo en que vivia el aristócrata á quien habia servido de mayordomo en Madrid, creció muy considerablemente en poco tiempo.

Ella, por su parte, habia salido de la casa donde era querida y considerada, y gastado sus ahorros, con los que pudo vivir hasta que se decidió á hacer aquel viaje, con la esperanza de conmover el corazón de aquel hombre, insensible á todo lo que no fuera el aumento de su fortuna.

Tan mezquino, tan miserable era, que no habria dudado en redimir á su víctima, si esta se le hubiese presentado con una fortuna considerable, aunque esta fortuna hubiera sido precio infame de las acciones más innobles.

Podrá haber quien dude que exista en la tierra hombre tan desprovisto de todo sentimiento noble; pero es tristemente cierto que no es uno solo, que hay muchos como el ex-mayordomo, hombres á quienes la vil pasión del dinero hace desconocer á sus herma-

nos, y encerrarse en un egoísmo, cuya terrible fealdad no ven hasta que la muerte viene á sorprenderlos en medio de sus tesoros, y á separarlos de lo único que hallaron bueno y digno de su estimacion en el mundo.

Pero la Providencia, que no deja impune ningun vicio, hace que la vida de estos hombres sea inquieta, agitada é insegura, mucho más que la del pobre que llama inútilmente á sus puertas, siempre cerradas, ó la del mísero padre, que, con lágrimas de sangre, les suplica, en vano por supuesto, el pan para sus hijos.

Quando mi madre estuvo fuera de cuidado, le referí todo lo ocurrido, y me decidí á presentarle aquella mujer, que inspiró la más profunda compasion á la buena anciana; mi madre, siempre honrada, siempre buena, no hubiera imaginado nunca que el mundo diese abrigo á hombres capaces de abandonar en medio del camino de la vida á una pobre y débil mujer.

¡Cómo lloré yo, viendo llorar á mi madre, el dia que Soledad, alentada por el amor que mi madre le manifestaba, y quizá por endulzar sus amarguras confiándolas á personas que tan desinteresadamente le prestaban aliento, declaró que en Madrid, y al cuidado de una nodriza, pagada con sus escasos ahorros, habia dejado su hijo, un inocente niño, á quien ella debia servir á la vez de padre y madre.

Entónces, lector del alma, procuré apartar de la mia el amor que me habia inspirado aquella desgraciada, y sustituir aquel amor enteramente mundano,

con el amor que la sabiduría infinita de Dios y su amor á los hombres nos impuso á todos los nacidos: el amor al prójimo.

Mi madre y yo nos propusimos favorecer, en cuanto nos fuera dable, á aquella madre desgraciada, abandonada, á quien su egoísmo y la maldad de un miserable habian puesto en el camino, donde la que da el primer paso suele dar tambien el segundo y el tercero, arrastrada por una fuerza mucho más poderosa que su voluntad.

Y es cierto; yo compadezco á las mujeres abandonadas, más que por su presente, por su porvenir.

La mujer que se ve humillada, sola en el mundo, ¿cómo podrá prever dónde acabará? Aunque el lector extrañe que insista demasiado en este punto, vuelvo á repetir que nunca hallaré castigo proporcionado al crimen que comete el hombre miserable que halaga primero á una mujer y se humilla ante ella, para abandonarla y despreciarla despues. Insisto tambien, aunque se quejen algunos, en que me avergüenza vivir donde esos hombres viven considerados por los demas, como si fueran buenos hijos, buenos esposos y buenos padres. Pero basta; ya he dicho que no tengo la pretension de creer que el mundo va á ser mejor porque yo le aconseje; al contrario, el progreso es la ley constante de la humanidad, y así como progresamos en el bien, progresamos tambien en el mal; el contraste será acaso necesario.

XIII

Carta de la costurera.—Expresiones del perro.

«Mi estimado amigo: Aunque no hemos recibido ninguna de V., me atrevo á escribirle hoy, á riesgo de que esta carta no llegue á su destino, porque acostumbradas á ver á V. todos los días, echamos muy de ménos aquellas horas que venia V. á pasar en el *palcio* de las costureras, y ademas, porque desde que usted nos abandonó, parece como si un tuerto nos hubiera echado una maldicion, ó como si Dios nos quisiera castigar de algun pecado que haya cometido nuestra ignorancia.

»Cinco dias hace que no nos dan labor en la tienda, y ya sabe V. que esta desgracia es la mayor que sucedernos puede, porque no teniendo otra renta que nuestro trabajo, si éste nos falta, no está muy segura nuestra existencia.

»Pero me quejo, y ofendo sin duda á Dios, que cuidará de estas pobres huérfanas, y que tal vez para probar nuestra resignacion y nuestra fe en su misericordia, nos envia hoy esta amargura, reservándonos quizá para despues, en premio de nuestra constancia, la vida tranquila y sosegada que nos proporciona el trabajo.

»Y Dios no nos abandona, amigo mio; vea V. algunos ejemplos de esta verdad.

»El domingo vino el casero á cobrar, como todas las semanas, y él, que es brusco é intratable con todo el que no le paga, bajo cualquier pretexto que sea, apenas le dije que no teníamos que trabajar, y que no podia pagarle, quiso facilitarme dinero, que yo no quise aceptar, y se marchó diciéndome que no me apenara por esa falta, que ya sabia él que éramos buenas y honradas, y no habia olvidado que en ocasiones, cuando alguno de los vecinos se hallaba en la situacion en que nos encontramos ahora, habíamos acudido en su ayuda, y pagado el alquiler que se le adeudaba con una caridad, que no era seguramente de la que se usa en el muudo.

»Ayer estábamos ya materialmente sin un cuarto, y á las dos de la tarde aún no nos habíamos desayunado; yo hubiera pasado todo el dia sin comer, pero mi pobrecita hermana desfalleció, y aunque ella se guardaba bien de decirme una palabra, conocia yo en su rostro que no se sentia muy satisfecha con ver, como decia mi madre, que esté en gloria, la procesion de las ánimas.

»Llena de pesar, abrí el cofre y busqué algunos, bien pocos, objetos de los que fueron de mi madre, y habia podido conservar en medio de tantas vicisitudes por que hemos pasado. Un medallon de oro con el retrato de nuestra madre, una sortija del mismo metal, conteniendo pelo de aquella pobre mártir, y un pañuelo antiguo, pero de valor, eran los únicos recuerdos que nos quedaban. Salí á llevarlos á una de esas casas llamadas de empeños.

»Con una vergüenza que V. comprenderá, conociendo mi carácter, subí á la casa de empeños, donde me recibió un hombre grosero y brusco, quien me ofreció tres duros por aquellas prendas. ¡Tres duros por el retrato de mi madre!... Me eché á llorar como una niña, y el prestamista empezó á querer consolarme, pero, ¡de qué modo, amigo mio!... ¡V. lo comprende ya, V. adivina qué clase de consuelo me ofrecería aquel hombre!... ¡Propúsome... vergüenza me da decirlo, propúsome que conservara mis prendas, y me ofreció darme cuanto necesitara á cambio de mi amor!... ¡Mi amor para un miserable como ese!... Hablar de amor á una infeliz que va á desprenderse de los recuerdos de su madre para poder dar de comer á su hermana...

»Avergonzada salí de la casa del prestamista, y volví á la mia sin poder contener el llanto.

»Los vecinos estaban, como siempre, en la puerta y en el patio, y viéndome llorar, todos quisieron saber la causa de mi pesar.

»La conducta del prestamista me habia indigna-

do, y esto disculpa, amigo mio, mi imprudencia, que ahora deploro. Tuve la debilidad de referir todo lo que me habia sucedido en casa del prestamista, y todos los vecinos comprendieron mi indignacion, y dando muestra evidente de sus hidalgos sentimientos, reunieron cuatro duros, que se empeñaron en que tomase como préstamo sin interes.

»Semejante generosidad arrancó á mis ojos dulcísimas lágrimas de gratitud, así como las infames proposiciones del usurero me habian hecho llorar de rabia é indignacion.

»¿Cómo podia yo rehusar el préstamo que me hacia con tan buena voluntad aquella gente?... Hubiera sido un desaire, casi una ofensa. Acepté; guardé otra vez las queridas prendas que han sido de mi madre; y gracias á tan oportuno socorro, no nos moriremos de hambre mi hermana y yo, por ahora.

»Dios querrá que, en acabándonos este recurso, haya trabajo y podamos devolver á nuestros generosos vecinos la cantidad que reunieron para nosotras.

»Pero tengo una gran pesadumbre, amigo mio. Por mi imprudencia de referir lo que me aconteció en casa del prestamista, ha ocurrido una desgracia.

»Uno de los vecinos, un pobre trabajador, encontró ayer tarde al prestamista en la calle, y le afeó su proceder conmigo; el prestamista le dijo, sin duda, alguna mala razon, y el vecino, no siendo dueño de sí mismo, le hubo de dar algun golpe; el viejo cayó, y se hirió al caer: reunióse la gente; el agresor pudo escapar; pero reconocido y señalado por algu-

no de los transeuntes, anoche fué preso por la autoridad.

»Considere V. mi dolor por este suceso, que acaso no habria tenido lugar si yo no hubiera tenido la imprudencia de hablar del prestamista en presencia de mis vecinos. Me dicen que el pobre trabajador tenia ya sus motivos particulares de queja por la conducta del prestamista con él en alguna ocasion; pero no por eso es menor el disgusto que me causa pensar que puedo yo haber sido la causa de la desgracia.

»La mujer del pobre trabajador ha quedado en la más triste situacion, mientras su marido esté preso; está criando un niño de otra madre, y esta precisamente no se halla ahora en Madrid, y le debe ya algun mes de salario.

»Me da mucha pena el estado de la infeliz mujer. ¡Dios quiera que su marido salga pronto de la cárcel, y que yo tenga trabajo para poder ayudar á la pobre esposa, que es más desgraciada que nosotras, porque lleva la desgracia con ménos resignacion!

»No escribo más; en mi tristeza he hallado algun alivio: la amistad que V. nos profesa me hace creer que será bien recibida esta carta, si llega á sus manos.

»Hemos rezado por su madre de V., á quien deseamos la salud que V. le habrá dado con su presencia, porque por la mia sé yo que no hay nada que haga tanto bien á una madre como un abrazo de su hijo.

»El perro está bueno, y partimos con él nuestra modesta comida; ahora está mirándome fijamente;

parece como que quiere decirme que le envíe á usted expresiones tuyas.

»No se olvide V. de nosotras; sabe que le estima de corazón su amiga

CÁRMEN.»

XIV

Quién era el seductor de Soledad.

El seductor de Soledad se llamaba Domingo Puertas; es decir, D. Domingo, porque aunque él era un tío, ya estaba hecho un caballero; era propietario, contribuyente, y tenía sus pretensiones de alcalde, ó sea rey absoluto del pueblo próximo á la aldea donde estaba la granja, cuyo pueblo era cabeza de partido y tenía por consiguiente cierta importancia.

D. Domingo había llegado á Madrid muy joven, y empezado su gloriosa carrera en el ínfimo puesto de lacayo de un aristócrata de gran fuste, que gozaba una enorme fortuna, y la empleaba muy mal, por cierto, derrochándola sin tasa ni medida, por el condenado gusto de hacer ostentacion de su opulencia y

alarde de pródigo y generoso entre amigos poco leales y en ruidosas aventuras galantes, que le daban gran fama en la sociedad de gentes desocupadas y admiradoras del lujo y de la tontería.

En la casa de aquel aristócrata hizo grandes progresos Domingo, y con el tiempo llegó á ser ayuda de cámara, mayordomo, y, por último, administrador general, teniendo la fortuna de inspirar la mayor confianza á su principal.

Y aconteció que tal maña se dió á tirar por la ventana su fortuna el aristócrata, y con tanto celo administró D. Domingo, que aquel vino á quedarse por puertas, y éste se encontró dueño de un bonito capital, representado por los bienes que le quedaban á su amo: por una combinacion de que no habla ningun tratado de matemáticas, puede decirse que el administrador compró las fincas del amo con el mismo dinero de éste, haciendo un negocio redondo. El tronado aristócrata no se explicaba semejante prodigio, no acertaba á comprender cómo un hombre podía hacer aquello sin tocar en la cárcel; pero hubo de convencerse ante la realidad, y en vista de una verdadera red de firmas, pagarés, endosos, escrituras, recibos, contrarecibos y otros documentos que el administrador exhibió en prueba de que aquel era un negocio limpio.

Y no podía, en efecto, ser más limpio: Candelas, el Barbudo, los Niños de Ecija y demas maestros en el arte de la rapiña, no lo hubieran sabido hacer con igual limpieza.

Tan limpio fué el negocio, que los tribunales entendieron en el asunto, y D. Domingo salió con su frente muy erguida, y la demanda del aristócrata se desestimó como mal fundada, y fué condenado á quedarse como estaba, que era lo peor que le podia suceder, porque estaba el hombre lo que se llama sin una peseta.

Triunfante salió de la córte, hecho un caballero, el que entró en ella para ser el más humilde é indigno lacayo, y se dirigió á su pueblo, y adquirió la granja donde le hemos visto; en Madrid dejó al aristócrata reducido á vivir de la amistad de otros de su clase más cuerdos, y á Soledad, madre de un inocente niño, humillada, burlada y castigada.

D. Domingo tenia más altas ideas; aunque Soledad era casi una señorita, no era bastante para él; queria D. Domingo casarse con una señora, con una señora de la aristocracia, si era posible; tenia el hombre aficion á la aristocracia, y así rendia una especie de tributo de gratitud al aristócrata que, haciéndole su lacayo, le habia puesto en camino de adquirir una holgada é independieute posicion.

Una semana despues de llegar á la aldea, creyéndome ya curado de mi amor á Soledad, quise intentar algo en su favor, y me fui á ver á D. Domingo, que me recibió con fingida complacencia, confirmándome en la opinion de que era un gran hipócrita y un gran cobarde.

—Vengo, le dije, á hablar á V. de Soledad.

--Pues diga V. lo que quiera.

- Creo que V. tendrá conciencia.
- Sí, señor, mucha.
- Me alegro.
- ¿Per qué?
- Porque entónces cumplirá V. como hombre de bien con esa mujer.
- Esa mujer no ha debido venir á buscarme.
- Considere V. que es madre...
- ¿Y qué?...
- Y que V. es padre.
- ¡Hombre! Mire V., jóven; yo no sé qué motivo tiene V. para hacerse abogado de esa mujer.
- El de que me interesa su infortunio.
- Pues cásese V. con ella.
- Tiene V. un cinismo que espanta.
- ¿Cinismo?... No sé lo que es.
- Ni tampoco lo que es vérgüenza.
- Jóven, repórtese V.
- ¿Qué va á ser de esa pobre mujer?...
- Eso es lo que yo no sé. Si quiere dinero para volverse á Madrid, se lo daré, aunque no tengo ninguna obligacion; pero nada más.
- Tan mezquinos sentimientos tiene V., que cree que con dinero...
- Con dinero se vuelve á Madrid, sí, señor; es lo mejor que puede tener para hacer el viaje.
- Parece que se burla V.
- No me burlo, jóven, no me burlo.
- Aunque es V. quien es, estoy resuelto á batirme con V., si no cumple V. con esa mujer.

—¡Batirse!... Pues bátase V. solo, porque yo no me bato con nadie.

—Uno de nosotros dos está de más en el mundo.

—Eso le parecerá á V. ; yo no lo habia reparado. ¿Sabe V. lo que creo?

—¿Qué?...

—Que á V. le gusta un poco Soledad. Mire V. , á mí no me importa eso. En lugar de venir aquí á pegarla conmigo... podia V. casarse con ella , y en paz.

Le hubiera pegado un palo á aquel hombre; pero estaba en su casa, y ademas era verdaderamente ridículo que yo discutiera con él, que, á lo bruto, se reia grandemente de mí.

Me pareció conveniente tomar otro tono.

—Mire V. , le dije; mi madre y yo nos interesamos mucho por Soledad; la pobre, ¿qué hará ahora?... ¿qué porvenir es el suyo?... Para V. es una mujer excelente; jóven, hermosa, modesta, que será buena esposa y buena madre.

—Sí, señor, sí; no digo que no; cásese V. con ella.

Aquel hombre parecia como que estaba buscando modo de que yo le soltase una bofetada.

—No hablemos en broma, D. Domingo, añadió.

—No, si no hablo en broma, repuso. A V. le gusta Soledad más que á mí; conque cásese V. con ella.

Habia que ahogarle ó dejarle, y esto último fué lo que hice. Volví la espalda y salí de la posesion, convencido de que aquel gallego tan bruto era un grandísimo bribon, y si no llegaba con el tiempo á ministro, sería porque no quisiera.

Volví á casa de mi madre, y referí mi entrevista á Soledad.

—No esperaba otra cosa, dijo: ya le conozco.

—Es un hombre de corcho.

—¡ Un miserable !

Tres dias despues de mi entrevista con D. Domingo, éste se marchó de la granja, dirigiéndose á Madrid, segun dijeron sus criados.

Soledad se cansó pronto de la vida tranquila y apacible del campo, y nos manifestó á mi madre y á mí su deseo de volver á Madrid, donde esperaba hallar medio de procurarse honradamente el sustento.

Mi madre lloró mucho, porque amaba verdaderamente á aquella desgraciada mujer, y porque temia, en su noble instinto de mujer honrada, que en la corte no encontraria Soledad más que medios de hacer eterna é irremediable su desventura.

Yo me cansé tambien de la aldea; y mi madre, que lo conoció, para darme una prueba más de su abnegacion, ella misma me aconsejó que tornára á Madrid, puesto que ya habia desaparecido la causa que me condujo á su lado. Y para decidirme mejor, mi pobre madre me prometia que cuando, terminada mi carrera, me estableciera definitivamente en la corte, ella vendria á pasar conmigo el resto de sus dias. El frances fué nuestro huésped tres ó cuatro dias; luego quiso visitar toda aquella provincia, y por ella anduvo hasta el dia anterior al de mi partida, que volvió á la aldea, no sé si á despedirse de mí y de mi madre, ó con el deseo de volver á ver á Soledad.

Lo cierto fué que cuando supo que Soledad habia vuelto á Madrid , y que yo me volvía tambien , varió de rumbo, y á Madrid se vino tambien.

En el camino me hizo muchas preguntas acerca de aquella hermosura ; pero yo me guardé bien de referirle lo cierto.

XV

El hospital.

Mi primer cuidado al llegar á Madrid fué informarme de la situacion de las costureras, mis amigas, que no me habian escrito en todo el tiempo más carta que la que he copiado, y del perro, mi amigo, que, como sabe el lector, quedó al cuidado de aquellos dos ángeles durante mi ausencia.

Las costureras no vivian ya en la casa donde las dejé.

La falta de trabajo habia sido para ellas mucho más grave de lo que hubiera podido creerse; dos meses seguidos sin trabajar habian reducido á la indigencia á aquellas pobres criaturas. Y como un mal no viene nunca solo, la hermana menor, más débil que Cármen, y más intransigente con la escasez y la miseria, habia sufrido una alteracion tan notable en su salud, que su hermana se vió en la dolorosa necesidad de conducir á la pobre niña al hospital.

Cuando llegué yo, hacia dos semanas que las pobres costureras habian abandonado su casa; el dueño de ésta, compadecido de su infortunio, les reservaba, para cuando se lograra la curacion de la niña, la mezquina habitacion que hasta entónces habian ocupado.

Despues de recibir estas tristes noticias que me dieron las vecinas de mis desgraciadas amigas, corrí al hospital, y no sin gran trabajo, y sin subir y bajar muchas escaleras, y preguntar á no pocos empleados en el establecimiento, llegué hasta una sala larga y estrecha como la vida de un holgazan pobre, en la que habria cien camas ocupadas cada una por una mujer enferma. Pregunté por las dos hermanas, y una vieja que, á pesar de hallarse, como quien dice, á las puertas de la muerte, no habia perdido la aficion á hablar, exclamó:

—El número 50, caballero. Y continuó: aunque sea mal preguntado: ¿es V. de la Junta?

—¿De qué Junta? contesté yo.

—Digo si viene V. á dar limosnas, porque en ese

caso, mire V., yo, aunque me esté mal el decirlo, la merezco como nadie; porque, ya ve V., llevo en esta cama cuarenta días, y aún no he podido tomar un caldo de los que aquí se dan. Porque mire V., señor, tiene un saborcillo, que, vamos, yo no lo puedo tragar...

Aquella enferma, no sólo no agradecía el favor que se le dispensaba en la santa casa, sino que procuraba hacer todo el daño posible á los mismos que la cuidaban.

—Diga V. que es mentira, exclamó otra enferma colocada enfrente de la vieja; lo que hay es que la *señora* Blasa quiere *bolleries*, y está á rabiarse con la *junta* porque no le dan vino... Como que estaba acostumbrada ántes de venir aquí á andar siempre haciendo eses por las calles, que raro era el día que no volvía á su casa de *bracero* con un *cevil*; por eso ahora se la llevan todos los demonios, porque aquí no hay más que agua clara.

—¡*Miste* la *bocona*! repuso la vieja sacando de entre las sábanas un látigo, que parecia un brazo, pues *miá* que tú le haces ascos... pero, es claro, como tienes esa labia, y eres conocida de un *platicante*, sacas aquí el cuerpo de mal año, y las demas, aunque se mueran de necesidad, maldito si te importa... Así estás aquí hace dos meses con el achaque del tumor! ¡Dichoso tumor! Como si no supiéramos que estás aquí porque no tienes otra casa, y porque te tratan á cuerpo de reina... Y es claro, con el *aquel* de que es conocida del *platicante*... ¡pues!

Y empezó á cantar con una voz siniestra, que daba frio oirla:

Me dice un *platicante*
de *cerugía*,
que soy para sus males
la *melecina*.

—¡Calle la bruja! exclamó otra enferma, ya convaleciente, que al lado de una cama inmediata á la suya velaba el intranquilo sueño de una pobre ciega, á quien aquella misma mañana se le habian administrado los Sacramentos.

—Sí, añadió la vieja, no sea que venga el *platicante*. Anda, anda, que esa, aunque se despierte ahora, tiempo tiene de dormir en el otro mundo.

Me estremeció oír aquel sacrilegio en boca de una mujer que se hallaba al borde de la tumba.

—Mas valía que rezara V. por su alma un Padre-nuestro, dije á aquella mujer, que tenia toda la forma, y creo que tambien el fondo, de una Celestina endemoniada.

—Tiene V. razon, señor, contestó, pero como siempre me andan buscando la lengua, ya ve usted, una, ¿qué ha de hacer?... A quien se hace de miel, las moscas se lo comen... La han tomado conmigo, y ya ve V., lo que es conmigo... ¡quíá! porque, aunque vieja y acartonada, si la cojo á una por el rodete, la dejo más calva que la ocasion... ¡Pues!... porque á mí..., no ha nacido aún la que ha de ponerme la ceniza en la frente, porque, bendito sea Dios, tengo yo una

lengua, él me la conserve, que ni en la fonda del Caballo Blanco la hay más sana, y unas manos, que no me las lavo hasta la noche, por si de dia me las ensucio en la cara de alguna desollada... Y *miste*, lo que es por buenas, se hace de mí lo que se quiera, pero por la mala, no hay quien pueda conmigo... Y si no, que lo digan en *Maravillas* y en la plazuela de *San Alifonso*, que ya saben allí quién es la *señora Blasa*, y una vez con una pesa en esta mano, hice correr á seis hombres y al *celaor*, y hasta la autoridad me tenia así como un poco de *canguelo*, y á mí no hay que andarme con *aquí me* la puse, porque le vuelvo la cara del revés á la más *maja*... Porque, como dice el refran, genio y figura, hasta la sepultura... Dios me ha hecho así, y eso va en naturalezas... y lo que es yo, no sufro ancas de nadie.

No quise oir más á aquella *amazona* jubilada, convencido, por lo que dijo, de que era un milagro de Dios que acabase tranquilamente sus dias en un asilo de beneficencia, y no en galeras.

Llegué al núm. 50.—Ni *Cármen* ni su hermana me habian visto: esta dormia en el lecho; aquella sentada á la cabecera, apoyaba su cabeza en la almohada.

—*Cármen*, dije, tomando la mano de mi pobre amiga.

La infeliz levantó la cabeza, y en sus ojos, abrasados por el llanto, lei la satisfaccion que le causaba mi llegada, la esperanza que le infundía mi presencia.

No acertaba á hablar la pobrecilla; dos ó tres veces intentó hacerlo, y el llanto se lo impidió.

—Vamos, hija, le dije, valor y confianza en la misericordia divina.

—¡Ah! sí, señor, me contestó; yo tengo valor; pero mis sufrimientos son mucho más fuertes que mi valor, amigo mio... ¡Mi hermana va á morir! ¡La única compañera, la única familia que yo tenía!...

—No diga V. eso, hija; su hermana de V. vivirá, y ambas volverán Vds. á disfrutar de la calma y el bien que merecen sus virtudes.

—¿Y su madre de V.? me preguntó.

—Las oraciones de un alma como la de V. tan pura, habian de ser bien acogidas en el cielo, y mi madre se ha salvado.

—¡Oh! ¡Dios la bendiga! No sabe V. cuánto me he acordado de ella y de V., estas noches que llevo pasadas aquí donde V. me ve, cuidando á mi pobre hermana. El estará lo mismo que yo, decia; tal vez él es más desgraciado que yo, porque tal vez habrá perdido ya á su madre... Y luego, cuando empezaba á venir el día, poníame de rodillas delante de la virgen del Cármen que ve V. en aquel altar, y rezaba por su madre de V. y por mi hermana.

Pero he devorado horas crueles: sólo la fe que tengo en Dios, y el amor á esta pobre niña, han podido sostener mi espíritu.

Ahora ya me siento más fuerte: está V. en Madrid otra vez, y bien sé yo que V. es nuestro amigo verdadero.

—Sí, Cármen; si lo soy; y á fin de convencerme de que V. lo cree así, es preciso me permita V. que hoy mismo dé los pasos necesarios para que su hermana de V. salga de esta casa.

—¡Ah! ¡No, señor! Aquí la cuidamos mucho mejor que la cuidaria yo en la nuestra: todos nos quieren y nos compadecen en esta santa casa; todos se interesan por la salud de mi pobre hermana, y seria una ingratitud demostrarles que no apreciamos los favores que nos hacen. Cuando vine á traerla, temiendo que en mi casa se me iba á morir abandonada, no querian permitirme que me quedara á cuidarla, porque á nadie se le permite; pero tanto supliqué, tanto lloré, que todos los empleados, las hermanas de la Caridad, las enfermas, todos, en fin, se pusieron de mi parte, logrando con esto que se me autorizara á vivir aquí, miéntras mi hermana tuviera necesidad de los auxilios de la medicina. Y ¡qué bien me han hecho con permitirme vivir aquí, amigo mio! Yo no tenia ya recursos de ningun género, y si me hubieran separado de esta pobrecita, ella hubiera muerto aquí de desesperacion, al verse léjos de mí, y yo de dolor y de hambre á la puerta del hospital. Ya ve V. si tengo razon cuando digo que Dios no nos abandona, que en nuestras mayores tribulaciones nos prodiga consuelos que den aliento á nuestro espíritu, y arraiguen más y más en nuestra alma la fe, que tanto aprecia El en sus criaturas.

Acababa de hablar Cármen, cuando llegó el médico de aquella sala, y despues de examinar el rostro

de la enferma dormida, dijo con visible satisfaccion.

—Vamos, Cármen, no se aflija V.; hoy está mucho mejor que ayer, y es probable que mañana esté mucho mejor que hoy.

—Dios le pague á V., señor, el bien que me hace, contestó la costurera. ¿Con qué pagaré á V. la vida que da á mi hermana?

—Nada me debe V. á mí, hija mia, añadió el médico; la ciencia de los hombres es por demas mezquina, comparada con la naturaleza y con la voluntad de Dios.

Y se alejó del núm. 50 para acercarse al lecho de la ciega sacramentada, que acababa de despertar para despedirse del mundo.

Pocos momentos despues todas las enfermas rezaban un Padrenuestro, y dos enterradores sacaban de la sala un cadáver, cuidadosamente envuelto en una sábana por las hermanas de la Caridad.

Cármen cayó de rodillas cuando vió pasar el cadáver: yo la imité.

La vieja deslenguada, la heroína de Maravillas y de la plazuela de *San Alifonso*, no volvió á hablar una palabra en todo el dia.

La candorosa niña enferma se regocijó en extremo cuando, al despertar, me vió al lado de su lecho, procurando consolar á su hermana, y dispuesto á partir con esta el cuidado que necesitaba la pobre, que acababa de pasar una enfermedad, vencida, más que por la naturaleza de la paciente y la ciencia del médico, por las fervorosas oraciones de Cármen.

Esta pudo dormir algunas horas, mientras yo ocupaba su puesto cerca de la enferma, cosa que me agradaba en extremo, porque la niña se divertía en referirme todo lo ocurrido en su casa durante mi ausencia, y en ponderarme lo mucho que se había acordado de mí su hermana, quien en todas sus tribulaciones invocaba mi nombre.

No pude contener las lágrimas cuando la pobre niña, con esa sencillez propia de la inocencia, me refería cómo en sus días de mayor abandono, en los días que pasaban abrazadas una á otra, devorada ella por la fiebre, y Cármen desfallecida de hambre y cansancio, no olvidaban rezar por la salud de mi madre, para lo que les daba aliento la esperanza de que yo volvería pronto á su lado, y les traería consuelo para todas sus amarguras.

Llegó, por fin, el día en que la enferma debía salir del hospital completamente curada; esta era una gran satisfacción para las dos hermanas; pero no dejaba de preocuparlas cómo habían de vivir desde el día siguiente, careciendo de todo recurso, en tanto que encontrasen trabajo.

Era que no imaginaban siquiera que yo debía ayudarlas; su corazón era tan noble, su modestia tan excesiva, y tanta su delicadeza, que no sospechaban que era un deber de la amistad que á ellas me unía, contribuir con todas mis fuerzas á hacer más llevadera la crisis por que pasaban.

Llegada la hora de la salida, el médico de la sala de Nuestra Señora del Cármen, donde había estado la

enferma, el capellan, los practicantes, las enfermeras, las beatas, las enfermas, todos los que habian conocido allí á las dos hermanas, las despidieron con notables demostraciones de afectuoso interes, y hubo alguna enferma que las suplicó *Salves* y *Ave-Marias* para que Dios la devolviese la salud, alentada con la halagüena esperanza de que las oraciones de dos almas tan puras y ajenas á todo sentimiento indigno, habian de ser necesariamente bien acogidas por el Todopoderoso.

Profundamente conmovió á Cármen la despedida, y es seguro que aquellos momentos la recompensaron con exceso las horas de agonía y desaliento que pocos dias ántes habia pasado en aquella santa casa.

Y digan lo que quieran los que presumen que no tiene premio digno ni ostensible recompensa la virtud sencilla, modesta é ignorada.

Esperábanos á la puerta del hospital un coche, que en media hora nos condujo al otro extremo de Madrid, á la calle donde habian vivido las costureras, y cuya habitacion, como ya he dicho, les conservaba el casero, en un exceso de galantería, no muy comun entre la gente de su clase. Allí nos esperaba otra ovacion, que, no por lo improvisada y repentina, dejó de ser solemne y entusiasta.

XVI

Regocijo de los vecinos y del perro.

Quando el coche entró en aquella callejuela, no hubo balcon ni ventana en que no apareciera una vecina ó un vecino, asombrados de ver penetrar aquella mole en una calle donde sólo habia puesto las ruedas alguno que otro carro de la municipalidad, y deseosos de admirar un vehículo casi aristócrata, aunque alquilado, y de apreciar los progresos hechos por el buen gusto, la comodidad y el lujo.

La curiosidad de aquellos vecinos llegó á su colmo, como se dice ahora, cuando el cochero detuvo los jamelgos delante de la puerta de la casa que ya conoce el lector, y todos se echaron á la calle apénas vieron bajar del carruaje á Carmen y á su hermana, seguidas de un caballero de levita y sombrero, verdadera ave fénix en aquel barrio clásico de la cha-

quetita corta, la faja de seda y la gorrita puesta con picardía.

Y en torno del coche reunióse multitud de chiquillos, todos los de la vecindad, grandemente regocijados con ver las levitas crecederas del cochero y del lacayo, y los sombreros inmensos que los cubrían, asemejándolos á un par de enormes botellas de cerveza con tapon; y es probable que si yo no hubiera tenido la buena idea de despedirles, los dos descendientes del libertador de España se hubieran visto en grande aprieto para contestar á los comentarios á que daba lugar su presencia entre aquella gente, y quizás se hubiesen visto tambien en la dolorosa alternativa de sufrir una descarga de piedras y silbidos, ó de tener que defenderse con el látigo, agravando de esta manera su situacion, y produciendo tal vez una conflagracion, de la que habria resultado un conflicto entre la aristocracia del dinero, representada por el coche y los cocheros, y el pueblo soberano, representado por crecido número de pelones y pillastres, futuros inquilinos, no pocos de ellos, de la cárcel de Villa, y de los colegios del Peñon, Melilla y otros sitios de recreo.

Cuando entramos en el patio, llorando ellas, y conmovido yo, una mnjer que se hallaba en el corredor del piso principal dió instantáneamente aviso de la fausta llegada de las antiguas vecinas, y todas las puertas se abrieron, y en un momento se vió favorecido el patio por los inquilinos todos de aquella córte de los milagros, que rodearon á mis amigas, abrazándolas cariñosamente las mujeres, y felicitán-

dolas los hombres con poco atildadas frases, pero con intencion noble y sincera.

—¡Bendito sea Dios! exclamó la mujer del preso, de quien me hablaba Cármen en su carta.—¡Bendito sea Dios, que siempre oye las oraciones del pobre!—Desde el dia que fué la niña al hospital, tengo encendido siempre un cabo delante de la Virgen del Cármen, y pedia todos los dias por ella y por mi marido que estaba en la cárcel por una mala voluntad, no porque él lo mereciese, que hasta ahora, bendito sea el Señor, no hay quien pueda decir de mi marido tanto así... Y vean Vds., hoy ha salido en libertad mi Juan, y esta niña del hospital.

—Y ¡qué malita fué!... añadió otra: el dia que la llevaron me tragué que no la volvíamos á ver, porque iba, vamos, que daba lástima verla... Y luego, ya se sabe, cuando una va al hospital, no tiene que decir de qué mal ha muerto, porque ir allí es lo mismo que cuando van las vacas, aunque sea mala comparacion, al matadero.

—Perdone V.. señora,—se apresuró á decir Cármen,—allí ha recobrado la vida mi hermana, y de todas las enfermas que he visto, mientras hemos estado en aquella santa casa, solo han muerto las que no tenian otro remedio, las que tenian señalado su término por la mano de la Providencia.—Allí hay caridad y amor para todos, á pesar de que las gentes á quienes se dispensan esos consuelos los pagan con notable ingratitude.

Y esto es cierto; entre las gentes del pueblo es

opinion generalizada que en los hospitales no halla el enfermo el cuidado que requiere su situacion y la caridad que Dios manda: sin embargo, este es un error, por no decir una calumnia. Yo no he necesitado, á Dios gracias, la hospitalidad que allí encuentra todo enfermo desvalido, pero he visto que la caridad y el amor son en esos asilos dos consoladoras verdades, y he presenciado notables ejemplos de abnegacion y de amor al prójimo. Generalmente, las personas más abandonadas, á quienes, por hacerlas bien, se conduce al hospital, oponen una resistencia que no se explica sino por la falsa apreciacion que se hace del servicio de los hospitales, que, si en España no es aún enteramente perfecto, ha llegado, merced al celo de las personas que intervienen en este ramo de administracion pública, á mejorar muy notablemente, en beneficio de la humanidad pobre y doliente, que es una gran parte de la humanidad.

Diez minutos haria que nos hallábamnos en el patio, donde Cármen recibia la sinceras felicitaciones de aquella gente, y su hermana referia á su manera todas las fases diversas de su enfermedad y los detalles de todo lo que habia visto en la sala del hospital, con el número de las enfermas, los dichos y cantares de algunas de ellas, la ceremonia solemne del Viático, y la cifra de las fallecidas, cuando sonó en mi alma el eco de un aullido prolongado y triste de un perro, y luego ladridos continuos, como si el animal se hallara encerrado, y no llevara á bien su autonomía la falta de libertad.

—¡Ay, el perro! exclamó la hermana de Cármen.

—¡Ya las ha olido á Vds.! exclamó una honrada mujer de un tambor mayor, la cual, por su estatura y sus bigotes, pudiera ser tan tambor mayor como su marido.

—¡Es César! dije yo.

—Sí, César, repuso Cármen,—cuando fuimos al hospital, lo dejé al cuidado de esta señora... •

—Y está que da gloria el verlo, añadió *esta señora*,—porque yo, ¡válgame Dios! quiero tanto á los animales... lo mismo que mi marido, que de la boca nos lo quitábamos para dárselo á él.

—Muchas gracias, señora, me apresuré á decir.

—¡Ah! ¿es de V. el perro?...—Pues mire V., ya puede V. decir que le quiere á V. el animal... Si viera usted, hemos tenido que estar con cien ojos para que no se nos escapara, y por la noche, aullando y ladrando, no nos dejaba dormir... Y eso que mi marido le amenazaba, sin pegarle, por supuesto, con el baston de tambor mayor,—pero, sí, sí, lo que es él, se conoce que no teme ni debe, y que está más consentido...

Y el perro seguía aullando.

—Voy, voy á abrirle, añadió la mujer del jefe de la banda.

Y poco despues apareció el perro, que como una exhalacion vino á nosotros, demostrándonos su regocijo y satisfaccion de la mejor manera que su instinto le dió á entender; es decir, dando mil saltos, ladrando alegremente, y lamiéndome las manos.

XVII

Escena conyugal.

El perro estaba efectivamente muy lucido; se conocía que el tambor mayor y su apreciable consorte se habían dedicado con laudable celo al cuidado del animal, alentados sin duda por la esperanza de que su dueño no sería ingrato; así se lo había asegurado Cármen al entregárselo, conociendo que en este mundo, generalmente, no hay quien haga un favor si no espera la recompensa, y cuanto mayor es esta, tanto mayores son el celo y la exactitud con que se sirve á quien paga, aunque hay excepciones.

Puse, pues, media onza en la mano de la patrona del perro, y la recibí de muy mala gana, según las protestas que me hizo, á tiempo que se la guardaba, de que ella por el interés nada había hecho, y encargó á todos los circunstantes que nada dijeran del

donativo á su esposo, porque éste habia dado en la manía de no llevar á bien que ella tuviera ni un cuarto para mandar rezar á un ciego, y todo su afan era registrar los baules, por si encontraba algo, y largarse con ello á beber, único vicio que tenia el apuesto tambor mayor, pero con el cual no habia dinero que le bastase, porque eso sí, á su lado no habia nadie pobre, más que su mujer, y por un amigo era capaz de quedarse sin camisa, si ese mismo vicio no le hubiera dejado sin ella largo tiempo hacia.

Así es que ella, apénas se ganaba un duro, yendo á asistir á esta casa, ó á fregar los suelos á aquella otra, tenia buen cuidado de esconderlo debajo de siete estados de tierra, y aun así, el maldito parecia como que lo olia, y la noche que se le ponía entre ceja y ceja que habia dinero en casa, ya podía la pobre esposa encomendarse á todos los santos del cielo para que interpusieran su influencia con su compañero San Benito de Palermo, y éste desarmara el brazo de aquel hombre, que como no hacia otro ejercicio que moverlo continuamente marcando el compas á la cabeza del batallon, lo tenia de tal manera suelto y ágil, que en comenzando á hacer el molinete con el baston, al pobre á quien cogia por delante me lo abria la cabeza con mucha gracia en ménos tiempo que el que emplea para decir «¡ay!» el prójimo que pone el pié encima de un ojo de gallo ajeno;—que siempre, como habrá observado el lector en estos casos, se queja ántes el agresor que la víctima.

—Si me ve la media onza mi marido, decia, ten-

dremos toros y cañas, y yo no quiero que me la vea, porque, mire V., con esto ya tengo para desempeñarme unos pendientes que llevé el otro día para poder comer, porque si no fuera por mí, hay días que no nos desayunáramos, porque lo que es con mi esposo, no hay que contar... como él tiene mal que bien su rancho en el cuartel... aunque yo me haga una cruz en la barriga, no le da pena, y por más que yo le digo que no tiene vergüenza, y le pongo, que no sé cómo me sufre, él ni se pica ni se corre, y mientras me desespero y me desahogo llenándole de insolencias, se está redoblando con los dedos sobre la mesa, ó poniendo borlitas al baston, que no tiene más Dios ni más Santa María que el baston, hasta que coge la puerta, y ahí te quedas, mundo amargo; se larga á la taberna, ó á la instruccion, hasta las tantas, que vuelve haciendo cortesías y más bebido que el vino.

Y despues de este episodio, las dos hermanas, el perro y yo nos entramos en la sombría habitacion, donde ya nos ha visto el lector, y las vecinas se quedaron en el patio haciendo sus comentarios y mirando todas á la mano de la dueña de la media onza, por efecto de ese poderoso atractivo que tiene el dinero, cuya vista ó cuyo sonido nos preocupa siempre á los humanos, que aún no hemos conseguido hacer completamente inútil el vil metal, hallando medio mejor y ménos costoso de lograr la satisfaccion de nuestras necesidades.

Y apenas se habia retirado cada vecino á su huonera,—que no parecian otra cosa las habitaciones

de aquella casa,—por la ventana de la de Cármen vi cómo entraba majestuosamente en el patio el tambor mayor vestido de gala, armado de todas armas, y haciendo la acostumbrada evolucion con el baston, ni más ni ménos que si le siguiera la banda de tambores, desfilando por delante del capitan general.

Subió gravemente la escalera, y entró en su cuarto sin dirigir la palabra á su mujer, que, como si tal cosa, estaba en el corredor tendiendo al sol unos pañales del hijo de su amor, que en brazos de otra vecina berreaba lo mismo que un becerrillo, demostrando claramente sus buenas disposiciones para la música, disposiciones heredadas sin duda de su padre, que, como tambor mayor, tenia algo de músico.

Y á poco volvió á salir, y entabló con su mujer el siguiente diálogo:

—¿Por qué llora el niño?

—Pregúntaselo á él; llorará porque tendrá ganas.

—Si lo tuvieras en la cuna, y no lo acostumbraras á estar siempre danzando por ahí...—Así saldrá luego un vago sin oficio ni beneficio, porque, como dice el capellan del batallon, árbol que crece torcido, tarde ó nunca se endereza.

El angelito tenia cuatro meses.

Y no se daba por entendido de las prudentes observaciones de su padre, y seguia berreando como si le retorcieran la punta de las narices.

—Dale de mamar, mujer; tendrá hambre.

—Si le he dado hace un cuarto de hora.

—¡Vaya, vaya! venga, á ver si calla conmigo.

Y cogió el tambor mayor á la criatura, y con ella en los brazos se bajó al patio, y allí comenzó á pasear y á intentar dormir al niño con el eterno *tan, tarran, tan, pataplam, ram, plam, rataplam*, que en lugar de acallarle le exasperaba más y más.

—Cásese V., tío Paco, decía el jefe de la banda á otro vecino, que estaba tomando el sol, por ser lo único que acostumbraba á tomar, hasta que á las tres iba á la Escuela Pia á que le llenaran el puchero (1). Verá V. cómo se divierte con los hijos... Cria cuervos, que dice el refran. ¡Y que los hombres hemos de ser tan tontos, que una mujer nos ha de obligar á esto! Si mi padre me hubiera roto una pierna cuando dije que queria casarme, ¡qué favor tan grande tendria que agradecerle!

—Tiene V. razon, *D. Juan*, contestó afectuosamente el tío Paco; el buey suelto bien se lame.

—Digo, ¿quién me toseria á mí, si no tuviera mi mujer y este mayorazgo?

—¡Como te va tan mal, grandísimo holgazan! se apresuró á decir la aludida.

—Calla, calla, mujer, que desde que me casé contigo, parece que me han hecho mal de ojo.

—¿Y quién te cose, quién te lava, quién te sufre?

—Pues, hombre, no faltaba más sino que ni áun para eso sirvieras...

—Pues, hijo, si tú has perdido, lo que es yo no sé,

(1) Los padres escolapios tenian entonces, y creo que tienen, entre otras virtudes, la muy recomendable de distribuir diariamente alimento á algunos pobres.

porque ya no me acuerdo cuándo me compré el último par de zapatos, y con esta saya he pasado el invierno y el verano, y el médico me ha mandado refrescar, y aún no he podido tomar ni un vaso de cebada...

—De paja sí que debía alimentarme yo, por haber hecho la barbaridad de casarme con mujer que necesita tantas gollerías.

Mira, mira cómo se calla tu hijo... Si me valiera en mi genio...

—Anda, pedazo de... ¡Dios me perdone!... que hasta la criatura te incomoda... ¡Pobrecito! ¿No ha de llorar?... Cada vez que le doy de mamar, traga el angelito más bilis... Y no sé cómo se cria, con la vida que me das, que ni á un perro se le trata como á mí.

—¡Hombre! exclamó el tambor; y ¿dónde está el perro?

—¡Ay! ya se me olvidaba, exclamó la esposa, variando repentinamente de tono, y con cierta dulzura,

—Pues, ¿qué ha sucedido?

—Nada; que vino su amo, y se lo ha llevado.

—¡Y lo tenias tan callado, mujer! Tio Paco, téngame V. el chico.

Y cogió el chico el tio Paco, y el tambor mayor subió á ver más de cerca á su consorte, sin duda con la intencion de adivinarle en el rostro la mentira ó la verdad de sus palabras.

Un cuarto de hora habria pasado cuando oimos gran estrépito y angustiadas voces de «¡Socorro, socorro! ¡Que me matan!»

Salí al patio con intencion de acudir á la víctima; y el tio Paco, que muy tranquilamente seguia meciendo al niño, me detuvo diciendo:

—No suba V., señor, que ya estamos acostumbrados á oirlos, y nadie los hace caso.

Y la mujer continuaba pidiendo socorro.

—Pero es una inhumanidad, observé, no ir á socorrer á esa infeliz, y á castigar á ese infame.

—Sí, sí, eso decíamos nosotros ántes; pero ahora ya puede matarla, que no tendrá quien salga por ella.

—Pues yo salgo, y salga lo que saliere.

Y subí, entré, y apénas me vió ella, se vino á mí, que creí que me iba á sacudir una bofetada, diciéndome:

—¡Vaya! Y á V., ¿qué?... Es mi marido, y puede pegarme... ¡Vaya una gana de meterse en cuidados ajenos!

—Suelta el dinero, perra, añadió el tambor mayor.

Comprendí que se trataba del precio del hospedaje del perro. El tambor mayor habia oido la media onza.

—No sea V. bestia, repuse, dirigiéndome á aquel Goliat con charreteras.

—Oiga V., me interrumpió ella; á nosotros no nos insulte V... Si me pega, hace bien; él es mi marido...

—Bien, señora, bien; pero como yo soy el dueño del perro, y éste hombre pide el dinero que esperaba de mí, y que seguramente cree que le he entregado á V., ahí van cuatro duros para que den Vds. por terminada la cuestion.

—Eso es hablar en razon , dijo el tambor mayor...
 ¡Ves, mujer, cómo entre *caballeros* se arreglan las cosas al momento?

Guardó los cuatro duros, requirió el machete, se caló la gorra, y salió.

—¡Ea! ¡Ya te vas á la taberna! le gritó su mujer.

—No, no; voy á ponerlos en la Caja de Ahorros para cuando el chico sea grande.

Por la noche, segun me refirieron las dos hermanas el dia siguiente, volvió beodo, y le hizo soltar á su mujer la media onza consabida, no sin que precediera una escena semejante á la que dejo referida.

XVIII

Un hijo perdido.

Pasó algun tiempo; yo seguí visitando á Cármen, la costurera, dando con mis visitas no poco que hablar á la vecindad, bien que mis visitas no podian ser más inocentes.

Todavía no habia dicho una palabra de amor á la virtuosa jóven.

... Pero vaya V. á detener en los convenientes límites la imaginacion del vulgo. Todos los vecinos creian firmemente que yo era el amante de Cármen, y ella sabia lo que pensaban; pero como era completamente inocente, como su conciencia estaba pura como una violeta escondida en un campo ignorado, no se preocupaba de aquel error de la opinion pública.

Cármen y su hermana habian vuelto á hallar trabajo, y en más ventajosas condiciones que ántes; algunas señoras habian tenido ocasion de conocer y apreciar su habilidad, y les solian confiar la confeccion de sus trajes, pagándoles mucho más de lo que ganaban en la tienda.

Una tarde llegué á la casa donde vivian las hermanas, y vi que delante de la puerta habia un coche de alquiler.

—¿Qué acontecimiento será este?... me pregunté.

Y al ir á entrar en el portal ví salir una señora, que al verme, exclamó:

—¡Ramon!...

Hasta ahora no habia dicho á los lectores mi nombre; ya lo saben Vds., Ramon me llamo, para lo que Vds. gusten mandar; acaso habrían Vds. creido que quien referia estos sucesos seria el que aparece como autor del libro; no, señores, el autor del libro no tiene nada que ver conmigo; es decir, tiene que ver, por cuanto estos recuerdos se los he facilitado yo, en un manuscrito que tenia en casa en un cofre viejo, en la buhardilla, y él no ha hecho más que abusar de mi confianza, dando impreso al público lo que yo le

dí manuscrito, y poner al frente su nombre, seguro de que no le habia de reclamar la paternidad de mi obra. Así, pues, quede esto entre nosotros, y no se lo digan Vds. á nadie.

—¡Ramon! exclamó aquella mujer que salia de la casa donde vivian las costureras.

Y levantando el velo que cubria su rostro, me dejó ver el más lindo y peregrino rostro que pueden ustedes figurarse, bien que en él se veian claramente las huellas del sufrimiento, y, sin embargo, parecia como que esta sombra del dolor aumentaba los encantos en aquel rostro incomparable.

—¡Soledad! exclamé.

La casualidad ponía en mi camino otra vez á aquella mujer que tan profundamente me impresionaba y conmovia tan fuertemente mi corazón.

—Sí, amigo mio, yo soy; yo, la más desgraciada de todas las mujeres... Si V. quisiera hacerme un favor...

—Diga V.; pruebas tiene V. de lo que me interesa todo lo que á V. atañe.

—Es verdad, V. es bueno.

—¿En qué puedo ser á V. útil en este momento?

—¿Puede V. acompañarme?...

—Sí, señora.

Entró Soledad en el coche, y yo entré tambien.

Parecia como que el diablo tenia empeño en ponerme junto á aquella mujer, á quien queria olvidar.

El cochero preguntó:

—¿A dónde?

Y mientras Soledad le daba la dirección, vi aparecer en la puerta del patio á la hermana de Carmen, que, viéndome, echó á correr por el portal adelante, pero cuando llegaba á la puerta, el coche se ponía en movimiento. No pudo, pues, hablarme, como seguramente deseaba.

—Ahora, pensé, le va á decir á su hermana que me ha visto en coche con una mujer... ¿Qué va á pensar Carmen?...

—Amigo mio, me dijo Soledad, V. perdone que le haya molestado... Lo que me sucede...

—Cuénteme V.

—En el pueblo confesé á V. y á su madre que habia dejado un hijo en Madrid al cuidado de una nodriza.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues bien: en esa casa, donde me ha visto usted, vivia esa mujer, y ya no vive...

—¿Se ha muerto?...

—No, señor; parece que habiendo sido preso su marido, ella tuvo tantos disgustos, que se vió en la imposibilidad de criar, y confió mi hijo á una amiga suya.

—Sí, ya lo sé.

—¿V. lo sabe?

—Sí, porque yo conozco á alguien en esa casa, y he oido hablar de esa mujer, y de la prision del marido, y sé tambien que habiéndose ofrecido á éste ocasion de marchar á la Habana, con gran ventaja, salió para Cádiz hace tres ó cuatro dias con su mujer.

—Una vecina de esa mujer me ha dicho que la persona á quien confió mi hijo vive en la calle de Embajadores, y allá voy.

—Soledad, repuse, un poco tarde se ha acordado usted de su hijo.

—Sí, señor; un poco tarde, muy tarde acaso.

—Eso no está bien hecho.

—Lo conozco; pero es tal el odio que profeso á su padre, á ese infame que ha burlado todas mis esperanzas...

—¿Y era ese motivo para abandonar al hijo?...

—Tiene V. razon.

—¿Qué hace V. en Madrid?...

—He hallado un hombre, á quien V. conoce, que está dispuesto á casarse conmigo.

—¿Y yo le conozco?...

—Sí, señor; el frances que fué con nosotros en la diligencia.

—¡El frances!...

—Sí, señor; es un hombre de bien.

—No lo dudo.

—Me ha perseguido con una tenacidad increíble, me ha dado mil pruebas de su amor; me ha tratado con tal respeto, con tanta consideracion, que he tenido que ceder á oír sus protestas y sus promesas. Le conoce mi antiguo protector, el señor en cuya casa he pasado mi juventud, y ese excelente señor y sus hijas son quienes más empeño han mostrado en favorecer los deseos del frances.

—¿Y ese hombre sabe?...

—Lo sabe todo; sabe que dejé á mi hijo en poder de una nodriza, y que casi le habia olvidado, por odio á su padre, y él es el que me obliga á buscarle, y dice que sólo se casará conmigo, si le pruebo que no he abandonado á mi hijo.—«Si no le ha abandonado V., me ha dicho, puedo creer que es V. una mujer desventurada, víctima de un infame; pero si le ha abandonado, creeré que es V. una mujer criminal, y yo puedo ser el amparo de una mujer desgraciada, pero no de una mujer culpable, de una madre sin entrañas.»

—Admiro á ese hombre, y en efecto, esos hidalgos sentimientos hacen su más cumplido elogio.

—Es grande el amor que me tiene. ¿Qué debo hacer?...

—Buscar á su hijo de V., y casarse con ese hombre.

—Ese hombre me llevará lejos de aquí, á su país, donde nadie me conoce, donde nadie más que él sabrá mi desventura. Su amor es sincero; él me ha referido su historia, es rico, escribe libros, y ha tenido una juventud muy borrascosa; delante de mí ha roto las cartas y los retratos de una llamada Marieta, y de otras.

—De la Marieta ya tenia yo noticias, dije, acordándome del sueño del frances en la diligencia.

—¿La conocia V.?...

—No, conocerla precisamente, no, pero le oí hablar de ella. Celebro que haya V. tenido esa buena fortuna, que acredita cuánto puede la hermosura.

—¡Ay! ¿encontraré á mi hijo?...
 Aquella mujer me era en aquel momento profundamente antipática. Buscaba á su hijo porque le convenia, despues de haberle abandonado, y compadece al inexperto frances que iba á hacer su esposa de semejante madre.

Llegamos á la calle de Embajadores; la casa cuyas señas habian dado á Soledad, estaba al lado de la Inclusa.

Entramos en el portal, y Soledad preguntó á un mocito que estaba hablando muy animado con una mocita:

—¿Me hace V. el favor de decirme si vive en esta casa una jóven que se llama Ignacia?...

—¡Ignacia! repitió el mocito,... ¿sabes tú si vive aquí esa Ignacia? preguntó á la mocita con quien hablaba...

—Sí, señora, aquí vive, en el segundo interior; pero no está.

—Tiene un niño, ¿no es verdad?...

—¿Un niño?... Lo ha tenido, pero ya no lo tiene.

—¿No lo tiene?... exclamó Soledad con terror, con el terror de quien ha perdido una gran cantidad.

Este era el sentimiento de que se hallaba poseida en aquel momento Soledad; no era el espanto propio de una madre, no; en aquel corazon no habia más que cieno; aquella era un alma de estuco. No veia que habia perdido un hijo; veia que perdía la porcion de casarse con el frances.

Parecia imposible que aquel hermosísimo rostro

encubriera un alma tan deforme, que aquella figura tan bella, tan interesante, estuviese animada por un corazón tan ajeno á todo sentimiento generoso.

—¿Y dónde está esa mujer?... preguntó Soledad.

—Ahora vendrá.

El mocito y la mocita salieron á la calle y nos dejaron libre el portal.

—¿Habrá muerto mi hijo?... ¿Seré tan desgraciada que haya muerto mi hijo?... dijo Soledad.

—Bien podrá ser, contesté con severidad; ¿qué han de hacer en el mundo los ángeles abandonados por sus madres?... Se vuelven al cielo. Dios ha castigado á V. justamente, si ha muerto su hijo de V.

—¿Qué desgraciada soy!

—No es V. desgraciada, Soledad, porque ha podido V. no serlo. Los desgraciados son los que sufren penas y dolores que no han merecido, que no se han procurado ellos mismos con su imprudencia, con su egoísmo, con su mal proceder, en una palabra.

Soledad se mordió el sonrosado labio con aquellos dientes primorosos, y estrujó en sus manos el pañuelo, á tiempo que entró en el portal una mujer, y tras ella asomó la cabeza de la mocita que en la acera hablaba con el mocito.

—Ignacia, dijo desde la puerta la mocita, ahí te buscan.

—¿Es V. Ignacia?... pregunté yo.

—Sí, señor, ¿qué se ofrece?

—Tenemos que hablar con V.

—Pues diga V.

—Aquí no es sitio conveniente.

—Pues suban Vds.

Echó á andar delante, atravesamos un patio, y subimos tras ella una escalera estrecha, oscura y sucia, hasta llegar al piso segundo, cuya puerta abrió la mujer, y entramos en un cuarto donde habia tres tablados con jergones encima, y desde el cual se veian otras dos habitaciones adornadas tambien de tablados con jergones. Aquella era una casa de dormir.

—*Sientensen* Vds., dijo bárbaramente la Ignacia. Pero no correspondimos á su invitacion.

—V., dije á aquella jóven, que era más fea que una noche de truenos, recibió un niño de...

—Sí, ya sé de lo que me va V. á hablar. Sí, señor, sí, el niño que estaba criando la Gertrudis... ella no podia, y me habló... y yo... por hacer un favor... y porque la criatura no quedase abandonada...

—Bien, ¿y qué ha sucedido?...

—Pues el niño estaba muy delicadito... en los huesecitos, la pobre criatura... y por más que hice...

—¿Se murió?...

—Se murió; sí, señor... ¿Vds. son los padres?

—No, señora; somos encargados de sus padres.

Miré á Soledad y estaba lívida... Dios me perdone, pero no creí que sentia la muerte de su hijo, sentia lo único que aquella mujer podia sentir: la pérdida de sus esperanzas.

—La llamada Ignacia estaba muy turbada, y sospeché que mentia.

—Pues en ese caso, le dije, nos hará V. el favor

Soledad y Gertrudis

de decirnos el día y la hora de la muerte, y acompañarnos á la parroquia donde debe constar la declaración facultativa y la fecha del enterramiento, para sacar el certificado de la defunción, y pagar á V. lo que se le deba.

Ignacia se puso más blanca que la pared, y dió claramente á entender que mi sospecha era fundada.

—Señor, dijo, es que yo no sé...

—¿No sabe V.?... ¿Pues cómo ha sido enterrado el niño?... Por fuerza ha de constar su muerte.

—¡Ay, señor, por Dios!...

—¿Qué ha hecho V. de ese niño?... ¿Dónde está?... Hable V., ó salgo para dar parte á la autoridad...

—El niño... el niño no ha muerto.

—¡Ah! exclamó Soledad, como recobrando su esperanza.

—Pues ¿dónde está?...

—Está... está en la Inclusa.

—¡Qué infamia! recoge V. un niño, ofreciendo cuidar de él, y lo arroja V. á la Inclusa.

—Señor, yo soy casada... casada, por mi desgracia, con un hombre que es muy malo... Por la noche, vienen aquí á dormir unos cuantos parroquianos... El niño estaba muy malo, y lloraba mucho, toda la noche estaba llorando, y como esto es tan pequeño, no dejaba dormir á los huéspedes... Mi marido estaba furioso con que yo tuviera el niño, y mucho más, viendo que no se presentaba su madre, que nadie pagaba por el niño... Una noche, yo no estaba en casa, mi marido vino borracho, como muchas veces,

el niño estaba en la cuna llorando... mi marido le cogió y lo sacó, y... lo puso en el torno de la Inclusa.

—¡Qué horror!...

—Sí, señor; un horror... No sabe V. lo que yo he llorado por el niño...

Soledad estaba pálida, inmóvil, con la vista fija en aquella mujer, como si fuese á arrojarla sobre ella para ahogarla.

—Pero habrá algún indicio, alguna señal para reconocer al niño.

—No, señor.

—¡Qué infamia!... Pero esta infamia tendrá castigo.

—Señor, ¡por Dios!...

Bien sabia yo que aquella infamia no tenia castigo. Soledad no podia probar nada, no tenia medios de hacer nada contra aquella mujer y su marido.

—¿Qué dia sucedió eso?... pregunté.

—El sábado hizo veinte dias.

—Entonces, el dia 15.

—Sí, señor.

—Vamos á la Inclusa.

Y salimos con aquella miserable mujer.

—¿Usted sabe, le dije, á qué hora fué puesto en el torno ese niño?...

—Entre ocho y nueve de la noche debió ser.

En la Inclusa nos informaron de que la noche del 15 del mes anterior habian ingresado, de ocho á nueve, cuatro niños, todos varones, y todos, al parecer, del mismo tiempo.

Y aunque nos manifestaron que era muy difícil, si no imposible, sacar de allí á un niño arrojado al torno, sin indicacion ni señal de ningun género, llevaron su complacencia hasta ponernos de manifiesto los cuatro niños que habian entrado en la Inclusa en aquella noche.

Los cuatro parecian gemelos.

—Soledad no podia decir cuál de aquellos cuatro desventurados niños era su hijo.

La Ignacia tampoco se atrevia á afirmar cuál de ellos era el que habia tenido en sus brazos algunos dias.

Los cuatro niños tenian de cinco y medio á seis meses, y eran iguales.

—Este me parece que ha de ser, decia la mujer... pero no, yo creo que este... vamos, no sé, no puedo decir con seguridad cuál es...

Ningun espectáculo en el mundo puede impresionarme más que me impresionó el de aquella madre, mirando llena de estupor á los cuatro niños que le sonreian y le tendian los bracitos, como si pidieran una madre... como si le quisieran preguntar: ¿Eres tú nuestra madre?...

Soledad estaba allí clavada, con los ojos fijos en aquellas inocentes criaturas, sin decir una palabra... y sin verter una lágrima.

—Vamos, dije, deseoso de salir de allí, ansioso de alejarme de aquella mujer, de aquella madre sin entrañas, todo es inútil.

—Vamos, repitió Soledad con voz siniestra.

Y los cuatro niños, en brazos de las nodrizas que nos los presentaron, sonreían á Soledad y extendían hácia ella sus bracitos.

Salimos de la Inclusa, y, sin cuidarme de la mujer que nos habia acompañado, dije á Soledad:

—Ha perdido V. á su hijo. Si tuviera V. alma, ¡qué vida tan horrible la de V.!...

Y eché á correr con el corazón oprimido, y llevando fija en mi imaginación la melancólica mirada y la triste sonrisa de aquellos inocentes niños.

XIX

La casa de juego.

¿Cuál es el libro más leído de todos los publicados en el mundo desde el siglo XV acá?

El libro de las cuarenta hojas, amigo lector; la baraja, por otro nombre.

¡La baraja!

Ríome yo del valor de todos los héroes del mundo comparado con el que necesita quien se dedica á leer en ese libro, y á leer lo contrario de lo que leen otros

dedicados con igual afán que él á tan *honrado* oficio. Un hombre con una baraja en la mano es capaz de todo, absolutamente de todo; él podrá, al dejarla, caer maltrecho y derrotado; pero mientras la tenga, ella le prestará fuerzas para sufrir todos los golpes que se le asesten, y defenderse él solo contra todos los que le combatan.

Has de saber, lector amigo, y perdona la confianza y franqueza, que en la casa de mi patrona vivía un jóven, estudiante de derecho, gran aficionado á tirar de la oreja á Jorge, y que todos los días, á la hora de la comida, nos contaba cosas extraordinarias de cierta casa de unas señoras amigas suyas donde solía pasar las más de las noches, y en la cual decia gozar grandemente, á juzgar por los elogios que nos hacia de los y las concurrentes á la misma, y por lo bien que le daba el naípe para *dar dos ó tres golpes y armarse*, ganando para el gasto diario una cantidad modesta, pero suficiente.

Y tanto y tanto nos hablaba de la tal casa, que una noche dióme gana de acompañarle, con objeto de aprender algo y observar lo que allí hubiese de curioso, que parecíame que no habia de ser poco.

A las doce de la noche, que ántes no comenzaba la *soirée*, estábamos á la puerta de un piso principal de una casa situada en cierta callejuela extraviada; yo, jóven inexperto entónces, iba á tirar del cordón de la campanilla, pero mi acompañante detuvo mi brazo, diciéndome:

— ¡Calle V., hombre! Van á creer que es la policía.

Y dió un golpecito en la puerta, que se abrió, movida por un hombre mal encarado, que no nos preguntó cosa maldita, y á quien nosotros tampoco dijimos una palabra.

No dejó de inquietarme la advertencia de mi compañero; una casa donde se temia la llegada de la autoridad, no debia ser muy santa que digamos; pero decidido á ver lo que allí pasaba, me armé de resolucion, y marcialmente entré, siguiendo á mi mentor, que lo primero que hizo fué presentarme á seis ú ocho señoras que en una sala se entretenian honestamente, departiendo con varios señoritos, y oyendo al mismo tiempo los armoniosos sonidos de un piano bastante desafinado, cuyas teclas, movidas por la blanca mano de una señorita mayor de lo que está en el orden, halagaban el buen gusto músico de la selecta concurrencia con un wals del antiguo régimen, que nadie bailaba, porque wals como aquel no podia bailarse sin el calzon corto, la coleta, el sombrero de tres candiles, y el espadin atravesado por los riñones.

—¿Va V. á llevarme una *vaca*? preguntó una á mi compañero.

—Le llevaré á V. aunque sean tres...

—¡Calle! dije yo; esta señorita, ¿tiene ganado vacuno?...

—Esta señorita y yo nos entendemos.

Y era verdad que aquella señorita y él se entendian.

—Chico, le dijo uno que entró en aquel momento,

vengo de la otra *partida*, y he perdido en una *fragata* todo mi capital.

Compadecióme profundamente la desgracia de aquel náufrago, y llevado de mi amor al prójimo, le pregunté:

—¿Y se ha salvado la tripulación?

Mi compañero me tiró de la levita, y el de la *fragata*, sin contestar á mi pregunta, continuó:

—*Yo era rey*, porque es lo que más me gusta ser.

Híceme un poco atrás, eché una ojeada por aquel recinto, y me tenté la ropa para convencerme de que no estaba soñando; aquel hombre tenía facha de todo ménos de rey.

—Y eso, continuó, que me va mejor cuando soy *caballo*.

Separéme un poco más, temeroso de que aquel animal me arrimara un par de coces, y porque, áun concediendo que fuera hombre, como parecía, todas las señales eran de que tenía la razón vuelta del revés; no de otra manera se comprendía que deplorase no haber preferido el pesebre al trono.

Mi compañero se separó al fin de aquel orate, y tomando mi brazo me condujo á otro salón, donde había gran número de caballeros alrededor de una mesa larga, cubierta con un tapete verde, sobre la cual se veían bastantes monedas de oro y plata, y algunos billetes de banco.

En el centro se sentaban, uno enfrente de otro, dos caballeros, que alternativamente barajaban las cuarenta consabidas, y luego iban echando cartas

hasta salir una igual á otra de dos que tenian vueltas sobre la mesa; y entónces echaban mano al dinero puesto al lado de la una, y pagaban las *puestas* de la otra, dando por un duro dos, y dos onzas por una, y seis pesetas por doce reales, etc., etc.

Ya no quise saber más; saqué un duro del bolsillo, y, vueltas á colocar dos cartas sobre la mesa, púselo junto á un rey, que era más rey que aquel amigo de mi compañero.

—*Yo se lo llevo á V.*, me dijo un viejo que estaba sentado junto á uno de los que barajaban.

—¡Hombre, me gusta!... ¡Como si yo tuviera mi dinero para V.!...

—*Es que yo le mato á V.*, replicó el viejo cogiendo el duro.

—¿Usted á mí?... ¿Por qué?... Pues, hombre, ni en Sierra-Morena sucede lo que aquí...

Riéronse los circunstantes, y comenzó á tirar uno de los dos señores que he citado.

Salió la carta en que yo no habia puesto, y el viejo se guardó mi duro en el bolsillo.

Esto queria decir que yo habia tirado cinco pesetas á la calle.

Y volvió á comenzar la operacion.

Las cartas vueltas eran un *as* y un *dos*.

Saqué un napoleon, y lo puse al *as*: cuando el mozo que barajaba volvió la baraja para comenzar á tirar, apareció el *as*.

Y comenzó:

—*Treinta y entran.*

—Aquí, contestó uno muy gordo, que no hacia más que limpiarse el sudor, y que parecía sentir grandes emociones en el juego.

—*Medio duro; gana ocho reales.*

—¡Pues! Yo siempre cobro en *puerta*, dijo un andaluz con el sombrero sobre la oreja derecha, y que se entretenía en hacer sonar las monedas en la mano.

—¡Una peseta!

—¡Mia! exclamó un pollo, que para jugarla se la había pedido á otro.

—¡Un duro!

Este era el mio; puse la mano, y me dió el distribuidor de las ganancias, un duro y una peseta, diciéndome:

—*Casará.*

—¿Quién se casa? pregunté.

—Usted, me contestó.

—¡Yo! Hombre, vaya V. al cielo; yo no pienso en eso, ni pensaré en mucho tiempo.

—Pues le debo á V. medio duro, no tengo suelto.

—¡Ah! Bien, admito la deuda, pero rechazo el matrimonio.

Y vuelta á la misma faena.

Salieron un siete y un cinco.

—*El casado*, ¿á dónde va? preguntó el que barajaba, á quien oí llamar con asombro banquero.

—A donde lo lleva su mujer, contesté yo, y todos se rieron grandemente.

—¡Vaya al cinco! repuso, y puso un duro en el centro de la carta.

—*Echeme V. un siete*, exclamó uno que debía ser cesante, y que no sé por qué deseaba que le echasen un siete, pues tenía la capa llena de ellos.

—Es un *cinco*, dijo otro que detras del banquero no quitaba ojo de la baraja.

Y así fué:

—¡*Casado!* dijo el banquero, y nadie contestó. — Todos eran solteros, por lo visto.

—¡*Casado!* volvió á decir.

—¡Yo! contestó una voz, y salió de entre muchas una mano que se llevó el duro que el banquero quitó del centro del cinco.

Pagó todas las puestas, y como yo creia haber ganado diez reales con los diez que se me debian, pregunté:

—¿Y lo mio?

—Se ha pagado, contestó el banquero.

—Usted lo habrá pagado, pero yo no lo he cobrado.

—¿Quién ha cogido un *casado* que estaba aquí?

Profundo silencio.

—¡Otro *muerto!* dijo el que se sentaba en frente del banquero citado.

—El señor ha tomado un casado.

—Pues era del señor.

—No, señor, que el casado soy yo, se apresuró á decir el acusado;—que lo diga el señor, añadió señalándome á mí.

—Y yo, ¿qué sé? V. será casado, no lo niego; buen provecho le haga.

—Se acabó la cuestion, dijo el banquero, si el interesado se conforma; pero advierto que esta noche se han *levantado ya cuatro muertos*, y que en probando á uno que los levanta, se le echará á la calle.

Confíesote, lector benévolo, que desde que entré en aquella casa, no cesé un momento de sudar; aquella atmósfera me sofocaba; aquellos hombres me parecían locos escapados de sus jaulas, y reunidos allí por un capricho de la casualidad.

El uno decia que *era rey*, el otro á voz en grito exclamaba: *¡Soy caballo!* aquel preguntaba muy serio *¡Hay gallo?* y este se levantaba diendo *¡Otro talla!* y uno más allá gritaba *¡Burlote!* y uno aquí exclamaba *¡Quién me lleva una vaca?* y otro gritaba *¡Mamarán!* y todos hablaban á un tiempo, y una de las dueñas de la casa trataba de imponer silencio, y recomendaba que todas las cuestiones se decidiesen con la mayor brevedad posible, porque si no se *perdia* el tiempo;—y por lo visto lo que allí les convenia era que se *perdiera* el dinero.

Y no fué malo que me evitaron el triste espectáculo de ver levantar los cadáveres de los infelices á que aludia el hiperbólicamente llamado banquero, —porque nunca he tenido valor ni para hacer una sangría, y una vez que fui miliciano voluntario, por fuerza, y me pusieron de centinela en la Punta del Diamante, pasé un miedo que en dos meses no me salió el susto del cuerpo.

Pero cuando mi asombro llegó al extremo, fué cuando ví entrar en el salon y tomar asiento entre

aquellos hombres á todas las señoras y señoritas, que hasta aquel momento habian permanecido en la sala del piano. Sentáronse otros dos señores á *tallar*, segun me dijeron, lo que me hizo temer un instante que me obligaran á entrar en quinta, á pesar de haber pasado de la edad que la ley señala,—y todos los concurrentes, excepto algunos que habian ido sin dinero ó que allí lo habian dejado, se dispusieron otra vez á comenzar la escena que muy ligeramente he bosquejado, porque ahora,—que entran las señoras,—la pintaré con todos los detalles y con la posible exactitud.

Entre tanto, confieso que yo fuí allí uno de tantos, que tambien me dispuse á jugar el dinero, con el afan de duplicar, si era posible, mi capital, ilusion que arrastra infaliblemente á todos los que ponen el pié en una casa de juego, ilusion que llega á embaragar todas nuestras facultades, y que inutiliza á muchos hombres que, sin ella, no vivirian oscuros, miserables, y quizá despreciados y envilecidos.

El juego es un vicio tan arraigado en la sociedad moderna, que tengo completa evidencia de que,—no mis pobres observaciones y desautorizados consejos, sino todos los discursos de los más severos moralistas y toda la elocuencia de los oradores más respetables, no lograrían desterrar de entre los hombres un vicio, que es, casi podrá decirse, más temible que todos, porque él conduce infaliblemente á caer en los demas, y el hombre que no tiene fuerza de voluntad bastante para resistirle, llega generalmente á perder

todo sentimiento cristiano, toda idea generosa. La embriaguez del juego es la más repugnante, la más nociva; mata lenta, pero seguramente. Ved los jugadores de profesion, y en su rostro notareéis algo sombrío y siniestro que os hará tratarlos con cierta prevención; vereis cómo en su fisonomía se retrata fielmente su alma, y en ella podreis leer la duda, el descreimiento, la mala intencion, la avaricia, todas las pasiones, en fin, que nacen necesariamente del vicio que los domina.

¡Qué digno del aprecio de los hombres honrados seria el gobierno que con energía se dedicara á perseguir las casas de juego, que tanto abundan en España (1)!

Si es digno de compasion un hombre arrastrado por tan miserable pasion, una mujer víctima del mismo vicio es un ser tan repugnante, que no encuentro cosa, por deleznable que sea, con que compararla.

Es verdaderamente triste y desconsolador ver á la mujer, nacida para compañera y madre del hombre y guardadora de su hacienda, seguir, con la vista clavada en la baraja, el juego que da el banquero, y poner en prensa su inteligencia para averiguar si se dan *mayores ó menores, judias ó contra-judias*.

Y hay muchas mujeres dedicadas al juego con igual afan, con la misma aficion que si se tratara de cumplir una accion meritoria; mujeres que abando-

(1) No es esto decir que no abunden mucho más en el extranjero.

nan su casa y sus hijos para ir á que las *lleven una vaca*, que pasan en vela toda la noche, sentadas detras de la mesa del tapete verde, entre hombres desconocidos que no las guardan miramiento alguno, y que, no considerándolas bello sexo, no omiten los votos y las palabras obscenas y sacrílegas que les arrancan de los labios las alternativas y los azares del juego.

Alguno de mis lectores creerá pintado con exageracion este cuadro; yo le felicito de todo corazon, porque si así piensa, puede decirse con seguridad que no ha visitado aún una casa de juego, ó, para hablar con más propiedad, una *casa de cucas*. Dios le mantenga alejado siempre de esos focos de inmoralidad, conjunto de todos los vicios, y escollo de toda virtud.

La casa donde me presentó el huésped de mi patrona, era una de las más favorecidas por el bello sexo degenerado, de que forman parte las *cucas*.—A las once de la noche comenzaban á entrar las *señoras*, y allí se estaban regularmente hasta la hora en que las prosáicas, pero bendecidas mujeres de su casa, dejan el lecho, y despues de pedir á Dios larga vida y creciente prosperidad para sus maridos y sus hijos, comienzan á ocuparse en las faenas domésticas.

¿Y qué dirá el lector de las madres que llevan á sus hijas á tales casas, y las aficionan á las emociones del juego? Estrecha cuenta habrán de dar á Dios de los males que caerán sobre sus hijas, víctimas de su aficion al dinero, aficion que, si es peligrosa en

los hombres, lo es mucho más en las mujeres. — Poned si no en ese camino á la mujer más inocente y de mejor instinto, y á poco tiempo podreis apreciar la variacion que en su carácter se ha verificado, despues de acostumbrada á estar durante tres ó cuatro horas cada noche viendo la carta que viene, y contando las pesetas que pierde ó las que gana, y halagada con las ganancias que le proporciona alguna vez un duro que le regala uno de los tertulios, con la aparente intencion de hacerla un obsequio, y con la intencion evidente de cobrar en su dia el rédito.

Todas las *cucas* son personas de *clase*, como ellas dicen; la que no es viuda de un intendente, es hija de un brigadier, y la que no es brigadiera, no es ni un ochavo menos de coronela, ó huérfana de un magistrado... Ellas suelen tener buena pension, — que para eso trabajaron sus maridos ó sus padres, — pero regularmente, aunque la tienen ellas, quienes realmente la disfrutan son los prestamistas sobre pagas á las clases activas y pasivas, que á costa de las mujeres mani-rotas y amigas de andar majas y de broma y de jaleo, echan coche y se pasean tranquilos como si ganaran el dinero con el sudor de su frente, ocupados en un trabajo que reportara alguna utilidad á sus semejantes.

Quienes ganan el dinero con sudor, y aún con sudores, son las *cucas*; porque es mucho lo que las pobrecitas sudan, despues que han puesto la peseta ó el medio duro á una carta, en la duda de si vendrá la *mayor* ó la *menor*, ó si *quebrará* el juego, ó si el

banquero , que es hombre que la *maneja*, dará la *descargada*, ó si ganará en puerta la carta *donde van*, y no cobrarán más que ocho reales por diez, ó si seria mejor jugar *arriba y abajo*, porque malo ha de ser que se pierdan las dos, etc., etc.

Y si el banquero tira la carta que ellas han elegido, habian Vds. de ver qué satisfaccion se retrata en su rostro, y cómo abren los ojos, y alargan la mano para evitar que les *levanten un muerto*, y cómo gritan para llamar la atencion del banquero, y lograr que les paguen ántes que á los demas *puntos*, y cómo, cobrada la *puesta*, miran y remiran las monedas, y se las dan al mozo que se sienta á su lado para que las examine y diga en conciencia si son de buena ley, porque en caso contrario, hay que reclamar inmediatamente y no hacerse de miel, porque no es cosa de perder así á tontas y á locas un dinero que les ha costado su trabajo ganarlo.

—¿Y cuando pierden?—Entonces sí que sudan, amigo lector: siempre pierden sin deber haber perdido; siempre porque seguian á uno de los *puntos*, que habia dado *seis golpes* seguidos, ó porque la Faustina y doña Mariquita habian dicho que iba á salir la *cargada*, ó porque el banquero se habia equivocado, y en lugar de poner su dinero, como le dijeron, en la que gana, lo dejó en la que pierde, ó por cualquier otra causa, con la que se prueba su desgracia, y lo malo que es en el juego guiarse por otro, y no seguir la propia inspiracion.

Aficionado yo aquella noche, tomé asiento entre

dos señoras, una mayor y otra menor, ó, para hablar en los términos técnicos del vicio, una *judia* y otra *contra-judia*,—y ninguna buena cristiana,—y me dispuse á perder cuarenta duros que llevaba, ó ganar con ellos una cantidad que me pusiera en camino de llegar á ser más banquero que los dos tunos de marca mayor que tallaban.

—¡Talla de mil reales! exclamó uno de estos sentándose y echando sobre la mesa veinticinco duros y un billete de otros veinticinco.—Y pagó á la dueña de la casa cuatro duros, cantidad de tarifa, que cada uno de los que tallaban tenia que dar en pago del derecho de perder su dinero ó llevarse el de los demás,—que es lo más probable,—porque, como dice el refran, de Enero á Enero, el dinero es del banquero.

Ya ve el lector que la industria no deja de ser productiva, y que no vive del todo mal quien se dedica á fomentar el vicio proporcionando casa para que pueda ejercerse tranquilamente.

Trajeron dos barajas nuevas,—que hay gran abundancia de ellas en todas estas casas,—y despues de barajada una, exclamó el banquero.

—¿Quién corta?

—Yo, respondió una jamona con mucha papalina y con un ojo huero, añadiendo:—No tengo fé en el juego cuando corta D. José, porque siempre da el *entrés*.

Quedé tan enterado, como ella lo hubiera quedado oyendo leer en latin un trozo del *Heauntontimorumenos*.

D. José era amigo del huésped de mi patrona, quien me lo hizo conocer, diciéndome que era un capitán de reemplazo, que había venido pocos días ántes de un castillo, donde había estado por ser muy distraído, y un día se distrajo hasta tal punto, que se llevó por distracción parte de los fondos de la caja del regimiento.

—As y rey.

—Al *as*, dijo la jamona, y puso sobre el tapete tres pesetas. Pusieron sobre el *as* muchas cantidades, y la jamona murmuró:

—Ya no me gusta el *as*; es la *cargada*, y aquí hay que jugar á las *descargadas*.—Y despues de un momento de duda, añadió:—Tres pesetas del *as* se pasan al *rey*.

—*Van*, contestó el banquero, cambiándolas á gusto de la interesada.

Y salió el *as* inmediatamente.

—Las tres pesetas del *rey*, dijo la jamona, vuelven al *as*: he jugado al *rey* cuando el *as* estaba visto.

—No há lugar, respondió el banquero.

—¿Cómo que no? repuso la jamona...—Doña Gregoria (esta era la dueña de la casa), me han llevado tres pesetas de mala manera, porque el *as* estaba visto.

—¿Y qué quiere V. que yo le haga, doña Rosarito?

—Es que en ninguna parte sucede lo que aquí, y á una señora se la cree siempre.

—Pero, señora, si se ha pasado V. al *rey*...

—Lo que es V., las *ve venir* que es un gusto.

—¡Vaya, señora! váyase V. á hacer calceta, y no venga aquí, si no quiere arriesgarse á perder.

—Si tengo dicho que no me gusta jugar con V.... Siempre me *echa V. la llave*.

—Y así se debia hacer con todas las mujeres habladoras, replicó el banquero; encerrarlas bajo llave.

—Oiga V., á mí no me insulte V., porque aún no sabe V. con quién está tratando; porque yo soy una señora, ¿está V.? y si viviera mi marido, que tenia un genio que el demonio no le podia aguantar, y era intendente del ejército del Centro, puede que fuera usted atado codo con codo al Saladero...

—Señora, tome V. su dinero, y cállese V., y no vuelva V. á jugar, porque si sucede lo mismo otra vez, no respondo de mí.

—Amigo, como Vds. me buscan la lengua...

—¡Lástima que la encontremos!

Y se acabó la cuestion; aquella mujer armaba un escándalo cada vez que perdía, y para no oirla se le pagaba siempre, de manera que cuando ganaba ganaba, y cuando perdía ganaba tambien.

Continuó el juego.

Un *dos* y un *caballo* fueron las dos cartas vueltas sobre el tapete.

—¡*Soy dos!* exclamó una señora que, segun todas las señales, estaba en estado interesante, y puso un napoleon al *dos*.

Yo saqué un billete de doscientos reales y lo puse

al caballo. La suerte me favoreció; el caballo salió, y dupliqué mis diez duros.

—¡Jesus, qué suerte tiene V.! me dijo aquella mujer que era *dos*, y alargándome un napoleon, añadió:

—Tome V. este napoleon, y *déle V. tres golpes*.

Tomé la moneda, le dí sobre la mesa los tres golpes que me indicaba su dueña, y la devolví, lamentando no haberla triplicado, como ella esperaba, no sé por qué, con sólo darle los tres golpes.

Entónces me explicó que lo que deseaba era que la pusiera á la carta que me gustase, suponiendo la presunta madre que yo tenia buena mano, ó las veía venir, y que no dejaria de elevar la mísera cantidad de diez y nueve reales que me entregó, á la de doscientos, que era su *desideratum*.

Seguí jugando, y en un cuarto de hora llegué á reunir doscientos duros para mí, y trescientos reales para la señora en cinta, quien, apostrofando á su marido, que desde segundo término hacia tambien sus *puestas* de dos reales y una peseta, y perdía siempre, se deshizo en elogios de mi humilde persona, y hasta la oí cómo decia á doña Rosarito, que estaba á su lado:

—La mujer que tenga un marido con la suerte que ese caballero, ¿para qué quiere más día de fiesta? El mio parece tonto. ¡Jesus! Nò he visto hombre más desmanotado. Ya ve V., doña Rosarito, si sacáramos siquiera trescientos reales cada noche, con ellos y catorce que gana mi marido, podíamos ir tirando hasta

que se muera su tío, que es así (y cerraba el puño), y no quiere darle en vida un ochavo; pero sí, sí, no sé en qué está pensando que siempre viene á perder el dinero... Lo bueno que tiene es que nunca falta aquí un caballero que me *lleve una vaca*, ó preste á mi marido un par de duros; no crea V. que por él, sino por mí, porque saben la falta que nos hace, y porque les gusta verle rabiarse, pues como ha dado ahora en la tecla de ser celoso...

Muy mal efecto me hizo esta arenga de aquella mujer en vísperas de ser madre, que en tan poco aprecio tenía el buen nombre y la consideracion del infeliz que le habia dado su mano; pero, á la vista del tapete verde, todas las reflexiones morales, todas las buenas ideas son fugaces relámpagos, que brillan un momento y desaparecen, para que la imaginacion no se ocupe en otra cosa que en las eventualidades del juego.

Hablad allí de amor á una mujer jóven y hermosa, y os oirá como si oyera un discurso en aleman; pero no le digais una palabra de amor, y jugad para ella una cantidad vuestra, con la que consigais reunir otra bastante crecida, que luego pondreis en sus manos, y habeis logrado interesar su corazon mucho más que en dos años de protestas y juramentos, y lisonjas y paseos por delante de sus balcones.

Terminado el juego, ya podreis declararle vuestro atrevido pensamiento, en la seguridad de que no habeis de ser desdeñado: lo malo será que, con la misma facilidad que habeis conquistado su corazon, lo

conquistará la noche siguiente otro que le entregue tambien una cantidad regular, ganada con lo que llevaba destinado al sacrificio, en aras de la hermosura, y á fuer de caballero galante, y protector del adorable bello sexo.

Pronto llamó la atención del ilustrado concurso la constancia de la suerte en favorecerme; todos los ojos se clavaron en mí y en mi dinero que tenía delante, y los dos que tallaban comenzaron á mirarse uno á otro, y acabaron por pedir otras barajas, cosa que no dejó de inquietarme, pues temía que las hubiera hechas adrede para ganar ellos, y porque, según había oído decir al huésped de mi patrona, no falta en Madrid quien lleva *marcadas* las barajas, ó sabe *echar el pego*, ó hacer cualquier otro gatuperio de los inventados para quedarse impunemente con el dinero ajeno, que es la industria más alambicada en la sociedad moderna, en la que todos necesitamos dinero, lo mismo los que lo ganamos con el sudor de nuestra frente, que los que no tienen de dónde les venga, y viven cómoda y anchamente, sin oficio conocido, ni emolumento alguno de buena ley.

—Cuide V. no le den una *encerrona*, me dijo un caballero que se me acercó, porque los dos que tallan son muy *largos* y la *manejan* que es un gusto.

Díle las gracias por el aviso y la buena intención, y no pensaba darle más; pero con los mejores modos me manifestó que había perdido dos *fragatas* y cinco onzas, y que me agradecería mucho cuatro duros, en calidad de préstamo, para *desquitarse*; y yo, que nun-

ca he podido negar un favor, se los entregué con la mejor voluntad, cosa que cualquiera, en mi lugar, hubiera hecho tambien, porque aquel hombre, por su conversacion, sus modales y su traje, parecia todo un caballero.—Y lo era efectivamente, pero de industria, segun me dijeron despues, mostrándome su nombre en una citacion publicada en el *Diario de Avisos*.

Lo cierto fué que él se armó aquella noche con mis cuatro duros, y pudo consolarse de la pérdida iraginaría de las dos *fragatas* y las cinco onzas.

A pesar del cambio de barajas, la suerte continuó favoreciéndome, y al mismo tiempo que crecian las pilas de duros que yo tenia delante, disminuia notablemente el dinero de la *banca*, y los *banqueros* se miraban, como preguntándose qué harian para llevar otra vez al centro mi dinero y dejarme por puertas.

Levantóse uno de ellos, y como por distraccion, se llevó una de las barajas en la mano, y á poco volvió á salir de la pieza inmediata, donde entró con objeto de tomar el pañuelo que, lo habia dejado dentro del sombrero, sobre el piano.—En la mano traia la baraja que se llevó por distraccion.

—Mucho ojo, me dijo el huésped de mi patrona, y se puso detras del mozo de la baraja, que sudaba como un pollo, no sé si porque sudaba efectivamente, ó porque se habia humedecido el rostro para justificar la necesidad en que se vió de ir á buscar el pañuelo para limpiarse.

—Salieron un tres y un seis: puse mil reales al seis, y gané.

La banca agonizaba.

—No hay gallos, exclamó el banquero; lo que quería decir que no había más que el *albur*.

—Eso es, replicó doña Rosarito, para que yo no juegue.—A mí me gustan los *gallos*; hágame V. el favor de echar el *gallo*.

Pero no lo echaron.

Puse otros mil reales, y gané;—uno de los banqueros se tiraba de las puntas de los bigotes; el otro no hacía más que mirar al techo.

Puse dos mil reales á una sota contra un cuatro.

Comenzó á tirar el banquero, y no venía ni la una ni la otra carta.—Momentos de profundo silencio.—Todas las miradas estaban fijas en la baraja.

El banquero tiraba muy despacio, deteniéndose al descubrir las líneas de cada carta, y poniendo la mano donde tenía la baraja, de manera que los circunstantes no pudieran ver la carta que venía.

Salió el cuatro, y ya iba el banquero á apoderarse de mis dos mil reales, y de otras *puestas* de la carta desairada por la suerte, cuando apareció una mano que le asió fuertemente la suya; aquella mano era la del huésped de mi patrona, que con la otra cogió la baraja, y sin soltar al banquero estupefacto, fué repasando las cartas, hasta encontrar una sota pegada á un tres.

—Aquella sota estaba delante del cuatro, y el banquero había *echado el pego*, con la intencion pecaminosa de que yo perdiera mi dinero, y recobrarla *banca* su perdido esplendor.

Siguióse á esta una escena que no puede describirse; cuarenta manos, lo ménos, cayeron sobre la mesa, y recogieron el dinero que allí habia, incluso el resto de la banca; uno de los circunstantes dió un bastonazo á la lámpara, y la sala quedó á oscuras; las mujeres comenzaron á chillar; se agruparon á la puerta los jugadores, procurando cada cual salir lo más pronto posible; sonaron algunas bofetadas; doña Rosarito puso el grito en el cielo; la señora en cinta gritaba: «¡Pascual, Pascual!» que así se llamaba su marido. Y Pascual se ponía á cubierto, detras de una de las puertas, de los garrotazos que de cuando en cuando solian caer sobre alguno.

Cuando apareció la luz, traída por la señora de la casa, la mesa estaba completamente limpia; una de las *cucas* se habia puesto por capa el tapete verde; otra habia perdido en la refriega un camafeo, que de feo tenia el retrato de un teniente de la guardia real, marido que fué de la dueña de la alhaja; otra tenia suelto el cabello y partido en dos el rico peine de cuerno; uno de los caballeros apareció con la cara arañada y semejante á un mapamundi; otro habia perdido un faldon del inverosímil y raído frac, y además el reloj, que otro habria encontrado seguramente; otro reclamaba dos pesetas que tenia puestas á la sota; aquel que *me llevó* el primer duro que puse, amenzándome con *matarme*, habia perdido el bisoñe: el huésped de mi patrona, que habia recogido mis dos mil reales de sobre la mesa, vino á entregármelos honrada y noblemente, con la nariz y la boca en-

sangrentadas, el cabello en desórden, el rostro acardenalado, y todo el traje lleno de ladrillo y yeso: como él habia sido el que recogió mayor cantidad, sobre él cayeron todas las maros, y á él se asestaron todos los golpes.

Y todos hablaron á un tiempo, y todos dijeron que los habian robado, y ni los banqueros, ni el caballero que vino á decirme que se me preparaba una encerrona, y á pedirme los cuatro duros, parecieron vivos ni muertos.

La dueña de la casa nos manifestó lo mucho que deploraba aquel desagradable incidente, asegurándonos que era la primera vez que en una casa tan *acreditada* como la suya ocurría un lance de tan mala especie, y nos protestó una y mil veces que no volvería á ocurrir en lo sucesivo, y que, al efecto, adoptaría severas medidas, como la de prohibir la entrada en su casa á toda persona que no fuese presentada por otra de reconocidos y buenos antecedentes, etcétera, etc.

Yo salí ganando seis mil reales, que me pesaban en la conciencia como si detras de una esquina, ó en la soledad de un camino, se los hubiera arrancado á un honrado padre de familia.

Pero quienes hicieron su agosto aquella noche fueron las *cucas*, porque cuando se apagó la luz sus manos fueron las primeras que llegaron á las monedas que estaban sobre la mesa.

En la calle iban delante de mí, sin haberme visto, doña Rosarito, la señora en cinta y D. Pascual.

—Yo no pude coger más que diez duros, decía la primera.

—Saca el billete que te dí, y veremos de cuánto es, dijo á D. Pascual la señora que era *dos*.

—De quinientos, dijo D. Pascual.

—¡Qué suerte tienen Vds.! añadió doña Rosarito. Nunca encuentro yo esas gangas.

XX

Sigue el juego: gana y me pierdo.

A pesar de todos mis escrúpulos, á pesar de mis remordimientos, me sucedió lo que á todo aquel que gana la primera vez que juega: volví á jugar.

Y ahora que ya ha pasado mucho tiempo; ahora que no conservo de mis errores más que el recuerdo; ahora que creo que mi vida presente me purifica de mi vida pasada, no me avergüenza confesar que á los pocos dias de entrar con tan buen pié en el peor de

los vicios, desaparecieron mis escrúpulos, y calló en mi conciencia la voz del remordimiento.

Yo, como los demas, me acostumbé á embolsarme el dinero ajeno, y á que otro se embolsara á veces el mio; y hasta llegué á sospechar que no habia motivo de tener por inmoral el juego, y consideré perfectamente legítimas las ganancias y las pérdidas, fundándome en que cada ciudadano tiene el derecho de hacer de lo suyo lo que le parezca, y guardarlo ó tirarlo por la ventana, como mejor le acomode.

Entónces no sabia yo otra cosa, sino que unas veces ganaba y otras perdia; entónces no tenia la experiencia de que el dinero mejor ganado es el que se gana con el trabajo; que este dinero es el único que proporciona al hombre bienestar material y la tranquilidad de la conciencia; que de los padres que trabajan asidua y constantemente para sus hijos, nacen los hijos que trabajan despues para sus padres; que el padre que pasa largas noches de insomnio, siguiendo las alternativas del *monte*, y apurando, si se me permite la frase, su caduca inteligencia para calcular si *vendrá* ántes el cinco que el cuatro, ó el caballo que el rey, no tiene tiempo de educar á sus hijos, ni en su mente cabe otra idea que la que le arrastra á la mesa del tapete verde.

¡Qué dignos de compasion son la esposa y los hijos del jugador! El que habia de ser su protector, su más cariñoso amigo, es su enemigo más cruel.— Un bandido puede tener escondidos allá en el fondo

de la caverna donde se guarece, una mujer amada y unos hijos queridos, por quienes se avergüence alguna vez de su criminal profesion, por quienes esté resuelto á sacrificarse á toda hora; pero un jugador arrastrado por tan vil pasion, arrebatará la dote á la esposa, el patrimonio á los hijos, hará de modo que los que de él esperaban un porvenir tranquilo y seguro, tengan algun dia que acudirle á él mismo, si el trabajo les ha podido devolver lo que el vicio del padre y del esposo les arrebató, ó se vean abandonados á sí mismos y arrastrados en el camino que conduce á la miseria y al crimen.

Esta pintura parecerá exagerada; no lo es por cierto. En el mundo hay hartos ejemplos de lo contrario; entre nosotros viven muchas víctimas del juego; si el lector pudiera penetrar los secretos de muchas familias, que verá todos los dias y en todas partes, con profunda amargura veria los estragos hechos por esa deleznable pasion, y se alejaria con horror de algunos hombres, que serán responsables ante Dios, ya que no lo son ante la sociedad que los tolera, de graves daños, de vergonzosos hechos.

¡Cuánto más feliz vive el jornalero que trabaja desde la aurora hasta el crepúsculo, y gana para poder vivir y trabajar el dia siguiente, que el jugador que vuelve á su casa con los bolsillos llenos de billetes de banco! ¡Aquel ganará otra vez su jornal al dia siguiente; éste perderá lo que ganó la noche anterior, y tal vez vendrá á quitar á la esposa y á los hijos el pan de la boca para perderlo tambien! ¡Aquel

morirá bendecido por los suyos; éste se apartará de todos, y quizá morirá de todos abandonado, y en los brazos de la caridad! ¡Aquel no cometerá una acción indigna el día que el trabajo le falte; la fe y el temor de Dios fortalecerán su espíritu; éste no se detendrá en los medios que puedan proporcionarle modo de satisfacer su pasión! ¡Aquel dejará á sus hijos un nombre puro y honrado; éste dejará quizá un nombre tristemente célebre, que será para los que lo hereden un odioso sambenito.

.....

.....

Mi compañero de hospedaje conocia, como quien dice, á todo Madrid, y tenia en todas partes muy buenas relaciones; no sólo frecuentaba los garitos más peligrosos, sino tambien las casas más principales. Era uno de esos hombres que poseen lo que se llama *don de gentes*, que con todos simpatizaba, que sabia amoldarse á todos los caracteres; y con su ingenio, su gracia, su amena conversacion y su juventud y gallardía era buscado, halagado y aplaudido, así en la modesta reunion de la menesterosa viuda, que ofrecia á sus tertulios guitarra y sorbete liso, como en la aristocrática *soirée* de tal ó cual personaje amigo de lucir y alardear, haciendo ostencion de su riqueza.

Roman, que así se llamaba el huésped, era tan hábil en la guitarra como en el piano; cantaba con inimitable gracia unas playeras, tan fácilmente como la más delicada romanza de la ópera más patética del

repertorio. Entre valencianos hablaba como si hubiese nacido en Bocairente; entre andaluces, nadie le aventajaba en el donaire, y entre catalanes, no parecía sino que había pasado toda su vida en Ripoll ó en Mataró. El francés y el inglés le eran tan familiares como el castellano; hablaba de las más apartadas regiones como si las hubiera recorrido todas; sabía la vida y milagros de todos los hombres célebres; tenía, en fin, una erudición superficial, eso sí, pero agradabilísima para quien le escuchaba, y era extremado en todo, lo mismo en la esgrima que en el baile, en el billar como en el ajedrez. Era, en fin, un hombre necesario en sociedad; él sabía de todo, pero de todo ménos de lo que estudiaba; es decir, de lo que debía estudiar, y yo creo que al bueno de Roman alude una anécdota que voy á recordar.

Sucedió que el padre de un estudiante que cursaba las aulas universitarias en Madrid dos años hacia, vino de improviso á la córte, y se dedicó á ver, acompañado de su hijo, las cosas notables de la villa. Ya habían visto no pocas, cuando un día, pasando por la calle de San Bernardo, preguntó el anciano al aprovechado estudiante, señalando al edificio de la Universidad:—¿De quién es esa casa magnífica?...—No sé, contestó el hijo, pero lo preguntaré. Y en efecto, acercándose con su padre á un caballero, le preguntó; el caballero contestó sencillamente:—Este edificio es la Universidad.

Si no fué á Roman á quien le sucedió esto, debió sucederle á quien se le parecía muchísimo.

Roman me llevaba á todas partes, y debo confesar que su compañía me era sumamente agradable. Tenía entrada en todos los teatros, conocia á los actores, y especialmente á las actrices; no habia funcion notable para la que no tuviera billetes; en fin, ir con Roman era ver y conocer todo lo que hay en Madrid, averiguar los misterios de la villa, saber la historia de todos, y pasar la vida de la manera más entretenida y amena.

Esta noche, me dijo una tarde cuando estábamos comiendo, vamos á ir á casa de Fernandez.

—¿Y quién es ese señor? le pregunté.

—Un grande hombre; no tiene oficio conocido y vive como un magnate. Figúrese V. si será un hombre importante.

—Pero...

—En su casa se reúne gran número de mujeres hermosas; se juega, se comen los más hermosos pasteles trufados de Lhardy, los más delicados pasteles del Suizo, se toman los mejores quesitos, se bebe el más legítimo *Champagne*, y se fuman los vegueros más ricos de la Habana... ¿No le basta á V. eso?

—Bien; pero el Sr. Fernandez...

—¡Hombre! si me pregunta V. por el Sr. Fernandez, le diré que no sé de dónde le ha venido el dinero, pero presumo que de hacer picardías; no me importa; puede que un dia le veamos arruinado, ó sepamos que ha huido ó que está en el Saladero... Mientras esto no sucede, él tiene gusto en que vaya á su casa la gente á comer y á divertirse... ¿Por qué

no le hemos de dar ese gusto al pobre hombre?... Mas eso sí, él es un personaje; en la próxima legislatura será diputado, y ahora está muy empeñado en obtener una gran cruz... Y creo que la obtendrá, porque ya ve V. que un hombre que se gasta todos los sábados 8 ó 10.000 reales en procurar diversion á personas á quienes apénas conoce, no es un hombre vulgar, y merece que se le distinga de alguna manera. Esta noche iremos, y verá V. cómo se divierte; no coma V. mucho ahora, porque allí hay más apetitosos manjares, y sería lástima que no los hiciera usted los honores por habérselos hecho ántes á estos empedernidos garbanzos con que nos regala esta empedernida patrona.

—Y ese Sr. Fernandez, ¿es casado?...

—Sí, señor; es decir, yo no he visto su partida de casamiento, pero cuando él lo dice, verdad será. Su mujer es una buena mujer, muy adornada de joyas, como quien no está muy acostumbrada á poseerlas, que habla poco para que no se le escape algun *haiga* ó alguna otra palabra subversiva, gramaticalmente considerada.

—¿Y cómo hay que vestirse para ir á esa casa?

—¡Hombre! eso no se pregunta; el frac es de rigor. Las reuniones de los advenedizos, *parvenus*, que decimos en frances, siempre son de etiqueta. El señor Fernandez tendria un sentimiento si viera una levita entre los convidados, y la señora, ¡ah! la señora se escandalizaria y me haria graves cargos por haberme atrevido á presentar un caballero sin frac...

—Corriente: me pondré el frac.

A las nueve de la noche ya estaba yo vestido de punta en blanco, y fui al cuarto de Roman.

—¿Estoy bien? le pregunté.

—Sí, señor; los Sres. de Fernandez no tendrán nada que decir. Sólo le falta á V. una placa para hacer un efecto maravilloso.

Y media hora despues entrábamos mi compañero y yo en casa del Sr. Fernandez. Era una buena casa en la calle del Colmillo, —¡bonito nombre de calle!—y bien se conocia al penetrar en el piso principal que allí habia mucho dinero ó mucha trapisonda. El señor Fernandez me recibió con la mayor cordialidad; era el tal Fernandez un hombre de buena presencia, bastante ordinario, y á cien leguas revelaba su oscuro origen; su señora era una mujer hermosota, frescota, que no hubiera estado mal vendiendo fresa en los portales de Santa Cruz; pero que con aquellas blondas, aquel vestido escotado y todo aquel atavío parecia una máscara.

Hablé con el Sr. Fernandez, y supe, porque él me lo dijo, que habia estado en la Habana diez ó doce años, y allí habia tenido parte en ciertas empresas que, casualmente, fueron productivas. Despues he sabido que el Sr. Fernandez no hubiera hecho el negocio que hizo en América si no hubiese habido negros en el mundo.

La concurrencia no dejaba de ser distinguida; allí encontré varias personas conocidas; no faltaba algun baron con b, alguna marquesa viuda, algun coronel

retirado, varios poetas, cinco ó seis diputados, unos periodistas, que luego daban cuenta al asombrado mundo de las *soirées* de los Sres. de Fernandez, un par de bolsistas trapisondistas, para que hubiese de todo, y una buena coleccion de señoras y señoritas de buen aire, que daban gran atractivo y encanto á la reunion.

Verdaderamente se pasaba muy bien el tiempo en casa de los Sres. de Fernandez. Como ahora se dice, se *hacia música*, se bailaba, se charlaba, se tomaban deliciosos helados, se cenaba maravillosamente... se jugaba.

En verdad, digo á quien lea que á la media hora de hallarme en aquella casa, me parecia el Sr. Fernandez el hombre más simpático, y su mujer la señora más fina y distinguida del mundo.

Mi compañero de hospedaje vino á decirme que Fernandez y su mujer le habian dado las gracias por haberme presentado, y al mismo tiempo me comunicó la fausta nueva de que aquella noche debia hacer su aparicion en la *soirée* una dama hermosísima, recién llegada á Madrid, viuda de un mejicano, con quien habia casado en España tres años ántes, perdiéndole poco despues, porque habiendo tenido necesidad el venturoso marido de pasar á Méjico, á fin de realizar sus bienes y poner en órden sus asuntos para establecerse luego definitivamente en España, habia muerto en alta mar con todos sus compañeros de viaje, no por otra cosa, sino porque el buque se habia abierto como una granada, sepultándose en las turbulentas aguas con todo su contenido.

—Me dice la señora de Fernandez, añadió Roman, que es una mujer bellísima, que en siendo conocida en Madrid se la disputará toda la buena sociedad para que honre las principales casas.

—Ya tengo deseos de conocer ese prodigio de hermosura.

—Parece que excede la de esa señora á toda ponderacion. Y lo creo, porque cuando hasta las mujeres dicen que su hermosura es extremada...

—En efecto, es un dato para creer que esa mujer es de primer orden.

—Lo que me parece ménos creíble es lo que se cuenta de su estado. No tengo gran fe en la veracidad de esas viudas hermosas, víctimas de siniestros terrestres ó marítimos... Dan cada chasco... Pero, en fin, esperemos la aparicion de la deidad, y no la juzguemos ántes de conocerla. ¿Ha visto V, ya toda la casa? ¿No es verdad que está puesta con un lujo encantador?... Amigo, hay que confesar que el lujo es una gran cosa... Está uno tan bien en estas habitaciones de seda y oro, perfumadas, contemplando graciosas estatuas, primorosos cuadros, descansando con tanta comodidad en estas butacas... pisando estas blandas alfombras... ¿Cómo va V. á preguntar al dueño de todo esto, que todo lo pone á disposicion de V. con notable bizarría, el origen de su fortuna?... ¿Ha visto usted el gabinetito verde?...

—No.

—¡Ah! pues es lo mejor de la casa. Está bastante retirado del salon de baile, y del de conversacion, y

del comedor, y del fumadero, y allí sólo entran personas de gran confianza, los amigos íntimos; V. entrará.

—¿Y qué hay de notable en ese gabinete?

—Vamos, y lo verá V.

El gabinete verde era el sitio destinado al juego. Había allí siete ú ocho caballeros de buen aspecto, ya de edad madura, y otro que tallaba, á quien por la colocacion de la luz y tener la cabeza inclinada no pude ver la cara hasta despues.

Aquellos caballeros apénas se fijaron en mí; siguieron su juego silenciosamente.

Mi compañero me dijo:

—¿Está V. en fondos?...

—Sí, algo traigo, le contesté.

—Pues pruebe V. fortuna. Por lo que ví la otra noche, no deja V. de tener suerte.

Yo saqué un billete de quinientos, y lo puse á un caballo que venia galopando, y en efecto, llegó á la quinta carta.

El que tallaba pagó á los gananciosos, y al llegar á mí, levantó la cabeza, á tiempo que me daba un billete de mil, y mirándome, exclamó:

—¡Hombre!...

Y empezó á barajar.

Aquel hombre no era otro que D. Domingo Puertas, el antiguo lacayo, mayordomo, ayuda de cámara y, por último, administrador del infeliz aristócrata venido á ménos.

El miserable me habia reconocido.

—¿Conoce V. á D. Domingo? me dijo mi compañero.

—Sí... poco. ¿Qué hace en Madrid ese hombre?...

—¿Qué hace?... Una friolera. Ha tomado á su cargo varias obras del ayuntamiento, y dicen que está haciendo una gran fortuna. ¡Me parece que eso es hacer!

—Ya lo creo.

—Presumo que él y Fernandez, el espléndido dueño de esta casa, están unidos en los negocios. ¿No juega usted más?...

—Sí, vaya ese billete de mil á esa sota tan airosa. Y vino la sota enseguida.

D. Domingo me dió dos mil reales, sin mirarme, y yo los dejé junto á un rey de copas.

El rey estaba muy próximo, y me valió cuatro mil reales.

—Sigue la vena, me dijo Roman; aprovéchela V.

El seguía tambien mi juego, y ganaba.

A la media hora tenia yo mil duros, y D. Domingo decia de cuando en cuando:

—¡Hombre, hombre!...

Quise dar un golpe de efecto para contrariar á D. Domingo, á quien aborrecia desde que supe que habia sido amante favorecido de Soledad, y puse los mil duros á un dos.

—Mucho arrojó es ese, observó Roman.

D. Domingo exclamó otra vez:

—¡Hombre!

Pasó un minuto, y salió el dos: D. Domingo arrojó la baraja sobre la mesa, contando veinte billetes de mil, los puso sobre los míos, y se levantó, al mis-

mo tiempo que se abría la puerta del gabinete verde, y aparecían la dueña de la casa, otras dos señoras, y la peregrina hermosura de quien me había hablado con tanto encarecimiento mi compañero de hospedaje.

Era Soledad.

—Venimos á interrumpir á Vds. en su distraccion, dijo la señora de Fernandez.

—Nada de eso, contestó uno de los caballeros; ya hemos concluido por esta noche. D. Domingo, añadió señalando al ex-ayuda de cámara, no quiere más juego esta noche, porque le ha ido muy mal.

Soledad miró á D. Domingo, y en sus ojos brilló un momento la siniestra llama del odio.

—Hemos querido enseñar la casa, continuó la mujer de Fernandez, á esta señora, que nos honra esta noche por primera vez.

Soledad no me había visto aún.

Roman estaba embebecido contemplando á Soledad, cuya hermosura era verdaderamente deslumbradora.

—Compañero, ¡qué viuda! me dijo.

—¿Y quién ha sido el vencedor de D. Domingo esta noche? preguntó la dueña de la casa.

—Un jóven modesto y poco avezado á la lid, contestó jovialmente Roman, empujándome suavemente; este amigo que he tenido el honor de presentar á usted y á su esposo.

Soledad me vió, y no pudiendo sostener mi mirada, clavó los ojos en el suelo.

—Vamos, vamos al comedor, que ya son las dos,

y á las tres y media se bailará el cotillon. No olvidará Roman que nos ha prometido dirigirlo y disponer las figuras.

—No, señora, no lo olvido; soy director del cotillon por derecho propio.

Todos volvimos al salon, y reunidos á las señoras y á los caballeros que allí conversaban, nos dirigimos al comedor. Cada caballero ofreció el brazo á una dama; yo iba á ofrecerlo á la dueña de la casa; pero esta se apresuró á tomar el de Roman, y me hizo dar el mio á Soledad.

—¡Por Dios!... me dijo en voz baja Soledad, tomando mi brazo.

Que fué como decirme:—No me comprometa usted, no me descubra.

No sabia ella que en aquella famosa reunion el que más y el que ménos tambien tenia su historia y su interes en que no se conociera.

De esto hay mucho en el mundo.

—Nada tema V. de mí, le dije.

La mesa estaba magníficamente puesta, y aquello era *la mar*, como ahora se dice, de cosas riquísimas y apetitosas.

Yo no habia visto nunca un festin semejante.

Y tambien debo decir que nunca habia visto gente con mejor apetito, ó más bien con más desordenado apetito.

En poco tiempo desapareció casi todo lo que habia sobre la mesa.

Yo no comí mucho. Soledad estaba á mi lado, más

hermosa que nunca, y ella era toda mi preocupacion.

Nadie hubiera creído que era una superchería la historia de su pretendida viudez.

Dos personas habia allí que estaban en el secreto: D. Domingo y yo.

Soledad suponía fundadamente que D. Domingo callaría, porque también él tenía historia, y no se dignaba mirarle siquiera.

Todos estaban admirados de ver tan singular hermosura, y todos me envidiaban por haber tenido la dicha de colocarme al lado de la incomparable Soledad, que sólo conmigo hablaba, demostrando una preferencia que aquella gente no podía explicarse.

—Pues, señor, pensé, esta mujer me va á perder, porque, despues de tanto tiempo y de todo lo que ha pasado, estoy tan enamorado de esta mujer como el primer día.

Saltaron los tapones del Champagne, y los criados empezaron á servir las talladas elegantes copas.

Yo bebí mucho, lo confieso; bebí para aturdirme, para oscurecer mi vista y no ver los hermosos ojos de Soledad, para entorpecer mi cerebro, para no preocuparme de Soledad... pero ella no me dejó un momento; cuando terminó la cena volvió á tomar mi brazo para ir al salon, y me embriagaba con sus miradas, con su aliento, con sus palabras suaves... y yo sentía que se abrasaba mi cabeza, que mis sienes parecia que iban á estallar, y que por mis venas corría fuego vivo.

—Esta mujer es el mismo demonio, pensé.

Imponderable efecto causó en todos aquella nunca vista hermosura, y bien advertí que todos me miraban con cierto enojo, motivado por la preferencia que ella me concedía sobre todos.

Soledad hubiera sido una gran actriz; representaba su papel con notable perfeccion, y el mismo D. Domingo Puertas estaba asombrado de ver á su víctima.

Las señoras empezaban á preocuparse tambien del favor que me dispensaba Soledad, y enviaron á la dueña de la casa con objeto de averiguar algo. La señora de Fernandez se acercó á nosotros.

—Veo, nos dijo, que Vds. se conocian.

—Sí, señora, contesté; tuve hace tiempo el honor de conocer á esta señora fuera de Madrid, y he tenido un placer en volverla á ver.

Confío, añadió la emperegilada dama, que esta señora nos hará el honor de asistir á nuestras reuniones en adelante, sin faltar á ninguna.

—Yo seré la favorecida, contestó Soledad.

La señora de Fernandez me distrajo hablándome, con la evidente intencion de que los demas pudieran acercarse á Soledad, y al momento se vió esta rodeada de caballeros que solicitaban el honor de bailar con ella, y no tuvo más remedio que bailar con algunos.

Las señoras mayores reunieron capítulo mientras se bailaba, y convinieron todas en que era una coincidencia singular mi presentacion en la casa de Fernandez la misma noche en que la habia favorecido

por primera vez aquella hermosa, y sobre el caso interpelaron luego á mi amigo Roman, que protestó no tener antecedente alguno para sospechar que hubiera en todo ello más que una casualidad.

Y yo, viendo á Soledad bailando con otros, empecé á sentir, ¿lo diré?... celos, como si debiera inspirármelos una mujer de su condicion. Y era que se despertaba en mí aquel amor fatal que, en mala hora, me inspiró la doncella del piso segundo.

Cuando concluyó de bailar, volví á acercarme á ella; estaba celoso, y deseaba que nadie la hablase, que de nadie oyese lisonjas y galanterías. Pero los demas no estaban de humor de darme gusto, y todos á porfia la llenaban de piropos y floreos, miéntras á mí, tan excitado por el *Champagne* y por los ojos de aquella mujer endiablada, me llevaban todos los diablos...

D. Domingo Puertas, que habia estado hasta entonces en el hueco de uno de los balcones, viendo cómo bailaba Soledad, se acercó á mi, y con una risita irónica, me dijo:

—Amigo, V. no se acuerda ya de mí.

—O no quiero acordarme, le contesté.

—¿Todavía le sigue el enfado conmigo?... repuso

D. Domingo con sorna.

No conocia el hombre el estado de excitacion en que me hallaba, pues, á conocerlo, se hubiera guardado bien de venir con bromitas.

—Ya ve V., añadió, cómo ha progresado nuestra amiga Soledad; ahí la tiene V. volviendo locos á to-

dos esos jóvenes, y tan elegante como una marquesa. A V. creo que le gusta como ántes... ¿Me equivoco?...

—No tengo que dar á V. cuenta, le dije.

D. Domingo no conoció en mi acento y en mis ojos el estado en que me hallaba, y continuó:

—¡Hombre! haga V. lo que le dije en el pueblo; cátese V. con ella.

No pude contenerme; me olvidé de todas las conveniencias, de mí mismo, de mi amigo Roman, que me habia presentado en la casa, de todo, en fin, y pegué una tremenda bofetada á D. Domingo, quien lanzó un rugido y fué á arrojarse sobre mí. Detuviéronle el Sr. Fernandez y otros señores; las señoras se asustaron mucho, y únicamente Soledad permaneció serena en medio del salon, mirándome de una manera tan expresiva, que parecia como si con la mirada quisiera darme gracias por haber castigado al ex-ayuda de cámara.

—Dispensen Vds., señoras, murmuré... no he podido contenerme... siento haber cometido este exceso, olvidándome de que me hallaba en casa ajena, y donde he tenido el honor de ser presentado por una persona á quien estimo en mucho... Pero ese hombre se ha permitido decirme una inconveniencia, y no he sido dueño de mí.

—Caballero, me dijo la señora de Fernandez, despues de esta escena...

—Comprendo, señora...

Y me dirigí á la puerta del salon.

—Caballerito, me gritó el ex-ayuda de cámara, uos veremos.

Roman me siguió, y todos los convidados se dispusieron tambien á marcharse. Quedaron allí, sin embargo, dos señores, un periodista y un coronel retirado, á disposicion de D. Domingo, segun dijeron, presumiendo que éste querria enviarme un cartel de desafio, como cumple en casos tales á cumplidos caballeros.

En la puerta de la casa estaba yo con Roman, que me pedia explicaciones sobre el suceso, cuando bajó Soledad con la señora que la habia presentado en aquella reunion.

—Acompañaremos á estas señoras, dije á Roman, y ya hablaremos luego.

No le pareció mal á mi compañero, porque la hermosura de Soledad habia hecho en él profunda impresion; pero esta se apresuró á tomar mi brazo, y el bueno de Roman tuvo que contentarse con dar el suyo á la compañera, que no era fea, no, pero no valia tanto, físicamente considerada, como mi ángel malo.

Soledad me dió las gracias por la bofetada, y me dijo:

—Si le inspiro á V. algo más que desprecio, venga usted á verme, tengo mucho que contarle á V.

Llegamos á la calle del Caballero de Gracia, y Soledad y su amiga entraron en una casa de buena apariencia, que la segunda nos ofreció con mucha amabilidad.

Roman quiso preguntarme quién era Soledad, cómo la había conocido, por qué le había pegado la gran bofetada á D. Domingo, y otra porcion de cosas que tenia curiosidad de saber.

—Usted dispense, amigo mio, le dije, pero aunque quisiera, no puedo entrar en explicaciones; estoy aturdido, lleno de confusiones, mi cabeza arde, y temo que me va á dar un ataque cerebral. Déjeme usted dormir esta noche, y mañana hablaremos, si estoy mejor.

Pienso que Roman creyó que el *Champagne* se me había subido á la cabeza.

Y no diré yo que no fuera verdad.

XXI

De cómo faltó poco para hacerme personaje político.

Roman entró en mi habitacion á las doce del dia siguiente, deseoso de saber si me hallaba más sosegado, y curioso de conocer la historia de Soledad.

Yo estaba mejor en efecto; había dormido como un tronco.

—Amigo mio, me dijo Roman, ya estará V. pesa-
roso de lo que hizo anoche.

—¿De qué?... ¿De haber dado una bofetada á don
Domingo?... No, señor, no me pesa de ninguna ma-
nera.

—Habrá V. calculado las consecuencias...

—¿Y qué consecuencias ha de tener ese lance?...
Como no sea que se le hayan desvencijado las muelas
á D. Domingo.

—Tendrá V. que batirse.

—¿Con D. Domingo?... Déjeme V. reir.

—Es una persona de cierta posicion, y no creo
que sufra el ultraje que V. le infirió.

—Yo no me bato con ese tio.

—Pues, amigo mio, hace media hora han estado
aquí el baron de la Alameda y el jóven escritor don
Arturo Tijerillas, encargados de pedir á V. una sa-
tisfaccion. Tijerillas es amigo antiguo, y me ha di-
cho en confianza que les ha costado gran trabajo de-
cidir á D. Domingo á batirse; pero le han hecho las
reflexiones propias del caso, y á ellos ha encomen-
dado el asunto.

—Bien, hombre, bien; pues por mí no ha de que-
dar; pero me choca que D. Domingo quiera batirse, á
no ser á puñadas ó á palos.

—Pero ¿qué opinion tiene V. de ese caballero?...

—Mire V., lo primero es que no es tal caballero...

—Pues, ¿quién es ese hombre?

—Un tio; esto no quita que llegue á ser un per-
sonaje.

—Pero V. se bate; ¿no es verdad?

—Sí, señor, sí, me bato; precisamente tengo deseos de escarmentar á ese caballero.

—Entónces, yo me pondré de acuerdo con el baron y Tijerillas.

—Sí, sí, póngase V. de acuerdo. Pero mire usted que se me hace increíble que ese hombre quiera batirse; repito que él no sabe manejar más que los puños ó el garrote.

Mi amigo Roman, que era extremado en esto de arreglar lances de honor, salió seguidamente á buscar á los dos padrinos de D. Domingo, y arreglaron el lance, no para el dia siguiente, porque D. Domingo tenia que ir á Aranjuez á no sé qué subasta importante, sino para el otro, á las cinco de la mañana, en las inmediaciones del arroyo Abroñigal, un sitio muy bonito para matarse dos hombres en paz y en gracia del demonio.

Roman vino muy satisfecho á darme la fausta nueva, añadiendo que D. Domingo se habia manifestado poseido del mayor deseo de lavar con sangre la afrenta, y que el duelo se verificaria con sable, por haberlo decidido así los padrinos de mi poderoso adversario.

—Vamos, dije, D. Domingo se servirá del sable como de un palo. Tendria que ver que me rajase de arriba abajo; bien que yo procuraré rajarle ántes.

Roman quiso saber en seguida la historia de Soledad; pero yo aplacé prudentemente toda explicacion.

Mucho me preocupó la idea de ir á batirme con

aquel hombre y por una mujer como Soledad, pero no habia otro remedio; D. Domingo era á los ojos de todo el mundo un caballero, gracias á su dinero, y mi hidalguía me imponía la obligacion de callar el verdadero motivo de mi enojo con él.

Aquella tarde uno de los periódicos más leídos de Madrid traía un suelto concebido en estos términos:

«Se habla mucho en Madrid de un incidente desagradable ocurrido anoche en la reunion de los señores de F... tan conocidos y apreciados en la buena sociedad de la córte. Un caballero, que habia sido presentado por uno de los jóvenes más distinguidos de Madrid, conversando, creemos que sobre política, con el conocido y acaudalado D. D... P... levantó la mano y amenazó á éste. Parece que la cuestion será llevada al terreno de los caballeros.

«Este desagradable incidente interrumpió la animacion que reinaba en los salones de los señores de F... de donde se retiró la distinguida concurrencia lamentando que hayamos llegado á tiempo en que la pasion política presenta un carácter de efervescencia tan peligroso.

«Mucho celebraremos que el lance tenga una solucion satisfactoria.»

No pude ménos de reirme leyendo semejante noticia.

Fuí al Suizo, y allí encontré á Roman, rodeado de poetas, artistas, periodistas y hombres políticos que le pedian detalles del suceso, y yo fui el héroe aquella noche en el café.

Roman me presentó un buen número de amigos suyos, escritores, diputados, agentes de bolsa, gente toda visible y de campanillas.

Roman siguió la broma del periódico noticiero, y dijo que en efecto yo me había propasado con don Domingo á consecuencia de haber este dicho alguna frase injuriosa contra el gobierno de S. M. y señaladamente contra el presidente, un bizarro general.

Con este motivo felicitaronme muchos hombres públicos, y me hicieron todo género de ofrecimientos; un señor me propuso una plaza de redactor en su periódico ministerial, y cuando volví á casa aquella noche, me encontré una tarjeta del mismísimo Presidente del Consejo de ministros, á quien ya había llegado la noticia de mi heroísmo.

Vea V. qué de golpe y porrazo me hicieron personaje, y cómo el bárbaro de D. Domingo ascendió á la categoría de hombre político enemigo del gobierno.

En otra ocasion acaso hubiera aprovechado aquella coyuntura que se me presentaba, habria ido á visitar al ministro, y hubiera sacado por lo ménos una credencial; entónces no hice más que reirme.

Tenia pocos años, muchas ilusiones, y cuarenta mil reales en el bolsillo que habia ganado en casa de los señores de Fernandez. ¿Para qué necesitaba una posicion oficial? Para nada. Tener todo eso en aquella época, era para mí tener una fortuna enorme.

Parecerá mentira, pero más que todo eso me preocupaba en aquella ocasion saber cómo Soledad

habia cambiado de fortuna, con quién vivia, y qué se proponia haciéndose pasar por una señora viuda de un mejicano nada ménos.

El dia ántes del concertado combate con D. Domingo, fuí á ver á Soledad.

Soledad vivia, como he dicho, en un cuarto principal de la calle del Caballero de Gracia. Subí, tiré del llamador, y salió una criada.

—¿Están las señoras? pregunté.

—Está sola la señorita Soledad, me contestó.

Soledad habia ascendido.

—Pues pase V. recado.

Díjeme mi nombre, y al momento me hizo pasar y tomar asiento.

Soledad me recibió con gran alegría.

Estaba muy satisfecha de la bofetada que le dí á don Domingo.

Me hizo sentar á su lado, se informó con el mayor interés de la salud de mi madre, y comenzó á explicarme lo que yo queria saber.

El frances no se habia casado con ella; convencido de que Soledad habia sido mala madre, habia pensado que no podria ser buena esposa.

Soledad, al recordar este terrible episodio de su vida, derramó algunas lágrimas, no sé si de rabia ó de arrepentimiento. He de inclinarme á lo último, porque no puedo comprender que exista mujer alguna que, habiendo sido madre y habiendo perdido á su hijo como Soledad lo perdió, no sienta algo en su corazon al recordar su desventura.

El frances se habia vuelto á Francia; ella no sabia qué hacer.

Ya no se acomodaba á seguir en aquella honrada casa donde pasó los primeros años de su vida considerada como si fuera de la familia; allí sabian sus aventuras.

En tal tribulacion, y cuando ya tenia poquísimos recursos, recordó que conocia á una señora muy distinguida, amiga en algun tiempo de la familia con quien ella habia vivido, y que era mujer de gran travesura y que la habia manifestado mucho afecto. Esta señora habia dejado de visitar la casa, porque llegó á notar que el padre no gustaba de que sus hijas conversaran con ella, temeroso, sin duda, y con fundamento, de que su conversacion no fuera la más conveniente para niñas bien educadas.

No era que Rosita, que así se llamaba la viuda, fuera mujer de equívoca conducta, pero, sin dejar de ser una señora de juicio, sabia tanto de mundo, hablaba con tanto desparpajo, y tenia tales ideas de independenciam y libertad, que no debia parecer extraño que un padre evitase la intimidad entre ella y sus hijas.

Rosita era viuda de un coronel, andaluza, de treinta y tantos años, más graciosa que hermosa, y alegre como unas castañuelas.

Conocia á todo el mundo, se metia en todas partes, averiguaba la vida y milagros de todos, comia siempre en casa ajena, no perdía reunion, *soirées* ó baile, se burlaba de todo bicho viviente, no tenia in-

conveniente en poner cinco duros á un *as*, y en fin, pasaba la vida más divertida que se pueden ustedes imaginar.

A esta señora acudió Soledad, refirióle sus cuitas, que no le sorprendieron de ninguna manera, y le pidió consejo. Rosita era muy indulgente, y alentó á Soledad, ofreciéndole su casa. Conocida la historia de Soledad, la imaginacion de la viuda inventó en seguida otra que le sirviera para introducir en la sociedad á la menesterosa doncella, y burlarse de la sociedad, porque Rosita conocia perfectamente la que frecuentaba, y no tenia de ella la mejor opinion, por cierto. La idea de hacer pasar á Soledad por una señora distinguidísima, le divertía mucho, y si lograba casarla con algun personaje, con un general viejo, por ejemplo, ¿qué más podia hacer por ella?..

Rosita tenia entretenimiento para algun tiempo.

Esto deduje de los informes que me dió Soledad acerca del interes que por ella habia tomado la viuda, y de la pintura que me hizo del carácter alegre de esta señora.

La suerte habia venido á unir más á la viuda y á Soledad.

Poseía esta, cuando fué á visitar á la viuda, muy escasos recursos, y habiendo propuesto Rosita que entre las dos pusieran diez duros á la lotería, y aceptado Soledad este medio tan inseguro de adquirir dinero, sucedió que la caprichosa fortuna les favoreció con un premio de diez mil duros. Tenian, pues, un

capital que les podia ayudar grandemente en la superchería que intentaban.

Esto me dijo Soledad, y añadió:

—A V. nada le oculto; V. ha sido bueno conmigo, y yo le estoy á V. agradecida. Es acaso el único sentimiento que ha quedado en mi corazón. Sé que usted me desprecia, pero no importa; yo debo sufrir ese desprecio. Usted me quiso, y yo hice mal en no responder al cariño desinteresado, entusiasta, apasionado de V... Mi egoísmo me entregó á un hombre indigno, á un miserable... ¿Qué he de conseguir yo en el mundo ya, como no sea á favor de una superchería?...

—Estoy asombrado de la travesura de su amiga de V.

—Es mucho su ingenio, y voy creyendo que va á conseguir casarme, como dice, con algun distinguido personaje, añadió Soledad con una triste y amarga sonrisa.

Y en verdad que no tendria nada de extraño que aquella mujer volviese loco á quien no conociera su historia, porque yo que la conocia, estaba á punto de arrojarme á sus piés, pidiéndola que me amase. Tal era el influjo de aquella soberana hermosura.

Oportunamente llegó la viuda; si tarda más, ¿quién sabe lo que le hubiera dicho á Soledad?...

La viuda sabia ya quién era yo; Soledad se lo habia contado todo, ménos la escena en la Inclusa cuando fuimos á buscar á su hijo, y se manifestó muy amable conmigo, y habló por los codos con sin igual

donaire, y me confirmó lo que Soledad me había dicho acerca de sus deseos de casarla.

—Si ella sigue mis consejos, añadió, todavía puede hacer una suerte loca. Este mundo es una farsa hijo, y cada uno hace su papel.

—Efectivamente.

—Ya la tiene V. metida en esto que se llama el gran mundo. Ahora á ella le toca hacer de modo que fije su porvenir. Anoche hizo un efecto prodigioso en casa de Fernandez, y no se habla de otra cosa en Madrid. Hoy he estado de visitas, y ya me han dicho en varias partes que la lleve... en casa de la generala Metralla, en la de las chicas de Romerillo, en la de la viuda de Ardilla, en la de los marqueses de la Amapola... Le digo á V. que la viuda del mejicano va á dar que hacer en Madrid... Pero me han dicho que tiene V. un desafío pendiente con D. Domingo Puer-tas... ¿es verdad?

—¡Un desafío!... se apresuró á decir Soledad.

—No, señora, no, ¿cómo se ha de batir un hombre como ese?...

—Eso he dicho yo; debe ser más cobarde que la noche.

—Nada, no hay nada de eso.

—Me alegro. También se habla mucho del lance de anoche entre V. y ese hombre.

La sociedad se conoce que tiene poco en qué ocuparse cuando se preocupa de cosas tan nimias.

—Pues en todo es lo mismo; esas cosas nimias son las que fijan la atención de la sociedad; hay una gran

indiferencia para todo lo que no sea escándalo, chismografía, farsa. La sociedad es así; yo me rio mucho de ella. Pero vamos á otra cosa; esta noche le espero á V.; vendrán algunas amigas que desean conocer á mi protegida, á la viuda del mejicano... ¡Ja! ¡ja! ¡No es verdad que tiene gracia que todo Madrid se preocupé de una mujer porque se la ha vestido con elegancia y se ha hecho correr la noticia de que su marido se ahogó?...

En aquel momento entró la criada, y dijo á la viuda que la esperaban.

—¿Quién es?... Este caballero es de confianza, observó Rosita.

—Es la modista.

—¡Ah! que entre; viene por el raso para los dos vestidos que nos vamos á hacer, Soledad.

—Sobre aquella silla está, dijo esta.

Y entró en la sala, llena de humildad, de modestia, mi amiga Cármen.

—Acérquese V., exclamó la viuda.

Cármen se acercó, levantó los ojos, y me vió.

Se puso lívida.

—Acérquese V. más, hija, continuó la viuda; mi amiga, la señora de Pardillo, me ha dicho que tiene usted unas manos primorosas...

Cármen no contestó; habia fijado una mirada profunda en Soledad, que estaba á mi lado; una mirada terrible.

—Hija, con V. estoy hablando, añadió con desabrido acento Rosita.

—Pues yo... señora... murmuró con temblorosa voz Cármen... no puedo hacer... por ahora... no puedo encargarme...

—Es singular; entónces, ¿á qué ha venido V.?...

—A eso... á decir que no puedo.

—¡Jesus! No he visto otra.

—Ustedes dispensen... si no puedo.

—Vaya V. con Dios. Para esto podia V. haber excusado venir.

—Es verdad, dijo Cármen con un acento de profunda tristeza.

Y se dirigió á la puerta.

—Esa modista debe ser loca, observó Rosita.

—Es raro, añadió Soledad.

Yo me apresuré á despedirme, prometiendo á la viuda volver á la reunion de la noche.

Cuando salí á la calle, no ví á Cármen.

XXII

De cómo me arrimaron una paliza.

No encontré á Cármen en la calle, pero fui á su casa, deseoso de explicarle mi presencia en la de la viuda.

Aquella mirada que dirigió á Soledad al verla sentada al lado mio, me reveló claramente los sentimientos de la virtuosísima jóven. Indudablemente me amaba, y viéndome en casa de aquellas señoras, una de ellas sobre toda ponderacion hermosa, se habia encendido en su corazon la llama de los celos, y acaso hasta entónces no se habia explicado ella misma su amor.

Corrí á su casa; ya no vivia allí.

Pregunté á los vecinos, y sólo me supieron decir que se habia trasladado á un cuartito de la calle de Jacometrezo, pero todos habian olvidado el número

de la casa. Las circunstancias habian sido favorables á las dos hermanas, que, despnes de tantas andanzas, lograron mucho trabajo y más productivo.

Ocioso parece decir que todos los vecinos se manifestaron muy satisfechos de la prosperidad de las dos hermanas, aunque sintiendo que hubiesen abandonado aquella casa, donde tanto tiempo habian vivido, sirviendo de consuelo y amparo, en la escasa medida de sus recursos, á cuantos necesitaban auxilio.

—Mire V., me dijo la mujer del tambor mayor, desde que se han ido parece que nos ha caido una maldicion. Mi marido está en el hospital militar con una ictericia, que tarde será cuando pueda él lucir la gorra de pelo por esas calles; al Sr. Paco, el sastre, se le ha escapado la mujer con un ciego más malo que Cain; á la Sra. Rufina le cayó encima el otro dia en la calle de San Vicente un tiesto, y todavía está en la Casa de Socorro, y por último, á Gilito, el chico más listo del barrio, que se iba á casar con la Tomasa, le han *acumulado* una muerte que hubo el otro dia en Chamberí, y en la cárcel me lo tienen preso, que Dios nos libre de una mala voluntad y un testigo falso.

Sintiendo mucho las desgracias de aquella honrada vecindad, me despedí de los vecinos de mis amigas, y me dirigí á averiguar el paradero de Carmen.

No lo pude averiguar aquel dia.

En casa encontré, á la hora de la comida, á Roman, que me dijo:

—¿Conque mañana á las cinco?...

—Sí, sí, ya sé: mañana á las cinco el duelo.

—¿Ha hecho V. algun ejercicio de sable?

—No me ha ocurrido semejante cosa.

—Pues Tijerillas me ha dicho que D. Domingo le dijo ayer que esta noche piensa pasarla aprendiendo golpes, cuchilladas, estocadas infalibles, etc.

—Hace bien. Pues yo hasta mañana no hago ningun ejercicio.

—Mucha confianza tiene V.

—Sí, señor, mucha.

—¿Y la señora del mejicano?... Ya habrá V. visto que el periódico en que escribe Tijerillas habla de ella con gran encomio.

—No, no he visto.

—Pues vea V., vea esa *Revista de salones*.

—A ver, á ver.

Así decia el revistero:

«Las reuniones de los amables señores de Fernandez continúan tan brillantes como de costumbre. Las más distinguidas damas de la buena sociedad se dan cita los sábados en los salones de la calle del Colmillo, y atraen á aquella mansion encantadora á todo lo más notable del sexo feo en armas, letras, ciencias y nobleza.

»En la última reunion tuvimos una agradabilísima sorpresa: la de conocer á una hermosa señora, viuda de un opulento mejicano, que por primera vez se presenta en la sociedad madrileña, despues de cumplido el luto por su venturoso y desventurado esposo:

venturoso, por haber sido dueño de tan singular hermosura; desventurado, por haber muerto cuando era tan feliz...

—¡Qué ingenio de periodista! exclamé.

—Tijerillas escribe muy bien esas cosas. Continúe usted:

«No podemos pintar la impresion que produjo en todos la presencia de la que pronto será la reina de la moda y del buen tono en Madrid. Su hermosura, su distincion, su ingenio, su elegancia, su aire noble y digno, su amabilidad cautivaron todos los corazones, y le aseguraron la amistad más leal de cuantas personas tuvieron la dicha de conversar con ella algunos momentos. La hermosa viuda obtuvo el triunfo más completo y legítimo, y los señores de Fernandez pueden estar orgullosos de haber sido los primeros á quienes ha favorecido tan distinguida señora.»

—¿Qué le parece á V.?.. me preguntó Roman, terminada la lectura de aquel trozo escogido de la literatura de Tijerillas.

—Me parece asombroso.

—Su amiga de V. será dentro de poco la preocupacion de todo Madrid. Verdaderamente tiene V. una suerte loca; juega, y gana; se le presenta á V. ocasion de un duelo, y todos dan á ese duelo carácter político, que le da á V. una gran importancia; y, por último, es V. amigo íntimo, al parecer, de la mujer que está á punto de ser, como dice Tijerillas en su Revista, la reina de la moda y de los salones. Sólo

falta ahora que mañana deje V. en el sitio á D. Domingo, y entónces tiene V. hecha su suerte. Podrá usted hacer impunemente cuanto quiera; nadie extrañará que suba V. á elevadas posiciones; será usted hombre político considerado y hasta mimado, y ¿quién sabe á dónde le llevará á V. la fortuna?... Con un hombre que pega, que lo acredita escarmentando á uno en el campo del honor, nadie se atreve; V. hará su camino, sin que nadie sea osado á zaherirle y á morderle...

—Muy felices me las promete V.

—Y será V., dispense que se lo diga, un tonto si no aprovecha las circunstancias.

Esta es la gran ciencia que hay que aprender en el mundo.

—Puede que tenga V. razon.

—¿Cuándo vamos á visitar á la viuda? me preguntó Roman.

—Mañana, despues del duelo, si ese hombre no me parte.

Roman tenia deseos de volver á ver á Soledad, pero yo no queria que la viese. Sucedíame que no queria amar á aquella mujer, y sin embargo tampoco queria que ningun otro la amase, y sobre todo que ella amase á otro... Pero, ¿podia ella amar á alguien?

Fuíme, pues, solo aquella noche á casa de Soledad, y allí conocí á algunas amigas de la coronela, entre las cuales habia curiosísimos tipos. Allí conocí á una señora que habia tenido diez y seis hijos, y

acababa de separarse de su esposo porque sus caracteres eran enteramente opuestos; á tres hermanas solteras, para las cuales no habia honra, ni virtud, ni matrimonio bien avenido en el mundo; á una marquesa que, teniendo una gran fortuna, habia tenido gusto en gastársela casi por completo en un pleito que sostenia veinte años hacia con el Estado sobre no sé qué insignificante carga de justicia; á la viuda de un escribano del crimen que se habia hecho rica en poco tiempo haciendo jugadas de Bolsa; es decir, facilitando su dinero para que las hiciera en su nombre un cuñado suyo, grande práctico en operaciones bursátiles, pero temia que tambien el cuñado la hiciera pobre más fácilmente que la habia hecho rica, pues hacia un mes que no se le encontraba por ninguna parte, y se creia que se habia ausentado de Madrid, llevándose todos los títulos, obligaciones, bonos, cupones, etc., etc., de su estimadísima cuñada...

Cuando salí de casa de Soledad eran las doce de la noche, y Madrid estaba cubierto de nieve.

No habia en la calle alma viviente; á lo ménos, no ví á nadie.

Tomé la calle del Caballero de Gracia arriba con direccion á la de Jacometrezo, pensando que la mañana siguiente estaria muy hermosa para quedarse tieso, y renegando de D. Domingo y deseándole una pulmonía fulminante. Al llegar á la esquina de la primera de las citadas calles ví unos hombres que parecia que salian de la de Hortaleza, y siguieron el mismo camino que yo.

No podía yo sospechar que aquellos hombres me estaban esperando.

Seguí tranquilamente por la calle de Jacometrezo, andando con todo el cuidado necesario, hallándose el piso con una cuarta de nieve, y al llegar á la esquina de la calle de Chinchilla sentí un violento empujón y caí embozado en la capa, en medio de la nieve, y acto continuo llovieron sobre mí los estacazos que me descargaron aquellos hombres que habían venido siguiéndome desde la esquina de la calle de Hortaleza.

Yo quise levantarme, pero no podía; la nieve y la capa me lo impedían, y sobre todo los tremendos palos que caían sobre mis espaldas y mi cabeza.

Dí voces, y los agresores, suponiendo que ya estaba bien molido y maltrecho, diéronse á correr.

A mis voces acudieron serenos, que me levantaron.

—Tiene una herida muy grande en la cabeza, dijo uno de ellos.

—Le han muerto, observó otro, sin duda para tranquilizarme.

Y no me acuerdo de más.

La pérdida de sangre, el frío de la noche, la conmoción general de mi sistema nervioso me produjeron un desmayo.

Los serenos me recibieron en sus compasivos y fuertes brazos.

XXIII

Quince días de cama.

Cuatro días después de la noche en que recibí la tremenda paliza, tuve con Carmen, la virtuosa costurera, la conversacion que voy á copiar, la cual explicará lo sucedido, por si al lector le interesa saberlo.

—Ha dicho el médico que está V. mejor, pero que no es conveniente hablar á V. mucho; ese cerebro está aún muy débil.

—Pues, hija mía, yo necesito saber lo que ha pasado, y crea V. que me haria mucho más daño la incertidumbre.

—Pero...

—Cuéntemelo V. todo. Únicamente sé que estoy en casa de V., en la honrada y bendecida casa de la más noble y piadosa de las mujeres...

—¡Eh! Poco á poco, basta de entusiasmo. Si empieza V. así, le dejo á V. solito y me voy.

—Esa amenaza basta para que no diga una palabra. Cuénteme V. lo que quiero saber.

—Pues, amigo mio, cuando V. á las tantas de la noche venia, Dios sabe de dónde, expuesto á un lance como el que le sucedió, estábamos mi hermanita y yo cosiendo en la salita; oimos voces que pedian socorro; abrimos la ventana, y vimos que por la calle de Chinchilla, que está enfrente de esta casa, corrian unos hombres, á tiempo que venian los serenos en auxilio de V. La Providencia, sin duda, me inspiró; yo no podia presumir que era V. el herido; la voz de usted en aquel instante no era la dulce y serena que siempre le hemos oido, y, sin embargo, sentia yo un afan, una inquietud inexplicables, como si me dijeran que la persona que sufría en medio de la nieve, delante de nuestra casa, necesitaba mi auxilio. Cogí la luz, bajé á la calle, y encontré á V. en los brazos de los serenos. Dije que le conocia á V., que vivia usted aquí, qué se yo lo que dije; el caso fué que los serenos, en vista de la aparente gravedad del estado en que V. se hallaba, le subieron á V. á este cuarto, le desnudaron y le dejaron en este lecho. Esto es lo sucedido.

—Bendigo á la Providencia, que tan oportuno socorro me deparó.

—Luego vino el médico, vino el juez, ha venido mucha gente; me han tomado declaraciones, y yo, más serena, he dicho la verdad, toda la verdad.

—Es V. un ángel, Cármen.

—Que ya he dicho que está prohibido entusiasmarse. Ha de saber V., señor calavera, que ha estado usted muy malito; el día siguiente á la noche en que fué V. tan bárbara y cobardemente acometido, creímos que habia llegado para V. la última hora. Tuvo usted fuertes convulsiones, un penoso delirio, y todos los síntomas de mayor peligro.

—La Providencia, que me ha favorecido tanto en mi desgracia, no podia abandonarme.

—Tengo unas ganas de que se ponga V. bueno...

—¿Por qué?...

—En primer lugar, porque deseo ver á V. fuera de todo peligro, y luego que me explique V. lo que sepa ó presuma acerca de la agresion de que fué objeto, porque dicen unas cosas...

—¿Qué dicen?...

—Que salia V. de mi casa cuando fué acometido.

—¿Qué disparate! Yo probaré...

—Hasta los periódicos han hablado de V. y de mí.

—¿Y V. los ha visto?...

—No ha faltado persona que me los haga ver. Las malas nuevas siempre tienen mensajero...

—Cuánto siento que por mí...

—¿Qué quiere V. decir?

—Que por mí haya V. tenido algun pesar...

—Por V. no, amigo mio; por la malicia de la gente, que en todo ha de ver el mal, y que cuando puede apoderarse de una honra inmaculada, se complace en hacerla girones.

--Cármén, es preciso que yo salga de esta casa y vaya á la mia.

--Imposible.

--No puedo permitir que se crea...

--Que se crea lo que se quiera... A mí me basta la satisfaccion de mi conciencia sin mancha. Ví que en la calle, en medio de la noche, habia una persona que sufría, y corrí á prestarle socorro. Esta accion, sencilla y natural en quien tiene cristianos sentimientos, me ha valido que la calumnia haga presa en mí... ¿Cree V. que me importa? No; lo que me importa es hacer bien y que Dios lo sepa.—Pero ya hemos hablado bastante hoy, amigo mio; el médico lo ha prohibido...

--Pero...

--Ahora á descansar un poco... Voy á cerrar esta ventanita, y á ver cómo lleva la costura mi hermana. La pobrecita trabaja ahora más que yo.

--No se vaya V., Cármén.

--Sí, señor; es preciso.

Y salió, dejando cerradas la ventana y la puerta.

--Es necesario, pensé, salir de esta casa y trasladarme á la mia; aquí estoy causando un gran trastorno, además de que la gente murmura, y yo no puedo consentir... Necesito desmentir la calumnia, necesito hacer ver que Cármén, la pobre costurera, á quien acaso suponen entregada al vicio, es un ángel, una mujer honrada y virtuosa, digna del respeto, de la admiracion de todo el mundo.

Quise vestirme para salir de aquella casa inmedia-

tamente, y probé á incorporarme en el lecho. Era imposible.

Sentí agudísimos dolores en todo mi cuerpo, y hubiera empezado á lanzar gritos, si no hubiese temido ser considerado como poco sufrido.

Estaba completamente postrado, y no me podía mover de la cama.

—No tuve más remedio que renunciar á salir de aquella casa.

Y empecé á pensar en lo que me habia sucedido. Pero mi cabeza no estaba para pensar.

Procuraba en vano recordar; atropellábanse en mi cerebro las ideas más extrañas, y por más que hacia para ordenarlas y fijarlas, me era de todo punto imposible.

Habia sufrido una violentísima conmocion en todo mi organismo, y me faltaba poco para volverme loco.

Por fortuna, quedé sumido en un dulce sopor, que no sé cuánto duró.

El dia siguiente estaba mucho mejor de la cabeza.

Pero cuando me queria mover en la cama, sentia en todas las articulaciones unos dolores de primera categoría. Era evidente que me habian deslomado, como se dice vulgarmente, los que me sacudieron los garrotazos.

Cármén estuvo mucho tiempo á la cabecera de mi cama, muy contenta con la mejoría que yo experimentaba.

El escribano que entendia en la causa que se instruía en averiguacion de quiénes podrian ser los

que me dieron los palos, vino á tomarme la correspondiente declaracion.

El mamotreto que trajo consigo tenia ya unas ochocientas fojas, y no sé qué diablos se habria escrito en aquella resma de papel, donde cabia muy anchamente la Biblia.

—¿Y se ha descubierto algo? pregunté al escribano?

—No, señor; falta la declaracion de V., que debe ser importante, y arrojar luz sobre el suceso. ¿Usted salia de esta casa?... Eso es lo que todo el mundo ha declarado, ménos la señora que vive aquí, lo cual no tiene nada de particular, porque al fin...

—Poco á poco, señor escribano. Todos los que han declarado que yo salia de esta casa cuando fuí acometido, han mentido, y se puede decir que á sabiendas, porque á ninguno le constaba lo que daba como cierto. La virtuosa jóven dueña de esta casa es la única que ha dicho la verdad.

—Vea V., caballero, lo que dice. Es natural que usted quiera poner en buen lugar á esa jóven: pero la justicia no entiende de esas caballerosidades. Además, no es ningun delito que V. sea el amigo íntimo, uno de los amigos íntimos, de la costurera...

—Señor escribano, V. debe alegrarse mucho de que me hayan derrengado á palos...

—¿Por qué?...

—Porque si yo me pudiera mover en este momento, es seguro que le habria dado á V. dos bofetadas...

—Caballero, ¿V. sabe lo que yo represento?... Represento á la ley...

—¿Del embudo?

—Repare V. que puede empeorar su causa, si continúa expresándose en esos términos.

—Pero diga V., ¿se me forma causa á mí por haber sido molido á palos?...

—Se forma en averiguacion de los hechos.

—Pues empieza V. mal á averiguarlos, sentando como cierto el de que yo salia de esta casa.

—Pues ¿de dónde venia V.?...

—De la calle del Caballero de Gracia, número 97, cuarto segundo, de casa de la señora coronela doña Rosa Gomez y Gomez de Gomez.

—Vea V. lo que dice, que yo conozco á esa respetabilísima señora, que es una de las más distinguidas damas de la corte.

—Pues de allí venia.

—Así constará; pero... vamos, no digo nada... bien se conoce que no quiere V. comprometer á esa hermosa costurera...

—¿Otra vez?...

—Hombre, no se enoje V., pero á un escribano no se le escapa nada. Continuemos.

¿Cuántos hombres le acometieron á V.?

—Supongo que eran cuatro que me siguieron desde la calle de la Montera.

—¿Usted los conoció?

—No, señor.

—Y ántes de darle á V. los palos, ¿le dijeron algo?...

—No, señor, no tuvieron la atención de avisarme.

—¿Y cuántos palos le dieron á V.?...

—No los conté; pero no rebajo ni uno de doscientos.

—¿Y le robaron á V.?...

—No, señor; me hicieron el favor de no robarme.

—¿Y V. puede decir si presume quiénes eran, puede V. decir qué personas considera interesadas en darle una lección, ó á qué personas ha agraviado?...

—Yo no he agraviado á nadie, señor escribano.

—¡Hombre! Podía ser... ¿Usted quiere mostrarse parte en el proceso?...

—No, señor; yo presumo ya de parte de quién me han venido estos palos...

—Entonces, declarará V...

—No, señor; porque como no se lo podría probar...

—El juzgado se lo probaría, si fuese cierto.

No pudo el bueno del escribano lograr que le dijese más, y me dejó en paz.

Roman vino á verme; habia venido el dia anterior; pero no le habian dejado entrar.

—No me diga V. nada, me dijo, despues de enterarse de mi estado; presumo lo mismo que V. presume; la paliza se la debe V. á D. Domingo Puertas. Hasta ayer no supe dónde estaba V. y lo que le habia sucedido.

—Es evidente; ya le dije yo á V. que él no se ba-

tiria. Pagó sin duda á unos cuantos bárbaros para que me calentaran en términos que no me pudiera mover el día siguiente.

—Estoy indignado.

—Y yo peor que indignado; estoy todo roto, descosido, desvencijado, y cada vez que voy á moverme parece que no tengo ningun hueso en su sitio.

—¿Usted no habrá visto los periódicos?

—¿Qué he de ver?... No veo más que las estrellas.

—Pues aquí los traigo; todos hablan del lance, y verá V. tambien lo que ha dicho Tijerillas acerca del desafio.

—A ver, hombre, eso me distraerá.

—Empiezo.

“Atentado.—Anoche, un jóven que salia de casa de unas modistas en la calle de Jacometrezo fué apaleado furiosamente, dejándole medio muerto sobre la nieve, que habia caido en gran abundancia. Las modistas de cuya casa habia salido le recogieron; parece que daba pocas esperanzas de vida. Probablemente habrá fallecido ya.”

—Pero, hombre, ¡cuánta mentira! Ni me he muerto, ni salia de esta casa cuando fui apaleado.

—Vea V. otro.

“¿Quién es ella?—Ella parece que es una hermosa jóven que vive en la calle de Jacometrezo, frente á la de Chinchilla; anoche un amante favorecido salia de casa de la linda Eva, y cayó sobre él un airado rival, acompañado de otros hombres, que pusieron al amante dichoso como nuevo. *Ella* recogió

de en medio del arroyo al estropeado galan. Esperamos que no haya sido cosa de cuidado.»

—¡Qué infamia!... ¡Tratar de ese modo á una mujer virtuosa y digna! ¡Oh! Cuando yo pueda salir...

—¿Y qué podrá V. hacer?... Los periódicos dirán que fueron mal informados; insertarán una rectificacion, y tendrá V. que darles las gracias.

—Pero esta incomparable y generosa mujer quedará perdida en el concepto público. ¡Oh! ¡Esto es horrible! ¡Ella, la que es modelo de todas las virtudes, la que tiene el más noble corazón, la que jamás ha oído de mí una palabra de amor, la que no tiene otro amor que el trabajo!...

—Ya no me atrevo á decir á V. lo que escribe este otro periódico.

—Sí; dígamelo V. todo.

—Va V. á irritarse mucho, y en el estado en que se encuentra...

—No importa.

—Pues dice así:

«Gran pendencia.—Anoche hubo un gran escándalo en la calle de Jacometrezo. Parece, según nos han referido, que de una casa muy sospechosa de dicha calle, frente á la de Chinchilla, salieron tres ó cuatro jóvenes, demasiado alegres; uno de ellos, persona decente, al parecer, hubo de insultar á los otros, los cuales le contestaron con una paliza soberana, y huyeron al acercarse los serenos. Las *ninfas*, que, sin duda, fueron el principal origen de la pendencia, salieron bravamente á recoger al aporreado, y allí le

tienen en prueba de lo mucho que les interesa. Parece que el jóven herido es persona bastante bien acomodada.»

—¡Qué tejido de barbaridades!

—Así se escribe la historia.

—¡Oh! ¡Cuándo querrá Dios que yo pueda moverme de esta cama!

—Aún ha de tener V. paciencia. Me ha dicho Cármen que el médico asegura que tiene V. todavía para quince días.

—¡Quince siglos serán para mí! Es preciso que todo el mundo sepa la verdad: es preciso que Cármen no sea tenida por una mujer sin pudor, por una mujerzuela despreciable. Eso es infame.

—¿Quiere V. ver ahora el suelto que ha puesto Tijerillas sobre el frustrado desafío?...

—Sí, sí; lea V.; eso será más divertido.

—Así dice:

«Esta noche no se hablará en Madrid de otra cosa que de la impensada y singular solución que ha tenido el duelo proyectado para la mañana de hoy entre el distinguido hombre político y acaudalado propietario D. D. P. y un jóven que se permitió amenazarle noches pasadas en la brillante reunión de los señores de Fernandez.

»Concertado el duelo para hoy á las cinco de la mañana en el arroyo Abroñigal, á sable y á primera sangre, llegó al sitio algunos minutos ántes de la hora en un magnífico landó el señor P., á quien acompañaban sus padrinos, que lo eran dos conoci-

dísimos hombres públicos, y uno de los médicos más notables de la corte.

»La mañana estaba sumamente fría, á causa de la mucha nieve que habia caído la noche anterior, y no era nada agradable pasear por aquel sitio. Todos estaban poseidos de la mayor impaciencia, sobre todo el señor P., que ardía en deseos de escarmentar á su ofensor.

»Pero dieron las cinco y media, las seis, las siete, las ocho, las nueve, las diez... y el adversario del señor P. no se presentó.

»Inútilmente se le buscó en su casa y en todo Madrid. Ni ha pasado la noche en su casa, ni nadie le ha visto, ni sus mismos padrinos, personas dignísimas, de quienes no se puede sospechar nada indecoroso.

»Algunas personas tienen empeño en dar cierto carácter político á este duelo, y suponen que el Gobierno habrá impedido á su defensor ir al duelo, temiendo que el Sr. P. le inutilizase tan entusiasta partidario.

»Otros dicen que ha salido de Madrid ayer para evitarse el disgusto de recibir una lección.

»La verdad es que él no ha asistido al duelo, y que esto basta para saber á qué atenerse; no ha querido batirse.

»El Sr. P. y sus padrinos volvieron á Madrid, y celebraron la *prudencia* del terrible adversario almorzando juntos en la nombrada casa de Lhardy.

»El lance dará mucho que reír en Madrid.»

—Pues mire V., dije á Roman, yo aseguro que el que ha escrito eso no se reirá mucho cuando yo salga á la calle.

—Yo no he querido hacer nada hasta hablar con usted; pero me basto para conseguir que se rectifiquen todas esas noticias.

—No, no haga V. nada. En ese asunto no quiero que intervenga nadie.

—Yo debo confesar á V. que dos dias he dudado de V. ¿Cómo habia de creer que era V. el jóven á quien aludian los periódicos refiriendo lo ocurrido en esta calle?...

—La sospecha de V. era fundada.

—La conducta de Puertas es infame.

—Es propia de él. V. ha creido que ese hombre es un caballero... y ha de saber V. que ha sido un lacayo, y luego un ladrón, y ahora un *caballero*, á quien nadie pregunta su origen, y el que lo sepa se lo calla prudentemente, porque tiene dinero.

—Cuénteme V. todo eso.

—Todo lo sabrá V. á su tiempo.

A los quince dias pude salir del lecho, y á pesar de las súplicas de Cármen y su hermana, que no querían que abandonase su casa hasta despues de algunos dias de convalecencia, me trasladé á la mia.

XXIV

Al borde del abismo.

Mi patrona estaba aturdida, asombrada, escandalizada de mi conducta.

—Ella, la pobre, habia creído cuanto decían los periódicos, y sobre todo lo que rezaba una hoja suelta que habían vendido los ciegos con este pregon:—*A dos cuartos, las ocurrencias de la calle de Chinchilla la noche de la nieve*, en cuyo papel se hacían las oportunas consideraciones acerca de lo funestas que son para los hijos de familia las mujeres, y se presentaba al protagonista abierto en canal, llamando con grandes voces á su padre y á su madre, y dirigiendo al público una arenga en verso, en la que se encarecía la necesidad de huir de las malas compañías.

—Pero ¿es posible, D. Ramon, me dijo al verme

entrar tan mustio, tan pálido, tan alicaído y con una señal en la frente; es posible que un joven, que antes era tan juicioso, tan arreglado... ¡Jesús! ¡qué mujeres hay en el mundo!... ¡Comprometer así á un joven, á un joven de buena familia!... ¡Jesús! ¿cómo había yo de pensar que V. iba á visitar á mujeres de esa clase?... No quisiera más que conocer á la individuo que le tiene á V. sorbido el seso para decirle lo que hace al caso...

—Señora, hágame V. el favor de callar.

—No quiero; está V. en mi casa hace seis años, y me intereso por V.

—Bueno, muchas gracias.

—Y mire V., á la que tiene la culpa de que le hayan puesto á V. así soy capaz de...

—¡Vaya! ó calla V., ó encargo hoy mismo que me busquen otra casa.

—¡Jesús! ¡otra casa!... ¿Sería V. capaz?... ¡Ay! V. no es el mismo... En fin, me callo; pero me da lástima pensar que las mujeres van á ser la perdición de usted. ¡Ah! tengo que decirle á V. que en estos días ha venido varias veces una señora á preguntar por V.

—¿Una señora?...

—Sí, señor, una señora; es decir, ella lo parece, y muy guapa, eso sí, muy guapa... la hermosura del diablo, que también se pone hermoso el diablo cuando le conviene para arrastrar á los hombres y perderlos. Pues, como digo, una señora muy maja y muy guapa ha venido á preguntar dónde estaba V., pero yo no le he querido decir nada, porque como V. estaba en

casa de otra, se hubiera armado una buena si allí se hubieran encontrado las dos.

—Señora, me va V. á hacer un favor.

—Sí, señor, le haré á V. un favor, porque le tengo á V. ley, aunque V. no lo merece... Conque diga usted qué favor es ese.

—Pues, hija mia, el favor que me va V. á hacer es no hablarle de lo que á V. no le importa, si quiere que continúe en su casa.

—Es que todo eso me importa mucho á mí.

—Pues si le importa á V., se calla tambien.

Mi patrona comprendió que podia cumplir la amenaza de buscar otra casa, y tuvo por conveniente callar, bien que le costó gran trabajo.

Era preciso pensar en vengarse de D. Domingo.

Pensé pagarle en la misma moneda, buscando cuatro bárbaros que le arrimaran una paliza, como él habia hecho conmigo; pero deseché la idea, porque yo no debia emplear los mismos viles medios que aquel infame.

Lo conveniente era buscarle en medio del dia y en el sitio más público de Madrid, y cruzarle la cara con el baston.

Al periodista Tijerillas, autor de aquel chusco suelto dando cuenta del duelo frustrado entre D. Domingo y yo, le escribí esta cartita:

«Sr. D. Arturo Tijerillas: Muy señor mio: Por el suelto que publicó V. dias pasados, he comprendido que está V. con cuidado por no saber dónde me hallo. Para que se tranquilice V. le escribo la presente. Es-

toy vivo, y confío estar bueno muy en breve; si le duelen á V. las muelas, no gaste dinero en que se las extraigan, porque, gratis, pienso yo saltárselas á usted de la boca el primer dia que salga á la calle. Con este motivo, tengo el honor, etc., etc.»

Envié esta carta á la redaccion del periódico á que pertenecia el bueno de Tijerillas, y el dia siguiente recibí un número del periódico en el que leí este suelto:

«Nuestra imparcialidad nos obliga á rectificar las líneas en que dimos cuenta hace dias del frustrado duelo entre D. D. P. y un distinguido jóven de la córte. Mal informados, dimos detalles que no han resultado ciertos; el jóven á quien aludíamos es un cumplido caballero, que tiene hechas sus pruebas, y si el duelo se aplazó, no fué porque pusiera el menor obstáculo el mencionado caballero, que es, repetimos, una persona dignísima con cuya amistad nos honramos, aunque seamos sus adversarios políticos.

»Hacemos espontáneamente esta rectificacion en obsequio á la verdad.»

Mucho me hizo reir esta espontánea rectificacion.

Cármén y su hermana fueron á verme, con escándalo de mi patrona; tanto era el interes que yo les inspiraba, que se habian decidido á visitarme, no sin muchas dudas y vacilaciones.

—¡Cuánto bien me hace V., amiga mia, con su visita! dije á Cármén.

—Hemos venido para tener el gusto de saber que está V. mejor, y para decirle que nos mudamos.

—¿Dejan Vds. el cuarto de la calle de Jacome-trezo?

—Sí, señor, es preciso; he notado que los vecinos me miran de otro modo que ántes, alguno de ellos me ha encontrado en la escalera y se ha atrevido á hablarme de una manera incalificable y á hacerme vergonzosas proposiciones; el portero se sonríe maliciosamente cuando me ve; la señora del piso principal, que me daba algun trabajo y estaba muy contenta de mi buen deseo y acierto, ha llamado á otra, y por su criada he sabido que habla de mí muy desfavorablemente; cuando salgo y paso por delante de algunas tiendas donde suelo comprar, me dicen chistes de mal género... en fin, amigo mio, tengo una reputacion muy triste. Esta pobre niña, que salió ayer un momento á la casa inmediata á entregar una prenda, vino llorando porque le dijeron que era lástima que tuviera en su hermana mayor tan mal ejemplo.

—Pero eso es infame.

—Yo lo perdono todo, añadió Cármen. Cuando bajé de mi habitacion deseosa de dar auxilio á quien lo pedia con lastimeros ayes, no podia suponer que aquella accion habia de interpretarse en desdoro mio; pero si me hubieran dicho que esto habia de suceder, no por eso habria dejado de seguir el impulso de mi corazon. De nada me acusa la conciencia, y Dios ve mis obras y mis pensamientos.

—¡Oh! ¡Cuando yo pueda salir de casa...

—No hará V. nada por rehabilitarme á los ojos de

esas personas que piensan mal de mí, porque yo no necesito quien me defienda ni quien me disculpe. Estoy satisfecha de mi conducta, y me importa poco que los demas se equivoquen juzgándome ligera y maliciosamente.

Cármén procuraba aparecer serena, casi risueña; pero bien claramente se veia que las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

Cármén me amaba, ya no tenia duda; pero no sé qué respetuoso temor sentia yo que no me atrevia á decirle una sola frase de amor. Aquella mujer incomparable, en su humildad, no se creia acaso digna de ser amada. Y era digna del amor de un hombre honrado, tanto como la más noble y virtuosa, porque ella era noble y virtuosa sobre todo encarecimiento.

Pero, ¿yo amaba á Cármén?... Sí, la amaba con ese amor que conduce á la verdadera felicidad; con amor respetuoso, dulce, tranquilo; con un amor muy distinto del que me inspiraba la doncella del piso segundo; ésta me inspiraba una pasion ardiente, calenturienta, devoradora.

—Nunca me perdonaré, dije á Cármén, haber sido causa, aunque involuntariamente, de que V., á quien tanto estimo, tenga esos inmerecidos pesares.

—No se hable de eso, amigo mio. Volveremos mi hermana y yo á aquella casa de los pobres, donde hemos vivido tan tranquilas, tan respetadas y queridas. Nunca aquellos hombres groseros, sin educacion, abandonados á todos los malos instintos, hubieran creido de mí una accion indigna, y en recoger á un

herido no hubiesen visto más que un sentimiento de caridad.

—Es verdad, el pueblo no tiene la refinada malicia que los que presumen de haber recibido buena educación.

—En aquella casa he vivido siempre tranquila y segura; en cuanto he querido ascender un poco más, añadió sonriendo tristemente, he vivido llena de temores, y he empezado á conocer malas voluntades.

Llegó en aquel momento el médico, quien me dijo que me convendría para reponerme completamente pasar unos días fuera de Madrid, en un pueblo cercano, respirando el aire del campo, y cuando salió el médico, entró toda aterrada mi patrona, anunciándome que una señora, la que habia ido otras veces á preguntar por mí, estaba allí deseando entrar á verme.

Y en efecto, detras de la patrona apareció Soledad, vestida con elegancia, con lujo mejor dicho, y radiante de hermosura, formando singular contraste su ostentoso porte con el humilde traje y la modesta actitud de Cármen.

Esta se levantó, lanzó una mirada profunda á Soledad, y con inseguro acento se despidió de mí.

Estreché su mano, y noté que estaba fria y convulsa.

Quedamos solos Soledad y yo.

—¡Ah! exclamó, ¡qué deseos tenia de ver á V., y cuánto he sufrido estos días, desde que supe la villana acción que con V. ha cometido ese hombre!

—¿V. ha sufrido?...

—Sí, señor, ¿Le parece á V. mentira?

—Si he de decir la verdad, mentira me parece.

—Pues no lo es; he pensado mucho en V., y he admirado su noble proceder. V., un caballero, iba á reñir con ese hombre, que es un infame, como riñen los caballeros, y él, para evitarlo, ha tratado de asesinar á V.

—No tanto, de inutilizarme nada más.

—V. odia á ese hombre, ¿no es verdad?

—No, me es antipático, pero no más.

—Sí, le odia V.... ya he dicho á V. que he pensado mucho estos días... le odia V., porque me ha querido V. mucho á mí.

—¿Yo?...

—Sí, no lo niegue V., no quiera V. ocultar su sentimiento... Ahora ya no me ama V., me desprecia sin duda, porque no otra cosa que desprecio merezco yo, pero me ha querido V. mucho. Dígame V. que es verdad.

—Sí, era verdad.

—Pues bien: yo anhelaba que llegase este momento para decir á V., aunque V. me desprecie, aunque V. me odie, que yo le quiero; que yo no pienso nada más que en V., que por V. haría los mayores sacrificios del mundo. Ahora estoy representando una comedia, fingiéndome gran señora, engañando al mundo con un nombre que no tengo, y con estas galas con que me disfrazo. Las mujeres me envidian, los hombres me hacen las más entusiastas

protestas de amor, se disputan mis miradas y mis sonrisas... Hombres de gran posicion, banqueros, generales, duques, quieren poner á mis pies sus riquezas, sus honores, y alguno me ha ofrecido noblemente su mano. ¡Vea V. lo que pueden en el mundo la mentira y estos cuatro miserables trapos que constituyen el lujo y la distincion!...

Pues á todo eso renuncio, á todo, si V. quiere, si queda en ese corazon algo de aquel cariño que usted me tuvo. Yo me despojaré de estas galas, viviré oscurificada, seré esclava de V.... Ramon, aún puedo ser buena, aun puedo esperar que me perdone Dios. Usted me quiso, y no debe estar apagado completamente ese amor en su corazon... Ramon, yo siento ahora ese amor de que ántes me reia, yo le quiero... le adoro á V....

Soledad habia tomado mis manos y las estrechaba fuertemente; en sus ojos hermosísimos brillaban las lágrimas., y yo no podia resistir la fatal influencia que sobre mí ejercia aquella mujer funesta.

—¿Pero es V. capaz de amar?... preguntaba á Soledad que me abrasaba con el fuego de sus miradas, que hacia levantarse en mí la llama inmensa de aquel amor ya dormido en mi corazon.

—Usted, decia, tiene que salir al campo, segun le ha aconsejado el médico... Vamos juntos, yo iré á cuidar á V., á ser su criada, su esclava... Huyamos de Madrid.

—Pero...

—Ese hombre, ese miserable, á quien castigó us-

ted la otra noche, se va á vengar, se va á vengar en usted y en mí. Por mí nada temo, pero por V. sí... Ya ha querido asesinar á V. una vez... Puede volver á intentarlo y lograrlo... Tiene [dinero, y es traidor y cobarde...

—¿Y cree V. que yo le tengo miedo?

—Siempre hay que temer á la traicion. Por Dios, Ramon, vámonos de Madrid; yo le quiero á V. sobre todas las cosas de este mundo... Yo seré buena, si usted quiere... Conozco que este sentimiento que brota poderoso en mi corazon, puede salvarme... Si V. me desprecia, si V. no responde á mi pasion, á esta pasion que me hace sufrir agudos dolores y puras alegrías, que me llena de esperanza y de fe en el porvenir, entónces ya no habrá bien para mí en el mundo, ya no habrá sosiego ni reposo, y Dios sabe lo que sera de mí...

Yo estaba como aturdido, mi cerebro ardia, mi corazon se agitaba violentamente, y aquella hermosísima mujer me fascinaba, me dominaba por completo.

¿Seria verdad lo que me decia Soledad?

—¿No me dice V. nada? ¡Ah! ¡triste de mí! condenada á sofocar esta pasion profunda... y en vano lo intentaria, porque es más fuerte, más poderosa que mi voluntad.

—Soledad, dudo...

—¡Ah! no dude V., por Dios, no dude V. de mi amor, y prometa V. llevarme fuera de Madrid, prométame V. que mañana...

Y estrechaba mis manos, y su aliento se confundía con el mio, y me volvía loco.

—Sí, le dije, yo también te amo, funesta mujer. te amo á pesar mio. Mi corazón dormía, y tú has venido á despertarle, á conmovérselo y á envenenárselo.

—¡ Oh ! Dios mio, ¡ qué felicidad para mí !... Mañana...

—Sí. mañana,.. mañana.

Soledad se levantó, y salió dejándome lleno de confusiones, y enamorado, loco.

Cuando salió Soledad, el perro, mi pobre y leal compañero, salió también tras ella ladrando con el mayor enojo.

El perro tenía aversión á Soledad, así como á Carmen le demostraba la más leal y franca afición, y la agasajaba de todos los modos que sabe agasajar un perro á las personas de su estimación.

Mientras Soledad estuvo en mi cuarto, el perro permaneció acurrucado gruñendo sin cesar debajo de mi butaca, y luego la quiso despedir con ladridos, como diciéndole:

—Pero, ¿á qué viene V. á turbar el reposo de mi amo?...

Aquel perro tenía buen instinto, y si hubiera hablado, no habría dejado de darme algún buen consejo.

XXV

De cómo puede suceder que á un hombre honrado
le convenga ir á la cárcel.

Soledad habia logrado encender en mí la llama abrasadora del más vehemente amor, y dominado por este amor hacíame yo mismo reflexiones para persuadirme de que ella me amaba verdaderamente, para disculparla de sus errores; tan ciego estaba yo, tan fuerte era en mí aquella pasión fatal, que hasta encontraba pretextos para atenuar la falta de Soledad al abandonar á su hijo al cuidado ajeno...

Ser dueño de aquella peregrina hermosura, ser amado por ella era toda mi preocupacion, y ante esta idea todo lo olvidaba, todo era para mí ménos que mi amor, si puede llamarse amor la calentura que me devoraba.

No quise pensar más, y habiendo visto en el *Diario* el anuncio del alquiler de una casa en Caraban-

chel, envié á buscar un coche, y en éste me dirigí á la Carrera de San Jerónimo, frente al Congreso, donde vivía la persona con quien habia de tratarse del ajuste.

Llegué á la casa, recogí el recibo del alquiler por seis meses de la de Carabanchel, y ya iba á subir en el coche que me esperaba, cuando vi á Roman, que, cerca de una de las esquinas que forma el edificio del Congreso, estaba hablando con otros. Acerqueme á mi compañero de hospedaje, que me dijo:

—Ha caído el ministerio.

—Y á mí, ¿qué me importa?...

—Ahora se han leído en el Congreso los reales decretos.

—Me tiene sin cuidado.

—Como V. pasa por ser amigo entusiasta del gobierno caído...

—¡Ah! sí; ahora recuerdo que los periódicos me hicieron de golpe y porrazo personaje político con motivo de aquel lance con el famoso D. Domingo Puertas.

—En nombrando al ruin de Roma... observó otro caballero al oír el nombre del ex-ayuda de cámara.— Allí viene D. Domingo con la cara de Pascua que usa cuando ha hecho en la Bolsa algun negocio.

—¿Dónde está? exclamé, recordando la paliza, que aún me dolía, y mi propósito de castigar á aquel miserable.

Y ántes de que pudieran detenerme corrí hácia D. Domingo, y le crucé la cara con el baston una,

dos, tres veces, hasta que se arrojaron varias personas sobre nosotros y me sujetaron.

D. Domingo rugía como una fiera acorralada.

—Este hombre, exclamé, es un miserable, que, para evitar un duelo, envió cuatro asesinos pagados para que acabaran conmigo en las sombras de la noche; este hombre es un infame, que se ha enriquecido abusando de la confianza que en él tenía su amo; su amo, reducido hoy á la miseria, mientras el que le sirvió de lacayo, de ayuda de cámara, de administrador infiel, se ha convertido en un caballero, y por tal es tenido en una sociedad tan indiferente y tan prostituida que rinde culto al éxito, y no pregunta al que tiene dinero sin haberlo ganado con el trabajo, de dónde le ha venido, ó á quién se lo debe... Este es ese hombre, al que dan su mano sin escrúpulo hombres honrados que no debieran ni dignarse despreciarle siquiera.

Yo no recuerdo cuántas cosas más le dije.

El escándalo fué horrible.

Reunióse gran muchedumbre; á D. Domingo, con la cara ensangrentada, se lo llevaron amigos suyos, y de mí se apoderaron los dependientes de la autoridad.

Lleváronme á presencia del juez de guardia, que dispuso sabiamente que fuese conducido nada ménos que á la cárcel.

¡Y el médico me habia aconsejado el aire puro y libre del campo!

Supliqué al juez que me permitiese ir á la cárcel en coche.

Pero el juez, temiendo sin duda que no pudiera pasear en algun tiempo, tuvo empeño en que me pasara entónces desde el juzgado hasta el Saladero, y aun debo darle gracias porque no me mandó atar codo con codo.

Fué un paseo triunfal.

A cada lado llevaba yo un guardia, y detras otros dos. Me precedia gran número de personas que daban grandes tropezones por volver la cara á fin de mirarme y enterarse de mi serenidad ó mi turbacion, y me seguia lucidísima escolta,

Y se abrian los balcones de la carrera, y se asomaban los curiosos, y de los transeuntes se incorporaban no pocos á la escolta y á la vanguardia, y cada cual decia lo que se le antojaba, complaciéndose en atribuirme los más tremendos delitos.

—Ha matado á su suegra en la calle de Ministri-les, decia uno.

—¡Qué! si le han cogido en Palacio que iba á matar á la reina.

—Es el que ha hecho los duros falsos que corren ahora tanto.

—Dicen que es el jefe de todos los ladrones de Madrid.

—Le han cogido robando el libro de la Deuda.

—¡ Y luego dicen que por el traje se conoce á la gente! Pues ese tuno parece un caballero.

Todas estas y mil lindezas más decia de mí el ilustrado público que tuvo la bondad de acompañarme al Saladero.

Al llegar á este benéfico establecimiento, el público me despidió con algunos silbidos, y se quedó delante del edificio largo rato haciendo pintoresca narracion de mis espantosos crímenes, felicitándose de que al fin se viera bajo cerrojos bien guardado un delincuente tan temible.

En la cárcel me recibió el portero de golpe con la mayor indiferencia, y luego salió á honrarme el alcaide, y despues de dar recibo de mí al principal encargado de mi traslacion, felizmente verificada, se me indicó que podia pasar adelante, y se me llevó á una habitacion donde por el corto interés de cinco reales diarios podia esperar tranquilo que cayera sobre mí la cuchilla de la ley.

La habitacion que se me destinó era bastante grande, ó parecia mayor por la carencia de muebles; no habia más que un catre y un cántaro, Tenia una ventana que daba á un pasillo que recibia luz de otra que estaba bastante léjos de la mia; de modo que la claridad de que yo podia gozar era tan ténue, que á las tres de la tarde ya parecia que anochecia.

No fué una sorpresa muy agradable para mí encontrarme en aquella habitacion, y considerar que allí habia de pasar acaso los seis meses de campo que el doctor me prescribiera en interés de mi salud; pero vino á distraerme de mis meditaciones un apreciable jóven con cara de pocos amigos y facha de nada bueno, que me echó agua limpia en el cántaro, y me dijo que si se me ofrecia algo, él podia servirme.

—¿Aquí se puede pedir lo que se necesita? le pregunté.

—Sí, señor; todo cuesta dinero; pero, vamos, se puede no carecer de nada.

—Pues yo estoy enfermo, y necesito colchones, sábanas, mantas, etc.

—Eso se lo tienen que traer á V. de fuera.

—Tambien necesito algunos muebles, una butaca, una mesa, unas sillas.

—Eso tambien lo puede V. traer; aquí no se da eso.

—¿Y por qué se pagan entónces los cinco reales?

—Se pagan por el cuarto, y si no al patio.

—¿Y se puede enviar un recado?

—Sí, señor, por lo que sea razon, se entiende.

—Me hago cargo.

Y me apresuré á enviar á decir á mi patrona que me remitiera cama, muebles, libros, papel, tintero, todo lo que me faltaba en aquel sitio de recreo, donde temia que habia de pasar una larga temporada.

Ocho dias me tuvieron incomunicado, y en estos ocho dias pasé las más tristes horas de mi vida. Con dinero nada me faltaba en la cárcel; pero si se hubiera prolongado la incomunicacion, todo me habria sobrado, porque hubiese muerto desesperado.

Pasaba los dias detras de la reja de mi prision, esperando anhelante ver una fisonomía amiga, contando las horas lleno de angustia, oyendo las risotadas y denuestos de los carceleros y dependientes, y el confuso rumor que subia del patio, rumor de can-

ciones obscenas, de insultos, amenazas, imprecaciones, lamentos... ruido de llaves y cerrojos, rumores y ruidos siniestros, aterradores... ruidos y rumores sólo conocidos en esas casas de pena y desventura; por las noches no podía dormir, y sobresaltábame el más leve rumor, y el *alerta* de los centinelas me llenaba de espanto. Aunque mi conciencia estaba tranquila, como que no había cometido ningún crimen, asaltábanme mil temores, dudaba de la integridad de los jueces, recelaba de todos, y creíame ya encerrado allí para siempre, ó me figuraba que de allí saldría para un presidio... y no podía, en fin, gozar momento de reposo.

El noveno día me pusieron en comunicacion, y me permitieron pasear por los corredores, y pasar algunos ratos en las habitaciones de alcaidía.

Vinieron á verme Roman, mi patrona y otras personas que se interesaban por mí, y pasé mejor el día, y cobré aliento.

Díjome Roman que el cambio de ministerio me era muy desfavorable, porque suponiéndose que yo era entusiasta partidario del gobierno caído, el que le había sucedido no dejaría de influir con el juez para que la causa se siguiera lentamente.

—Pero, hombre, le dije, si yo no tengo nada que ver con el gobierno; si la cuestion entre D. Domingo Puertas y yo no es política.

—Pues, amigo, eso ya no lo puede V. evitar, aunque quiera. Los periódicos, representantes legítimos de la opinion pública, la han hecho política, y esto le

favorece á V. más que otra cosa. Sólo con este error puede V. adquirir una posicion política.

—Le digo á V. que esta broma me va pareciendo pesada.

—Pues D. Domingo Puertas aprovecha mejor las circunstancias. El gobierno nuevo, creyendo que ese hombre ha sido maltratado por V. por enemigo del anterior, le ha dado la gran cruz de Isabel la Católica, y lo que es mejor que la cruz, un privilegio para una empresa que le ha de valer millones.

—¡Jesus! ¡Qué cosas! Parece mentira que así se encumbre á un hombre que es un animal.

—Y lo ha de ver V. ministro.

—No será extraño. Baja ya tanto la talla de los gobernantes en este país, que no dudo llegue dia en que pueda ser ministro un D. Domingo Puertas. Y mi proceso, ¿en qué estado se halla?

—Eso va despacio.

—Pero es una iniquidad dilatar la resolucion de este asunto...

—Amigo mio, el que entra en esta casa, con razon ó sin ella, ha de tener mucha paciencia... Yo veré al juez, y... Un medio habria de que V. no sufriera una larga detencion.

—¿Cuál?...

—Pero V. lo rechazará, sin duda.

—Ya comprendo. De ese hombre, de ese bribon no quiero recibir favor alguno. Cuando salga de aquí he de volver á cruzarle la cara...

—Y volverá V. aquí.

—Entonces no hay medio de castigar á ese miserable.

—No, señor; hombres como ese parecen nacidos para hacer impunemente lo que quieren y para desesperar á todo el género humano.

Roman se despidió de mí, disponiéndose á procurar que mi causa se resolviera pronto, y quedé más tranquilo.

Soledad no fué á verme, y no lo sentí.

Ella era el origen de mi desgracia.

Desde que entré en la cárcel me habia acordado poco de Soledad, y cuando pasaron algunos dias, creo que la habia olvidado por completo.

Y decia yo:

—Puede que, despues de todo, me haya convenido que me traigan á la cárcel. Si no estuviera preso aquí, estaria ahora en poder de esa mujer. Casi me parece esta cárcel ménos peligrosa.

Y ¡cosa singular! así como no echaba de ménos á Soledad, sentia mucho no ver á Cármen. Todos los dias pensaba:—«Hoy vendrá.»—Y cuando llegaba la noche, y no habia venido, apoderábase de mí profunda tristeza. Cármen hubiera consolado mucho mi pesar con sus sensatas reflexiones, con sus bondadosas frases, con sus pensamientos siempre cristianos, siempre nobles.

Por fin, á las cuatro semanas de hallarme preso, vino Cármen con su hermana. No habian sabido antes mi suerte.

La visita diaria de Cármen me daba aliento, y

me hacia esperar tranquilo el resultado del proceso.

En aquellos días de mi cautiverio conocí cuánto valia la tímida y modesta costurera; pude apreciar toda la nobleza de su corazón, toda la dignidad y rectitud de sus sentimientos, y bendije cien y cien veces á la Providencia, que me habia impedido cumplir á Soledad la promesa que me habia arrancado en un momento de fiebre devoradora.

En fin, que me alegré de que me hubieran llevado á la cárcel.

XXVI

La cárcel.

El día que me pusieron en comunicacion, y el calabocero, de la manera más amable que le permitia su carácter de domador de fieras, me dijo que podia pasearme por los corredores hasta poco ántes de anochecer, quedé suspenso, y al ir á poner el pié fuera de mi habitacion de cinco reales, retrocedí lleno de vergüenza y confusion.

¡Me iban á ver en aquel siniestro lugar!...

Esta idea me humillaba, me atormentaba, y sin embargo, los que me iban á ver eran casi todos criminales, hombres ante los cuales no debia avergonzarme yo, y ellos sí debian avergonzarse en mi presencia.

El alcaide, que era una buena persona, antiguo militar, esclavo de su deber y gran conocedor de los caractéres, vino á ofrecerme galantemente que pasase cuando quisiera algunos ratos en la alcaidía, sitio privilegiado que ofrecia alguna más comodidad que los demas departamentos de la cárcel.

—Veo, me dijo, comprendiendo mi turbacion, que usted no es digno inquilino de esta casa. Está usted avergonzado...

—Es verdad.

—Eso prueba que es V. hombre honrado. Deseche usted esos escrúpulos, y salga á tomar el aire y pasear, que bien lo habrá menester, y no tema V. que los criminales que aquí se albergan le crean á V. uno de tantos... Ellos tambien conocerán que es V. un hombre de bien. No tenga V. inconveniente en salir; la contemplacion de las desventuras que se encierran en esta casa es un estudio curiosísimo que no le pesará á V. hacer. ¿Es V. escritor?

—No, señor.

—Lo siento: para un escritor esta casa es la más rica y variada exposicion de tipos, caractéres, pasiones y miserias. Un novelista podria sacar de aquí asunto para muchos libros; un autor dramático, es-

tudiando la cárcel, haria dramas de una realidad espantosa; en los salones se puede estudiar la mentira, la comedia del mundo; aquí se estudia la verdad, toda la terrible verdad.

—En efecto, dije, tiene V. razon; los escritores podrian enseñar al mundo muchas verdades viniendo á sorprenderlas, á verlas aquí en toda su horrible desnudez.

—Los gobiernos envían aquí frecuentemente escritores procesados; pero estos, preocupados de la política, no se fijan, no estudian, no observan lo que hay dentro de estos muros.

Pasé á la alcaidía acompañado del alcaide, que tambien estaba engañado en cuanto á mí, considerándome preso más que por los palos que dí á D. Domingo, por alguna alta intriga política.

En la alcaidía habia varios hombres, que me miraron como diciendo: ¿quién será este pájaro? y siguieron conversando unos, otro leyendo un periódico, otro una carta, otro tomando café, y otro escribiendo.

Hablaban dos de aquellos hombres, y hablaban de mujeres, riéndose al recordar á ciertas señoras, piadosamente pensando, que habian conocido, y se referian sus aventuras galantes con la mayor complacencia.

El uno de ellos habia, segun todas las presunciones, pagado el asesinato de su mujer; el otro habia abusado de la confianza depositada en él por un rico banquero, y sustraído de la caja grandes sumas.

Aquellos dos hombres eran víctimas de sus desenfrenadas pasiones. Marido infiel el uno, había querido librarse de una mujer virtuosa para arrojarse libremente en brazos de aventureras sin pudor; el otro, de buena familia, se había hecho ladrón por miserables mujerzuelas.

Dos hombres inteligentes perdidos por no haber sabido reprimir sus pasiones; ambos podían haber dado á la patria provechoso fruto con su trabajo, y las malas compañías, las falsas ideas de libertad, la mala educación, la falta de respeto á la familia, la vida desordenada, les llevaban probablemente á presidio.

El que escribía era un hombre muy simpático, de mirada viva, de noble frente, distinguido en sus maneras, de amena conversacion... un hombre que hubiera hecho brillante papel en la sociedad... Era falsificador. Su afán había sido ser rico pronto; él podía haberlo sido honradamente, trabajando con fe y asiduidad; pero no tenía paciencia para esperar. El ejemplo de tantos elevados como por encanto á grandes posiciones, enriquecidos sin saber cómo, le había perdido.

El billete falsificado era una obra de arte perfecta, era un billete mucho mejor hecho que los legítimos.

Pena daba considerar cómo aquel desgraciado había condenado él mismo su inmenso talento á la impotencia.

Tendría unos treinta y cinco años; á los cincuenta

y cinco saldría de presidio, sin juventud, sin honor, sin inteligencia, sin vigor, sin fe, sin esperanza.

Habia querido hacer, por el crimen, rica á su familia, y la habia hecho para siempre infortunada.

El que leia el periódico era un pobre diablo de editor responsable de un periódico, preso por los artículos que escribia un gran político. El hombre, viéndose preso, habia llegado á creer que efectivamente él era el que escribia los artículos denunciados, y no podia ménos de asombrarse de escribir tan bizarramente, cuando ni siquiera sabia poner su nombre.

Este pobre diablo fué algun tiempo despues alto empleado. Su mérito consistia en haber estado en la cárcel.

El alcaide me hizo recorrer todos los departamentos de aquel establecimiento, haciéndome conocer las figuras más notables.

—Vea V., me dijo, esos dos que estaban hablando, y al verme se han separado. Esos están tramando un robo.

—¿Aquí?...

—No, señor, fuera.

—Pero estando aquí...

—No importa; ellos roban desde aquí con la mayor seguridad, casi siempre valiéndose de cartas, de firmas falsas, de documentos falsos; la estafa tiene en la cárcel una escuela perfecta; aquí se lleva á la última perfeccion el arte de engañar al prójimo, y hay personas en Madrid, en provincias, hasta en el ex-

tranjero, que se dejan robar con el mayor candor, que sostienen correspondencia con estos pájaros de cuenta, y les envían dinero en cartas certificadas.

En un corredor encontramos á un infeliz que, con esposas en las manos, salía para ser conducido á la Audiencia, donde se iba á celebrar la vista de su causa.

¡Iba contento!...

Llevaba seis meses en un calabozo, viendo apenas la luz, y le regocijaba la idea de ver el sol, de respirar el aire de la libertad en el camino de la cárcel á la audiencia.

Aquel día se iba decidir su suerte.

—Ese hombre, me dijo el alcaide luego que se hubo alejado el preso con el que le conducía, será ejecutado pronto.

—¿Pues qué ha hecho ?

—Es una triste historia la suya: hijo de una honrada familia, quedó huérfano, y se encargó de su educación un tío suyo. A éste, á quien todo lo debía, y que le había nombrado su heredero, le asesinó para recoger ántes la herencia.

—¡Qué horrible maldad !

—Cometió el crimen instigado por una mujer hermosísima que le pedía incesantemente dinero, y nada le bastaba.

—¡Desgraciado!

—No hay medio de salvar á ese hombre.

—¿Y su cómplice?

—Nada se le ha podido probar, y se halla en Fran-

cía viviendo en el mayor desenfreno. Dios nos libre de caer en poder de una mujer mala, egoísta, sin corazón.

—Dios nos libre, repetí, acordándome de Soledad. Y llegamos al patio de la cárcel.

Aquel espectáculo me impresionó fuertemente. Había allí más de cuatrocientos hombres de todas edades, que formaban el más abigarrado conjunto que se puede imaginar.

Era aquello la hez de la sociedad, un monton de hombres podridos, si así puede decirse; y en echando en el monton otros aún limpios, en seguida se contagiaban, al momento se identificaban con los apesta-dos. Ver el contenido de aquel patio oprimía el co-razon.

Hombres viejos, asquerosos, veteranos del crimen, eran los maestros de jóvenes, casi niños, que acaba-ban de dar el primer paso.

Todos allí eran enemigos y todos vivían juntos.

Contra el que tenía una chaqueta eran todos los que estaban en mangas de camisa.

Contra el que tenía un duro la conjuración era general, y el duro era del que tenía navaja.

Siempre hay navaja en el patio de la cárcel. Está terminantemente prohibido, pero siempre hay navaja.

La navaja y la baraja son dos armas que nunca faltan á los presos del patio.

Y es preciso; la baraja sin la navaja no serviría de nada, y si no hubiera baraja tampoco se necesita-ria la navaja.

Muchos ratos pasé en varios dias observando á los presos del patio desde una ventana.

De mí no se reservaban.

La baraja siempre estaba en movimiento, y cada diez minutos surgia una cuestion en el juego; empezaba por insultos, seguia por golpes, y al fin se resolvía presentándose una navaja en la mano de uno de los contendientes, ó en la de un amigable componedor que mediaba en el asunto con el buen propósito de poner paz.

Allí se veia alguna vez á un mozo de cortos años abofetear á un anciano; allí no se conocia el respeto.

El infeliz que entraba allí por primera vez era inmediatamente rodeado por los demas, y solia encontrarse desnudo sin poderse dar cuenta de quiénes le habian quitado la ropa.

Causaba espanto ver en aquel patio jóvenes, casi niños, que habian cometido ligeras faltas, confundidos con criminales avezados á todo lo malo y que les enseñaban á robar y los educaban para el delito á fin de que cuando salieran de la cárcel pudieran *ganarse la vida*.

A los cuatro dias de estancia en el patio, el muchacho más torpe, el *novato* más inexperto sabia ya el pintoresco vocabulario de la cárcel, y habia perdido toda idea de vergüenza y pudor.

Un dia presencié una escena horrible.

Disputábanse la posesion de una moneda de dos reales, que probablemente perteneceria á otro, dos presos; el uno era casi un niño, el otro un hombre

grueso, fornido, casi un gigante; éste dió una bofetada al jóven, y éste, ligero como una ardilla, se agarró á las piernas del hombron, y ántes de que pudiera arrojarle de sí, le introdujo una navaja enorme por la cintura.

El hombre cayó muerto instantáneamente.

Cuando preguntaron al muchacho de dónde habia sacado aquella navaja, contestó que el muerto se la habia dado y que le estaba enseñando á manejarla. Aquello sí que fué *al maestro cuchillada*.

En la portería pasaba yo las horas muertas, presenciando los mil incidentes diversos que se producian á cada momento, con ocasion del ingreso de nuevos presos y de la llegada de personas que iban á visitar á los inquilinos de aquella casa.

Llegaba un preso, y despues de haberle tomado su filiacion en la portería, cuando iba á ser conducido al departamento á que se le destinaba, echaba á andar gallardamente delante de sus acompañantes, diciendo: — «Ya sé, ya sé dónde es.»

Otro, al entrar conducido por un guardia, saludaba afectuoso á los porteros y empleados, como quien se encuentra muy contento por hallarse otra vez entre gente conocida. Parecia como que volvia á su casa.

Una mujer se desataba en improperios contra la justicia porque su marido no estaba aún en comunicacion, y negaba absolutamente que hubiese motivo para que el hombre estuviese preso, porque todo habia sido motivado por una mala voluntad, haciendo

de él un elogio que, á ser justo, era preciso confesar que su marido podia compararse por lo inocente á un niño acabado de nacer. Sin embargo, estaba preso por robo con escalamiento y fractura.

Luego llegaban dos mujeres que, sin conocerse, preguntaban por un solo preso, y este encuentro daba lugar á una terrible escena entre ambas, y áun llegaban á las manos, si no lo impedian los circunstancias, y de tal modo escandalizaban, que ambas se quedaban sin ver al infiel, y eran llevadas á la autoridad por desacato y escándalo.

Apénas terminado este escándalo, producíase una escena cómica y triste con motivo de haber encontrado dentro de una tortilla, que una esposa amante llevaba al cautivo esposo, una carta en que se le hab'aba de un *negocio* que traian entre manos amigos y compañeros suyos, cuyas operaciones dirigia él desde la cárcel, como jefe supremo de la partida.

Singular contraste formaba con la desfachatez de tantas personas de malísima facha y desvergonzada actitud que iban á ver á ciertos presos, la tristeza, el abatimiento, la vergüenza, la desesperacion de infelices padres, de miseras madres, de atribuladas esposas que iban á ver á sus hijos ó á sus maridos criminales. ¡Pobres séres, víctimas de la culpa de los que debian haber sido en el mundo su consuelo y su sosten, sufrían horrible dolor al penetrar en aquel lugar de infamia, y llenos de abnegacion, iban á llevar consuelo, á decir palabras de esperanza y de amor á los hijos ingratos, á los maridos malvados!

Cinco meses pasé en aquella cárcel, todo el tiempo que duró la influencia de D. Domingo Puertas, y en ese tiempo tuve ocasion de conocer las más extrañas historias, que, publicadas, parecerian inverosímiles, los más agudos y terribles dolores, las más espantosas miserias, y los lances más cómicos del mundo.

En cada hora habia allí ocasion de reir á carcajadas y de llorar con la mayor aficcion; junto al drama más tremendo se presentaba el sainete más ridículo; las pasiones más impetuosas y avasalladoras se confundian con los vicios más repugnantes; al lado del valor indomable, se veia la cobardía más ruin... Aquello era un mundo horrible; era el infierno del mundo.

Sin las frases de consuelo y de esperanza que me prodigaba Cármen, sin su amor, hubiese muerto desesperado en aquella casa fatal, en aquella atmósfera mortal para todo hombre honrado.

¡Feliz quien no ha respirado nunca el aire inficionado de una cárcel!... Por muy desventurado que haya sido en el mundo, podrá decir que no ha sufrido la mayor de las desventuras.

XXVII

¡Libre!

Una mañana vino Romau muy contento.

—Traigo una buena noticia, me dijo.

—¿Cuál?... He visto desvanecidas tantas esperanzas, que ya desconfío...

—El ministerio cae hoy.

—¿Y qué?

—Pero, hombre, ¿todavía se empeña V. en no ver que la política influye mucho en la suerte de V.?

—Confieso á V. que me asombra siempre esa noticia. Ya he referido á V. el motivo del odio entre don Domingo Puertas y yo...

—Sí; pero, contra la voluntad de V., se ha creído otra cosa, y más vale así. Yo he tenido, en obsequio de V., buen cuidado de no desmentir esa version; al contrario, he inventado lo que V. no se puede figu-

rar, para hacer creer que V. es un político de primera categoría, un liberal de los más tenaces y arrojados.

—Soy el héroe por fuerza.

—Pues, como digo, el gobierno cae, y vuelve á entrar el ministerio que cayó cuando el lance entre don Domingo y V., aquel mismísimo gobierno del que era V. tan entusiasta y apasionado.

No pude ménos de reirme oyendo á Roman.

—Sí, señor, entusiasta, todo lo más entusiasta que se puede ser de un gobierno. Y será V. un infeliz si esta vez tambien desaprovecha la ocasion que se le ofrece de hacer suerte. No tiene V. más que aceptar el cargo que indudablemente se le ofrecerá, y entrar en la vida política, que es muy productiva en este país. V. tiene talento y puede hacer un gran papel. En fin, me voy á adquirir noticias, y si hay alguna de importancia, volveré. El gobierno cae, no tenga usted duda; ¡oh! y si no cayese, era yo capaz de sublevarme, de levantarme contra él... como un solo hombre.

Y se fué precipitadamente, lleno de buen deseo y de interés por mí.

Roman era lo que se llama un buen amigo.

No volvió aquel dia, pero por la noche me escribió con lápiz en un papel:

«Triunfamos. Cayó el enemigo. Trabajo sin cansancio, y será V. feliz si no es tonto.»

El dia siguiente noté gran movimiento entre los empleados de la cárcel.

Iban y venian, el alcaide estaba muy preocupado,

en el interior del edificio habia más soldados que de costumbre, y á la alcaidía llegaban personas desconocidas.

Pregunté á uno de los presos, al que habia pagado, segun todos los indicios, el asesinato de su virtuosa mujer.

—Es que van á poner en capilla á Perez, me dijo, y su acento revelaba un terror, una inquietud que demostraba bien claramente lo que le decia en semejante ocasion su atribulada conciencia.

—¡Ah! exclamé con pesar, ese infeliz es el que asesinó á su bienhechor para apoderarse de la herencia. Dios tenga piedad de su alma.

Y poco despues vino el alcaide, y me dijo:

—Venga V., si quiere ver á ese desgraciado.

Seguí al alcaide maquinalmente.

El reo salió de su calabozo, y respiró con satisfaccion; salia de la oscuridad, y veia la luz, y el aire acariciaba su rostro.

Fué conducido á la habitacion preparada para capilla, y en presencia del juez, del alcaide y de otras personas le fué leida la sentencia.

El desdichado inclinó la cabeza sobre el pecho, y dijo con una triste y apagada voz, que á todos nos conmovió:

—Es justo.

Hiciéronle firmar la notificacion, y fué entregado á dos venerables sacerdotes y á los piadosos hermanos de la Paz y Caridad.

Yo entré con el alcaide tras el condenado.

Este se volvió, miró en derredor, dió un grito, y cayó en mis brazos llorando; llorando le recibí yo; él no me conocía, y había caído en mis brazos maquinalmente, acaso porque entre todos los que estábamos allí yo era el único jóven como él.

Entre sollozos, que casi le impedían hablar, me dijo con acento lleno de amargura:

—¡Hermano mio!

—Sí, tu hermano, le contesté, tu hermano que te ama y te compadece, tu hermano por la voluntad de Dios, de Dios que ya te mira sin enojo y te perdona.

Estas palabras de consuelo le reanimaron.

—¿Quién es V.? me preguntó más sereno.

—Soy, le dije, un pecador como V., un preso como V.

—¿Preso?... ¿Por qué?...

—Por haber maltratado públicamente á un hombre que me había ofendido.

—¡Ah! no es V. un hombre como yo entónces. Yo soy un sér abominable, un malvado... Es justo, es justo el castigo.

Los sacerdotes, que habían dejado pasar aquellos primeros momentos, se acercaron á él, le abrazaron amorosamente, y le preguntaron si tenía algo que decirles.

—¡Oh! exclamó, mucho, mucho, toda mi vida, todas mis faltas, todos mis crímenes.

—Dios es misericordioso, y te perdonará.

—Sólomente Él, por serlo tanto, puede perdonarme.

Dejé al reo con los curas, y fui á salir.

—Amigo mio, me dijo, vuelva V.; al entrar aqui he caido en brazos de V., y V. me ha dicho palabras de amor y de caridad. ¿Quiere V. ser mi amigo en estos dos dias, últimos de mi vida?... Siempre he tenido malos amigos; á lo ménos tendré un amigo bueno durante cuarenta y ocho horas.

—Volveré, le dije, y salí sin poder contener el llanto. En la cárcel habia un silencio inusitado.

El patio estaba tan en calma como si hubieran sido trasladados á otro sitio los presos.

Me asomé, y allí estaban todos, allí estaban quietos, mudos, aterrados.

¡Habia reo en capilla!...

La baraja no funcionaba; nadie se atrevia á turbar con las canciones de costumbre el imponente silencio, todos se miraban con espanto, y todos pensaban en aquellos tristes momentos en el reo, todos pensaban que acaso serian ellos mañana los que se vieran en tan supremo trance.

Habia salido yo á esperar á Roman, que no tardó en venir.

—Alégrese V., me dijo con grandes voces, en cuanto me vió; alégrese V.: está V. libre.

—No es dia de alegrías, amigo mio, contesté.

—¡Hombre! exclamó, V. es un hombre singular.

—¿No advierte V. el silencio, la tristeza que hay en la cárcel?...

—En efecto; no se oye una mosca; ¿se han puesto malos todos los presos?...

— Hay un reo en capilla.

— ¡Ah, desgraciado!... Pero en fin, ¿qué hemos de hacer?... Recoja V. lo que quiera llevarse, y vámonos. Abajo tengo un coche, y el alcaide tiene la orden de poner á V. en libertad.

— Poco á poco; yo no me voy.

— ¡Hombre, por Dios!... ¿Está V. libre, y no quiere salir de aquí?

— No saldré de aquí, amigo Roman, hasta que despida pasado mañana al reo que está en la capilla.

— Es capricho.

— Es un deber. Ese infeliz, que, no sé por qué, sin duda porque somos de la misma edad, se ha fijado en mí al entrar en la capilla, me ha pedido que no le abandone.

Roman comprendió la razon, y no insistió.

El alcaide vino á decirme que me hallaba libre; pero le supliqué me permitiese estar allí hasta que saliera el reo, y accedió de buen grado á mi súplica.

Y volví al lado de aquel desventurado.

Habia confesado y estaba muy tranquilo.

— Amigo mio, me dijo; ¿qué gran consuelo ofrece la religion al que sufre! Ahora lo conozco, ahora veo cuán grata esperanza infunde en el alma, qué dulce paz da á la conciencia la santa religion! Muchos años he visto con indiferencia los actos religiosos, sin tomar parte en ellos. Habia olvidado hasta el *Padre nuestro*, que aprendí cuando niño, y que ahora he vuelto á recordar... ¡Qué sencilla y sublime oración!... ¡Ah! si no la hubiera olvidado, si todos los dias hu-

biese rezado un *Padrenuestro*, no habria sido posible que yo cometiera aquel horrible crimen.

La indiferencia religiosa, continuó, es una de las principales causas, la principal de todas, de los crímenes que con tanta frecuencia se cometen. El hombre que no sabe rezar, que no se acuerda de Dios. que no cree en otra vida, es materia dispuesta para todos los vicios, para todos los delitos.

Tarde conozco todo esto; pero, sin embargo, aún no es tarde para la salvacion de mi alma... ¿no es verdad, padre mio? añadió, dirigiéndose á uno de los sacerdotes.

Despues me refirió toda su vida, me hizo el retrato de la mujer que le habia conducido al crimen, y luego le habia abandonado, y era, por cierto, muy grande la semejanza de aquella desdichada y Soledad. Como ésta, era una mujer muy hermosa, pero sin alma, sin corazon, fria, egoista; una mujer que parecia un ángel y era un demonio de astucia y maldad.

—Si encuentra V., me dijo, una mujer como esa en su camino, huya V. de ella como de una víbora, y acuérdesese V. de mí, acuérdesese V. del pobre reo...

Y rompió á llorar.

—Un gran favor tengo que pedir á V., me dijo.

—Hable V. con entera confianza y en la seguridad de que todo mi afan es servirle.

—Yo conocia á una pobre niña que me amaba sobre todas las cosas de este mundo, buena, modesta, virtuosa, que no tenia la deslumbradora hermosura de la que ha sido mi perdicion; pero brillaba en ella

la más preciosa hermosura, la de la virtud. Esa pobre niña me hubiera hecho feliz, si el demonio no hubiese puesto en mi camino á la infame que me ha conducido á este sitio... La abandoné, la olvidé, ciego por mi funesta pasión. Tengo una carta para esa bendita mujer, una carta en que me despido de ella, y le pido perdón... ¿Querrá V. encargarse de que llegue á sus manos?...

—Sí, señor, lo haré.

—Mucho tengo que agradecer á V.

Muchas personas acudieron á ver al reo en la capilla, haciéndole objeto de importuna curiosidad.

—Si le molesta á V., le dije, la presencia de tantas personas, bastaría hacer al alcaide alguna indicación para que evitase este verdadero abuso.

—No, amigo mio, no hay que decir nada. Tienen curiosidad por ver á un criminal; ¡ojalá aprendan todos en mi ejemplo!...

Todos cuantos veían á aquel infeliz quedaban profundamente impresionados y compadecidos de tan gran infortunio.

El reo era sumamente simpático, y aparecía tan resignado, tan humilde, tan digno, si así puede decirse, en las últimas horas de su vida, que no podía ménos de interesar á todos.

Las dos noches que pasó en la capilla durmió tranquilo, y en la mañana del día de la ejecución, me dijo.

—Hace muchos años que no he dormido tan sosegadamente como estas dos noches. Dios me mira in-

dudablemente con ojos de piedad, y me concede toda su misericordia. Estoy contento, amigo mio.

Era imposible oír con serenidad á aquel hombre tan sereno en el supremo trance.

Sólo Dios podia infundir tal aliento, tal fortaleza á un hombre en aquellos momentos.

A los que lloraban, él mismo los consolaba, diciéndoles:

—No vayan Vds. á afligirme á mí con su aflicción. He contraído una deuda y voy á pagarla; nada más justo. La ley de los hombres me castiga; esto puede entristecer á Vds.; pero Dios me perdona y me va á recibir amorosísimo en su seno; esto debe alegrar á Vds., si me quieren, si son buenos hermanos míos.

La muchedumbre rugía en los alrededores de la cárcel, esperando impaciente al infeliz reo, para sorprender sus movimientos, sus gestos, para verle morir.

Sonaban tambores, galopar de caballos, voces infinitas, gritos, silbidos.

Todo estaba dispuesto.

Ya habia yo puesto la hoga al desventurado; no habia permitido que se la pusiera el ejecutor de la justicia; ya iba á salir de la capilla, ya se oía á los presos del patio entonar la *Salve*, dirigidos por un sacerdote, cuando entró apresurado el juez, seguido de sus dependientes, y las autoridades civiles, y gran número de personas.

—S. M. la reina (q. D. g.), dijo el juez con solemne conmovido acento, indulta al reo.

Este cayó como herido de un rayo.

Los que presenciábamos aquella escena prorumpimos en exclamaciones de alegría, en *vivas* á la reina, y nos abrazábamos sin conocernos, como si nos viéramos libres de un gran peligro.

La noticia corrió rápidamente por la cárcel, y en las salas, en los calabozos, en el patio se oyeron las mismas exclamaciones de placer y satisfacción, y entusiastas *vivas* á la reina, que habia tenido la dicha de perdonar á un desgraciado.

El reo fué trasladado á la enfermería, donde se le prodigaron los auxilios que reclamaba su estado.

Y yo, que nada tenia ya que hacer en la cárcel, salí de allí con Roman, que habia ido á buscarme, y puedo asegurar al lector que nunca me he considerado tan feliz como en aquel momento.

Me veia libre despues de algunos meses de cautiverio, y acababa de ver cómo habia resucitado un hombre, que, si habia sido malo, ya era bueno, y ya Dios le habia perdonado.

Cuando salimos de la cárcel se retiraba el público que habia estado esperando en las inmediaciones de la cárcel la salida del reo; se retiraba visiblemente contrariado.

Habia ido á ver una funcion, y la funcion se habia suspendido.

Hubieran querido algunos gritar, como en los toros: — «Que nos devuelvan el dinero,» para armar un escándalo y desfogar el mal humor.

Contentábanse con murmurar.

—Yo me alegro, decia uno, pero ya podian haberle perdonado ayer, y no hubiese perdido yo medio dia de jornal.

—Pues y yo, que estoy desde las cinco de la mañana sentada en frente de la cárcel, exclamaba una mujer desventurada que llevaba un niño en sus brazos.

—Y puede que ahora se muera el reo de alegría, que ya ha habido casos, y entónces, ¿qué se ha adelantado con perdonarle?... decia un chusco.

Y otro chusco observaba:

—Pues se ha perdido el reo un paseo magnífico y saludable, porque el dia está hermosísimo.

—Hombre, siquiera debieran haberle sacado un rato para que le viera el público, añadía un mocito.

—Para la primera vez que venia yo á ver esto, no me han dado mal chasco.

Apresuramos el paso por no oir semejantes frases, que demostraban una crueldad espantosa, y daban claramente á entender lo implacable que es el vulgo, y lo que endurece el corazon la indiferencia religiosa.

XXVIII

Sorpresas.

Mi patrona me recibió con los brazos abiertos y con los ojos entornados, pues las lágrimas le impedían abrirlos, y no pude ménos de sentir una dulce emoción al ver aquella prueba de afecto de la buena mujer.

Pero pronto resonó en mi corazón el eco de otra voz que me llamaba desde mi habitación.

Entré, y quien me llamaba era mi madre, mi buena y santa madre.

Mi madre había sabido, por más que yo había tratado de ocultárselo, que me hallaba preso, y no dudó un momento en trasladarse á Madrid.

Había llegado el día anterior al de mi salida de la cárcel, y Roman, que sabía que iba á ser yo puesto en libertad, que ya lo estaba, no le permitió ir á bus-

carne; hubiera sido una gran amargura para la pobre madre entrar en aquel lugar de infamia y de tristeza.

Esta sorpresa fué una gran alegría para mí, y excuso pintar la tierna escena á que dió lugar. El lector la comprende sin necesidad de que yo la describa.

—Ya no nos separaremos nunca, dije á mi madre.

—No, hijo mio, nunca.

—Si V. hubiera estado conmigo, nada me habria sucedido; no hubiese desperdiciado el tiempo en necias aventuras, ni habria estado expuesto á perderme para siempre.

—Hijo mio, cuando estuvo en nuestra casa, en el pueblo, aquella mujer tan hermosa, grandes temores me asaltaron por tí, y cuando viniste otra vez á Madrid, llena de pesar y zozobra quedé. No era buena aquella mujer; miéntras estuvo en casa, no la oí rezar una sola vez.

Interrumpió la conversacion con mi madre un dependiente de la presidencia del Consejo de ministros, que venia á suplicarme pasara á avistarme con su jefe.

—Ya pareció aquello, dije, recordando la posicion política que me habian hecho los sueltos de los periódicos.

—¡Ay, hijo mio! exclamó mi madre toda sobresaltada; ¿qué nueva desgracia te amenaza? ¿Para qué te llama ese hombre?

—No se asuste V.; esta no es desgracia, es fortuna.

—¿Qué tienes tú que ver con los ministros?

—Nada; pero parece que ellos se empeñan en que tenga que ver.

Sali, y me presenté al presidente del Consejo.

—Ya sé, me dijo, los sacrificios y penalidades de usted por la causa de la libertad.

—Señor, la bondad de V. E...

—Nada de tratamientos; somos dos amigos, dos correligionarios.

—Es V. muy amable.

—He hablado con mis compañeros acerca de usted, y hemos convenido en premiar convenientemente sus servicios, su amor á nuestros principios, y sus sufrimientos por la causa de la libertad.

—No sé cómo pagar...

—Veo que es V. hombre enérgico; dígalo el bueno de D. Domingo Puertas, ese reaccionario miserable... En provincias necesitamos personas de carácter, de inteligencia y probidad, y propongo á V. la secretaría del gobierno civil de Barcelona, que es un punto de gran importancia en estas circunstancias. No es todo lo que quisiéramos dar á V.; pero como no ha sido V. empleado hasta ahora, es preciso no dar lugar á que los periódicos hablen de improvisaciones, favoritismo y demas lugares comunes con que la prensa procura el desprestigio de todo gobierno. Conque cuento con la aceptacion de V...

—No sé si debo... Yo no merezco, señor ministro...

—Vaya, vaya; déjese V. de escrúpulos.

—Yo no he hecho ningun servicio...

—Podrá V. hacerlo...

—No tengo práctica, apenas conozco las leyes; de administracion no entiendo una palabra.

—No se trata ahora de eso; se trata de hacer las elecciones, y ganarlas. En ese punto, ateniéndose usted á las instrucciones que se le darán, nos servirá perfectamente, y el Gobierno sabrá recompensar su celo.

No hubo más remedio que admitir.

Y vean Vds. por qué medios tan sencillos, sin saber cómo ni cuándo, sin mérito alguno, me vi improvisado secretario de un gobierno civil importante, mientras hombres llenos de méritos y servicios se morian de hambre en el inmenso panteon de los cesantes.

Cármen fué á verme con su hermana, y tuvo una agradable sorpresa encontrando en mi casa á mi madre. Mi madre y Cármen tenian los mismos rectos, elevados y generosos sentimientos, y en la primera entrevista se hicieron muy amigas. Habló Cármen de su familia, y resultó que mi madre habia conocido en bonancibles tiempos á la de la pobre costurera.

Referí á mi madre cómo nos habíamos conocido Cármen y yo, y con cuánto amor y caridad me habia cuidado en los dias que estuve sufriendo las consecuencias de la paliza que me recetó D. Domingo.

Mi madre sorprendió pronto el sentimiento que alentaba en el corazon de Cármen, y ella misma fué quien me dijo que, si queria ser feliz, no eligiese otra

compañera de mi vida, otra madre para mis hijos, que la noble y virtuosa costurera.

Esta me hizo el honor de aceptar mi mano y mi nombre.

—Pero, me dijo, ya no volveremos á ver nunca á aquella gran señora, tan elegante, tan orgullosa, que dos veces he visto al lado de V., y á la que, si en mi corazón pudiera tener cabida el odio, aborrecería con toda mi alma...

—¡Oh, no! Juro que no me acuerdo para nada de esa mujer funesta.

Y el perro, como si lo entendiera, se deshacía en halagos y caricias á Carmen, á mi madre, á Roman y á mí. Estaba loco de alegría.

Y no era extraño; había pasado cinco meses sin verme.

—Esa señora, á quien alude esta señorita, dijo Roman, se casa: ayer lo he sabido por los periódicos.

—¿Se casa? pregunté.

—Sí, señor; y ¿á que no adivina V. con quién?...

—No acierto; con algun infeliz.

—No, señor.

—Hoy es día de sorpresas.

—Se casa... ¿no lo acierta V.?...

—No lo acierto.

—Pues se casa con D. Domingo Puertas.

—¿Es posible?

—Sí, señor; D. Domingo Puertas, que la despreciaba cuando no era más que doncella del piso segundo, se casa con ella ahora que la ha visto solici-

tada por hombres de gran posición, de dinero, hasta de talento.

—¡Oh! ¡qué horrible vida les espera!...

—¿Por qué? Son tal para cual.

—Sí; pero tienen un hijo, un hijo arrojado á la Inclusa, y que nunca podrán conocer ni legitimar.

Y referí la terrible conmovedora escena, á que asistí en la Inclusa, y que el lector recordará sin duda.

—¡Oh! ¡qué horror! exclamó mi madre.

—¡Qué desventura! añadió Cármen, profundamente pensativa.

—Cuando llegue la vejez para esos esposos, continuó mi madre, ¡qué terribles días, qué penosos remordimientos!... Su hijo, ¿dónde estará entonces?... Acaso, entregado al crimen, maldecirá á los ignorados autores de su existencia... ¡Horroriza pensar en el porvenir de esos desdichados!...

.....
 Dos días después anunciaban los periódicos:

«La discreta y elegante reina de nuestros salones; la hermosa viuda del opulento mejicano, muerto en un naufragio, como saben nuestros lectores, ha contraído matrimonio ayer con el acaudalado Excmo. señor D. Domingo Puertas; la ceremonia se verificó en la capilla del palacio de este señor, asistiendo todo lo más distinguido de Madrid. Mañana darán un baile en celebridad de su ventura, y pasado mañana saldrán para París.

»Se han unido el hombre más honrado y la mujer

más noble y virtuosa. No pueden ménos de ser muy dichosos.»

—Así se engaña al mundo, exclamó Roman.

—Pero así no se engaña á Dios, dijo mi madre.

XXIX

Trágica muerte del perro, y fin de estos recuerdos.

El día siguiente salimos Roman y yo, y el perro se vino con nosotros.

Ibamos á dar los pasos precisos para mi casamiento.

Atravesábamos la calle de Alcalá, y nos detuvimos para dejar paso á una carretela magnífica que venia hácia la Puerta del Sol.

El perro estaba delante de nosotros.

Pasaban otros coches al mismo tiempo, y el cochero de la carretela echó los caballos hácia nosotros para dejar paso á otro carruaje.

En la carretela venian D. Domingo Puertas y su

señora, vestida como una reina y hermosa como siempre.

Yo miré á Soledad, y me olvidé del perro.

Sonó un aullido terrible.

El coche pasó á escape.

Y allí quedó el pobre perro, el leal y cariñoso animal, con la cabeza deshecha por la rueda.

Soledad me vió, y se puso lívida; su marido se puso verde.

Y yo me eché á llorar viendo los restos del pobre-cito animal.

Y ahora que hablo del perro, he de suplicar á mis lectoras, ya que estos recuerdos se publican, que no crean que pienso hoy lo que dije en uno de los primeros capítulos, haciendo el elogio de los perros. Aquellas extravagantes ideas las he olvidado ya.

Hoy proclamo que en la mujer buena y virtuosa es donde reside la ventura del hombre, y que no hay felicidad comparable á la del matrimonio, si éste se ha fundado en el amor puro, sincero, desinteresado, y si el esposo y la esposa no tienen otro afán, otro pensamiento que el grato cumplimiento del deber y la mutua felicidad.

Es preciso tener en la juventud mucha cordura, si ha de lograrse luego la felicidad y el reposo en la edad madura; es preciso no perder el tiempo en estériles devaneos, no frecuentar peligrosas amistades y no ceder nunca al influjo de las malas pasiones.

¡Cuántos hombres han perdido su porvenir, han caído en la más miserable abyección, han malogrado

su talento por haber sido poco prudentes en la juventud, por haber malgastado en torpes amoríos, en calaveradas y locuras el tiempo mejor, el tiempo tan propicio para el estudio y para fundar sólidamente el futuro bienestar!...

La vida del calavera, del jugador, del seductor de oficio, es una triste y miserable vida, inútil para el bien, y que sólo puede producir larga cosecha de males y desventuras.

...de la vida...
...de la vida...
...de la vida...

...de la vida...
...de la vida...
...de la vida...

...de la vida...
...de la vida...
...de la vida...

...de la vida...
...de la vida...
...de la vida...

...de la vida...
...de la vida...
...de la vida...

...de la vida...
...de la vida...
...de la vida...

...de la vida...
...de la vida...
...de la vida...

...de la vida...
...de la vida...
...de la vida...

EPÍLOGO.

Hasta el capítulo anterior llega el manuscrito del autor de estos recuerdos, mi querido amigo Ramon, de cuyo manuscrito me incauté, como ahora se dice, para cumplir mi compromiso de escribir el tomo cuarto de los *Cuentos de salon*.

—Ahora falta, dije á mi amigo dias pasados, que para terminar la novela de tus recuerdos, me digas qué ha sido de alguno de los personajes que se citan en el manuscrito.

—Pues apunta, me dijo Ramon.

—Puedes empezar á dictar.

—Soledad vivió con D. Domingo poco tiempo, como que le aborrecia cordialmente, y se habia casado con él porque verdaderamente no podia casarse con otro, toda vez que, si lo hubiera intentado, don Domingo hubiese descubierto la historia de *la don-*

cella del piso segundo é impedido el matrimonio. Despues de mil aventuras que no son para referidas, Soledad cayó en la mayor degradacion, y hoy se encuentra en la miseria.

—¿Y D. Domingo?

—D. Domingo, por uno 'de esos golpes mortales que la fortuna asesta á los mismos á quienes ántes ha favorecido, lo ha perdido todo, y vive con lo poco que ha podido salvar de la ruina; pero él y su mujer vivirán corto tiempo.

—¿Por qué?

—Porque él tiene esa terrible enfermedad que se llama vulgarmente la *solitaria*, y ella una afeccion al pecho.

—¿Y Roman?

—Roman se ha corregido del vicio del juego, ha aprovechado el tiempo, y es un distinguido jurisconsulto.

—¿Y la hermana de Cármen?

—Mi cuñadita va á casarse un dia de estos con un bizarro militar.

—¿Y aquel infeliz reo?...

—Desde el presidio de Valencia me escribió una carta cariñosísima, y poco despues murió conrito y arrepentido.

Y no preguntes más, porque tengo mucho que hacer, y no puedo detenerme.

Concluye, pues, diciendo que soy feliz, que Cármen, mi mujer, es feliz tambien; que mi madre vive todavía y es muy venturosa al lado de sus hijos y de

sus nietos, y que á todos los lectores solteros les deseo que hallen mujer tan buena como la mia, y á todas las lindísimas lectoras que sepan elegir bien el marido, porque de su buena ó mala eleccion depende su ventura.

—Oye, ¿y aquel hijo perdido?...

—¿Quién sabe lo que habrá sido de él?... Lo único que se sabe con seguridad es su infortunio; porque, ¿cuál otro puede compararse con el de no saber de quién se ha nacido?...

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
I. Un recién nacido arrojado á la calle...	5
II. Quién era la que arrojó á la calle al recién nacido.....	12
III. Mi conversacion con la doncella del piso segundo , y cómo se me perdió el perro, y cómo lo encontré.....	22
IV. El protagonista de estas aventuras, para olvidar á la doncella del piso segundo, no halla medio mejor que galantear á todas las mujeres que encuentra en su camino.—Con esta ocupacion olvida naturalmente sus estudios, pierde un tiempo precioso, y no logra ningun provecho.....	40
V. Como es tan largo el epigrafe del capítulo anterior, puede servir tambien para este.....	47
VI. El ángel bueno y el ángel malo.....	55
VII. La casa de la costurera.....	65
VIII. La costurera.—Mucha prosa.....	73
IX. Reflexiones oportunas , ó inoportunas, como quiera el lector.....	81
X. La doncella del piso segundo, un frances y yo.....	87

XI. En la aldea.....	98
XII. Soledad.....	106
XIII. Carta de la costurera. — Expresiones del perro.....	112
XIV. Quién era el seductor de Soledad.....	117
XV. El hospital.....	123
XVI. Regocijo de los vecinos y del perro.....	133
XVII. Escena conyugal.....	138
XVIII. Un hijo perdido.....	145
XIX. La casa de juego.....	157
XX. Sigue el juego: gano y me pierdo.....	180
XXI. De cómo faltó poco para hacerme perso- naje político.....	199
XXII. De cómo me arrimaron una paliza.....	211
XXIII. Quince días de cama.....	218
XXIV. Al borde del abismo.....	231
XXV. De cómo puede suceder que á un hom- bre honrado le convenga ir á la cárcel.....	242
XXVI. La cárcel.....	251
XXVII. ¡Libre!.....	262
XXVIII. Sorpresas.....	273
XXIX. Trágica muerte del perro, y fin de estos recuerdos.....	279
EPÍLOGO.....	283

LIBRO DE ANUNCIOS

DE LOS

CUENTOS DE SALON.

CONDICIONES.

El tipo para la impresion y pago de los anuncios será *una página*; ésta se dividirá, para los que quieran reducir el anuncio y que les cueste menos, en página, media página, tercio de página, cuarto de página y octavo de página, como se verá en la tarifa de precios y en los modelos que van al pié, para mayor claridad.

Los anunciantes obtienen ventajas en el precio, gradualmente, segun abonen mayor número de meses.

Todo el que inserte un anuncio en el LIBRO de los CUENTOS DE SALON tendrá derecho á recibir GRATIS el tomo ó tomos donde se insertáre aquél.

Los anuncios se recibirán en la Administracion, plaza de Matute, 2, hasta el dia 20 de cada mes, para que puedan imprimirse en el tomo que se ha de repartir en los úl-

timos dias del mismo. Se admiten *clichés*, teniendo en cuenta el lugar que han de ocupar.

A fines del presente año aparecerá el ALMANAQUE DE SALON PARA 1873, del cual, como hay grandes pedidos y será un libro originalísimo, se prepara una edicion de VEINTE MIL EJEMPLARES, y desde ahora se reciben anuncios para colocarlos en el ALMANAQUE, debiendo pagar DOBLE PRECIO del tipo mensual señalado en la tarifa.

Los anunciadores por año adquieren el derecho de que sus anuncios se inserten GRATIS en el ALMANAQUE.

Estando perfectamente marcados en la tarifa los precios y dimensiones de los anuncios, las personas de provincias, de Ultramar ó del extranjero que quieran utilizar el LIBRO, enviarán por el correo al administrador de los CUENTOS DE SALON, plaza de Matute, 2, el anuncio y su importe, y se les devolverá por el mismo conducto un recibo talonario para su resguardo.

Por supuesto que, estando destinados los CUENTOS DE SALON á andar en manos de las damas y de personas de buen gusto, no se admitirán anuncios relativos á enfermedades, objetos ni libros repugnantes á la moral.

TARIFA DE PRECIOS.

	Un mes.	Dos meses.	Tres meses.	Semestre.	Año.
	Rs. vn.	Rs. vn.	Rs. vn.	Rs. vn.	Rs. vn.
Una página. . . .	100	180	260	500	900
Media página. . .	60	100	140	260	500
Tercio de página.	40	70	100	180	320
Cuarto de página.	30	50	80	140	240
Octavo de página.	20	30	40	70	120

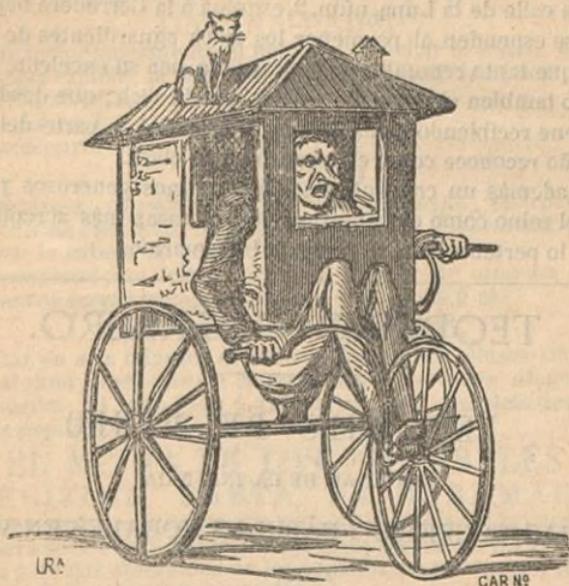
EL DIOS MOMO

PRECIO

4 RS.

PRECIO

4 RS.



ALBUM

de cuentos, chistes, mentiras, exageraciones, extravagancias de los más célebres escritores antiguos y modernos,

RECOPIADO

POR UNO QUE NO LO ES.

Se vende en Madrid en la librería de la señora viuda é hijos de Escribano, calle del Príncipe, 25, y en la Administración de *El Cascabel*, plaza de Matute, 2.

ULTRAMARINOS.

En la calle de la Luna, núm. 2, esquina á la Corredera baja de San Pablo, se espended al pormenor los ricos aguardientes de Oggen y arroz, que tanto renombre han alcanzado por su excelente calidad, así como tambien el exquisito salchichon de Vich, que desde largos años viene recibiendo dicha casa, y que la mayor parte del público madrileño reconoce como el primero en su elase.

Hay además un completo surtido en vinos generosos y licores, tanto del reino como extranjeros, de las casas más acreditadas, y en todo lo perteneciente al ramo de Ultramarinos.

TEODORO GUERRERO.

LECCIONES DE MUNDO

PÁGINAS DE LA INFANCIA

MÁXIMAS, CONSEJOS Y FÁBULAS MORALES EN VERSO.

—
Sexta edicion.
—

Se vende á 5 rs. en la Administracion de los CUENTOS DE SALON, plaza de Matute, 2, y en las librerías de Madrid.

A provincias se remite certificado, librando 6 rs. al autor, en Madrid, calle de San Andres, núm. 1, principal.

Hay existencias de ejemplares: en *Barcelona*, librerías de Bastinos y de Puig; en *Cádiz*, Verdugo; en *Zaragoza*, Gallifa; en *Sevilla*, Fé; en *Valladolid*, hijos de Rodriguez; en *Málaga*, Moya; en *Búrgos*, Rodriguez Alonso; en *Valencia*, Badal, y en *Guadalajara*, Antelo.

Tomando ejemplares por mayor, se hace una gran rebaja.

PREPARADOS ESPECIALES

DEL DOCTOR DON TOMAS PADRÓ.

TINTURA-PADRÓ

para teñir instantáneamente el pelo sin manchar el cutis, ni atacar la substancia capilar, la más barata y la más fácil de aplicar, por ser la operación sencilla.

¡Transformación sorprendente!
¡Exito seguro!—Una caja, 48 rs.

TRICOFERO

para restablecer, conservar y embellecer el cabello, estirpar la caspa y las costras, precaver la calvicie, curar las enfermedades de la piel y lavar la cabeza en pocos minutos.

Este preparado no debe faltar en el tocador de ninguna persona que desee conservar la cabeza limpia.—Un frasco 6 rs.

DEPILATORIO IMPERIAL

para quitar en seis minutos el vello de las partes pilosas sin consecuencia alguna, pues que en su composición no entra ninguna sustancia cáustica. El vello llega á desaparecer por completo despues de repetidas depilaciones.—Un bote 10 rs.

EL MEJOR DE LOS PECTORALES

LEGÍTIMA PASTA DE JARAMAGO

La brevedad con que cura la tos seca ó húmeda, la coqueluche, la ronquera seca ó con estincion casi completa de la voz, el mal de garganta y demas afecciones de los órganos respiratorios, le ha hecho alcanzar un renombre merecido.

Los oradores la usan ántes de tomar la palabra, ó así que cansados de perorar se les debilita la voz.—Una caja 4 rs.

PASTILLAS DE LECHE DE BURRA.

Estas pastillas se usan como alimento y medicamento, contra la tos reciente y crónica, los catarros crónicos y envejecidos, las afecciones de los pulmones en todos sus períodos, las alteraciones de las vías respiratorias, las inflamaciones bronquiales y de la garganta, la consunción lenta, la fiebre aguda y lenta, la ronquera, las indisposiciones catarrales ocasionadas por los cambios atmosféricos, y contra los desarreglos del estómago.

La leche de burra tiene suma importancia en la terapéutica, y es tanto su consumo en el día, ya como alimento, ya como medicamento, que ha llamado nuestra atención al averiguar si seria posible en casos dados administrarla en una densidad determinada, reduciéndola á pastillas ó en su estado natural.—Una caja 4 rs.

PASTILLAS DE AZUFRE.

Estas pastillas curan todas las afecciones cutáneas, como la sarna, las herpes, la tos herpética, y las enfermedades que dimanen de la sangre.—USO.—De cuatro á seis pastillas diarias.—Caja 4 rs.

BARCELONA.—Farmacia de la Sra. viuda de T. Padró.

MADRID.—Farmacias de Ulzurrun, Sanchez Ocaña, Moreno Miguel, Simon, Yust, R. Hernandez, etc.

LA CONFIANZA

FÁBRICA DE CHOCOLATE Y BUJIAS DE CERA DE ABEJAS

DE

JUAN PANERO

En ASTORGA, provincia de Leon.

PREMIADO EN LA EXPOSICION DE VALLADOLID
POR SUS BUJÍAS DE CERA.

Los *Chocolates* de esta fábrica, por su esmerada elaboración, son tan superiores, que nada dejan que desear á la persona del más delicado gusto; pues es tan fino su molido (á pesar de hacerlo á brazo), que no se percibe grano alguno al tomarlos. Tales circunstancias hacen que esta Fábrica sostenga con orgullo la fama que siempre han tenido los *Chocolates de Astorga*.

Los pedidos, que se sirven con la mayor puntualidad como lo acreditan los muchos que se le hacen de provincias, pueden dirigirse á D. Juan Panero, en Astorga; ó á su representante en Madrid, D. Juan M. Elices, calle del Olivar, núm. 13, cuarto tercero, el cual, por cuenta de la fábrica, los expende á 4, 5, 6, 7, 8, 9 y 10 reales libra de 460 gramos.



REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA

POR DON CARLOS FRONTAURA

Se han publicado cuatro tomos, y se está publicando el quinto.

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusión de bellos grabados.

En los tomos publicados aparecen las firmas de los hombres más eminentes de España.

Precios: en Madrid 12 rs. trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias, 15, 28 y 50 respectivamente.

Los tomos publicados se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la Administración, plaza de Matute, 2.

A todo el que se suscriba, se le regala el magnífico

ALMANAQUE DE LOS NIÑOS PARA 1872,

que contiene 26 láminas y una comedia para los niños.

Es la publicación más elegante, más útil y más artística.

DROGUERIA EN SAN SEBASTIAN DE EUSEBIO TORNERO

PLAZA DE GUIPÚZCOA, NÚMERO 6

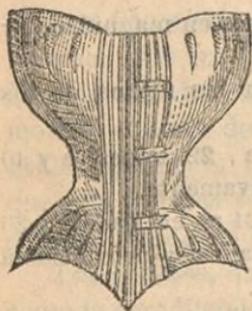
**Esquina á la calle de Bengoechea, frente al correo:
primero y único establecimiento de su clase**

SURTIDO GENERAL DE ARTÍCULOS PARA LA MEDICINA, LA INDUSTRIA
Y LAS ARTES.

ESPECIALIDADES FARMACÉUTICAS, NACIONALES Y EXTRANJERAS.—
VENTAS POR MAYOR Y MENOR.—EXPEDICIONES Á TODOS PUNTOS.

El creciente favor que este establecimiento recibe del público consumidor, y los muchos y buenos parroquianos que ya ha adquirido en la provincia y en el interior, es la mejor prueba del gran surtido y superioridad de sus géneros, á la vez que de la baratura de sus precios.

Para los pormenores, pídase el *Catálogo*.



FABRICA DE CORSES

Y

CORSES-FAJAS HIGIENICOS

Recomendados por la medicina, sujetan y disminuyen el vientre, y se fabrican bajo la direccion del doctor en Medicina Sr. Mora. Esta fábrica está en combinacion con la tan acreditada de MM. Lerroy, Gisbert, y Compañía de Paris, premiados con varias medallas.

Corsés para señora, desde 6 reales.

Idem para señorita, desde 5.

Idem para niña, desde 4.

Corsés-fajas, á medida, desde 30.

Fajas ortopédicas, desde 20.

On parle francais. English spoken. Si parla italiano.

PLAZA DE CELENQUE, 1, MADRID.

GENARO FRANCO SASTRE

Artículos de novedad.—Gran surtido de géneros franceses é ingleses.—MADRID: Carrera de San Jerónimo, 10, principal, derecha.

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO ILUSTRADO PARA LAS SEÑORAS

DIRIGIDO POR DOÑA ANGELA GRASSI.

ADMINISTRACION. — PLAZA DE PRIM, NUM. 2. — MADRID

Tres mil quinientos grabados en negro, 400 patrones, 1.200 dibujos para bordados y 48 figurines iluminados en París.

El Correo sale cuatro veces al mes, en los días 2, 10, 18 y 26.

EDICION DE LUJO.

MADRID.	Rs. vn.	PROVINCIAS.	Rs. vn.
Un año	120	Un año	144
Seis meses	62	Seis meses	74
Tres idem	32	Tres idem	38
Un mes	12		

Islas de Cuba y Puerto Rico. Un año, 10 pesos: seis meses, 6 pesos.

Islas Filipinas y el Continente de América. Un año, 15 pesos.

En el Extranjero. Un año, 160 rs.

EDICION ECONOMICA.

MADRID.	Rs. vn.	PROVINCIAS.	Rs. vn.
Un año	72	Un año	84
Seis meses	38	Seis meses	46
Tres idem	20	Tres idem	24
Un mes	8		

Extranjero: Un año. 120

Las señoras que se suscriban á *El Correo de la Moda* por un año, recibirán como regalo dos hermosos figurinos dobles; las que lo sean por seis meses, uno, ó sea el que corresponde al semestre.

Se envía grátis y franco de porte un número de muestra á cuantas personas lo deseen.

ANTONIO GARCÍA JOYERIA Y PLATERIA

CALLE DE LA MONTERA, 7. — MADRID

TEODORO GUERRERO

LECCIONES FAMILIARES.

PÁGINAS MORALES EN PROSA PARA LA INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA

—
TERCERA EDICION, CON LÁMINAS.
—

Se vende en Madrid á 5 rs. en la Administracion de los *Cuentos de salon*, plaza de Matute, 2, y en las librerías.

A provincias se remite certificado, librando 6 rs. al autor, en Madrid, calle de San Andres, 1, principal.

Tomando ejemplares por mayor, se hace una gran rebaja.

EL CASCABEL

PAPEL PÚBLICO

ESCRITO POR CARLOS FRONTAURA.

Contiene artículos de costumbres, de critica, tipos de la época, estudios humorísticos, diálogos cómicos, poesías festivas, cuentos graciosos, sucedidos no tan graciosos, sueltos políticos, etc., etc.

Cuesta NUEVE reales el trimestre en Madrid y DIEZ en provincias.

Reparte todos los meses un cuaderno de

COSAS DEL AÑO.

Historia completa de todos los meses del año, conteniendo todas las leyes, documentos oficiales, etc., etc., y gran copia de noticias varias.

Se da grátis á los suscritores de *El Cascabel*.

Cada cuaderno, DOS reales.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA

Y AMERICANA.

Este periódico en el poco tiempo que cuenta de existencia ha logrado captarse las simpatías del público ilustrado, pues en él aparecen siempre las primeras firmas de España, tanto en la parte literaria como en la artística.

A quien desee conocerlo se le remite por vía de muestra un número **grátis.** Dirigirse á la administracion, Carretas, 12, principal, Madrid.

En provincias se suscribe en las principales librerías y establecimientos correspondientes de *La Moda Elegante Ilustrada.*

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

REPRODUCCION FOTO-TIPOGRAFICA

DE LA

PRIMERA EDICION DE ESTA OBRA INMORTAL

Dirigida por

D. FRANCISCO LOPEZ FABRA

Y PUBLICADA BAJO LOS AUSPICIOS DE UNA ASOCIACION PROPAGADORA
presidida

POR EL EXCMO. SR. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Constará esta obra de 26 entregas á 20 rs. una.

Se han publicado 13 entregas.

Las suscripciones pueden dirigirse á D. Carlos Frontaura, secretario de la Asociacion, ó á la Administracion, Carrera de San Jerónimo, 41, tercero.

BARAJA GEOGRAFICA

PARA RECREO É INSTRUCCION DE LOS NIÑOS

POR D. FRANCISCO LOPEZ FABRA

Esta baraja se halla de venta en la Administracion de *El Cascabel*, á 12 rs. ejemplar.

Los señores suscritores á *Los Niños*, á *El Cascabel*, ó á los *Cuentos de salon*, pueden obtenerla por la mitad de precio.

Los señores de provincias deberán remitir sobre el precio de la *Baraja* un sello más, para recibirla á vuelta de correo.

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA ADMINISTRACION DE

EL CASCABEL

PLAZA DE MATUTE, 2

- Las Tiendas*, por D. Carlos Frontaura. Un tomo, 8 rs.
Caricaturas y retratos, por el mismo. Un tomo, 8 reales.
Cosas de Madrid, por el mismo. Un tomo, 8 reales.
Galería de matrimonios, por el mismo. Un tomo, 8 rs.
Historias tristes, por el mismo. Un tomo, 4 reales.
El Caballo blanco, por el mismo. Un tomo, 4 reales.
El Barbero de París, por Paul de Kock. Un tomo, 6 rs.
En el Sitio, por D. R. Sepúlveda. Un tomo, 4 reales.
Lluvia menuda, por el mismo. Un tomo, 4 reales.
Un marido perdido, por Paul de Kock. Un tomo, 2 rs.

MUSICA BUENA Y BARATA

- La Tertulia*, coleccion de piezas de baile, 2 reales.
Album del pianista. 6 reales.
Veintiuna piezas de música de baile, 5 reales.
-

ACADEMIA DE DERECHO

Dirigida

POR EL DOCTOR D. FRANCISCO LASTRES

MADRID, REINA, NÚM. 45.

Enseñanza y repaso de todas las asignaturas de la facultad, con arreglo á los programas universitarios. Preparacion para los grados.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

PERIÓDICO ESPECIAL PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS.

Las modas más recientes, representadas por los figurines iluminados mejores que se conocen; las explicaciones más detalladas que se pueden desear; la moralizadora lectura de sus novelas y artículos, hacen que esta publicación no tenga rival ni aún en el extranjero.

A las señoras que deseen conocerlo se les remite **grátis** un número, por vía de muestra, pidiéndole á su administracion, Carretas, 12, principal, Madrid.

En provincias se suscribe en las principales librerías y establecimientos correspondientes de *La Ilustracion Española y Americana*.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

LÍNEA TRASATLÁNTICA.

Salida de Cádiz los días 15 y 30 de cada mes, á la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana.

Salida de la Habana tambien los días 15 y 30 de cada mes, á las cinco de la tarde, para Cádiz directamente.

TARIFA DE PASAJES.

	Primera cámara.	Segunda cámara.	Tercera ó entrepuente.
	Pesos.	Pesos.	Pesos.
De Cádiz... } Puerto-Rico.....	150	100	45
} Habana.....	180	120	50
Habana á Cádiz.....	200	160	70

Camarotes reservados de primera cámara de sólo dos literas á Puerto-Rico, 170 pesos; á la Habana, 200 cada litera.—El pasajero que quiera ocupar sólo un camarote de dos literas, pagará un pasaje y medio solamente.—Se rebaja un 10 por 100 sobre los dos pasajes al que tome un billete de ida y vuelta.—Los niños de menos de dos años, grátis: de dos á siete, medio pasaje.—Para Sisal, Veraacruz, Colon, etc., salen vapores de la Habana.

LA GUIRNALDA

periódico quincenal, dedicado al bello sexo

DIRIGIDO

POR D. JERÓNIMO MORAN

Publica: Poesias, novelas, artículos amenos é instructivos, charadas, acertijos y geroglíficos.

Reparte: Grandes pliegos de dibujo, para bordar al realce, con lausin, sedas y oro, cuajados de letras, cifras, emblemas y caprichosas fantasias; otros para crochet, láminas en colores para cañamazo; figurines hechos *exprofeso* en París y piezas de música lujosamente grabadas, para canto y piano ó para piano solamente,

La administracion se halla en Madrid, calle del Barco, 2. tercero.

Precios.—4 rs. al mes en Madrid, y en provincias 14 reales trimestre, 28 semestre y 50 el año, pagado por adelantado.

Se suscribe además en las principales librerías.

MANUEL DE TORRE

SOMBRILLAS, ABANICOS Y PARAGUAS. ELEGANCIA Y BARATURA.

Madrid, calle del Arenal, 14, esquina á la Plaza de Celenque.

IMPRESA DE LA VIUDA DE GALIANO E HIJOS.—
Director, D. Luis García.—Se hacen toda clase de trabajos tipográficos con el mayor esmero y puntualidad. En este establecimiento se ha fundado un *Centro administrativo* para las empresas de publicaciones periódicas.

Madrid: plaza de los Ministerios, 2.

PERFUMERIA DE PASCUAL

Objetos de tocador, neceseres, cosméticos, peines y cepillos.

Madrid, calle del Arenal, 2.

DOCTOR D. J. CARLOS GARDINER

Cirujano-dentista de la Universidad de Baltimore (Estados Unidos de América), sócio de mérito y corresponsal de la sociedad de cirujanos-dentistas de Nueva-York, etc., etc.

Madrid: Carrera de San Jerónimo, 55.

GUIA OFICIAL DE LOS FERRO-CARRILES DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL

Único indicador mensual aprobado por todas las compañías de ferro-carriles. Se vende en todas las estaciones á 2 reales.

Administración: calle de Leganitos, 17, entresuelo.

EUGENIO SOBRINO.—OBRADOR DE ENCUADERNACION.—Se hace toda clase de encuadernaciones con prontitud, baratura y elegancia. Se venden á 6 rs. los tomos de los *Cuentos de salon* encuadernados en tela inglesa fina.

Madrid: calle de Vergara, 10.

LECCIONES DE MUNDO

Y

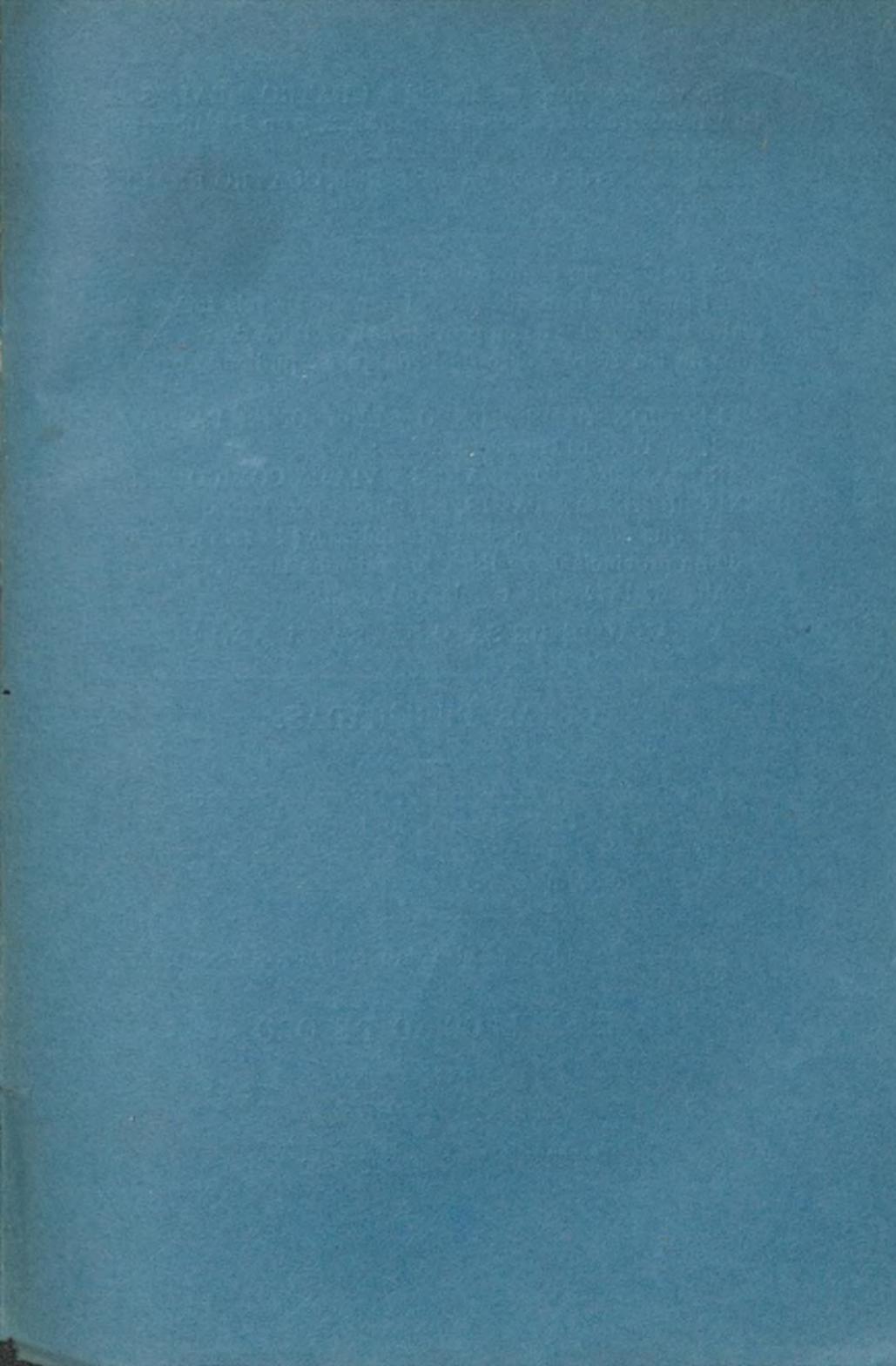
LECCIONES FAMILIARES

por

D. TEODORO GUERRERO.

Á los suscritores de los *Cuentos de salon*, *Los Niños* y *El Cascabel*, que pidan ejemplares de los dos libros juntos, se les dará á PESETA el tomo en toda España.

Pedidos: á la Administración plaza de Matute, 2, ó al autor, calle de San Andrés, 1, principal.



Se vende el tomo en Madrid á CUATRO REALES en la Administracion, plaza de Matute, 2, y en las librerías. En provincias, CINCO REALES. En las islas de Cuba y Puerto-Rico, CUATRO REALES FUERTES.

Se publica un tomo todos los meses.

El suscriptor que adelante el importe de seis tomos (24 reales en Madrid y 30 en provincias), recibirá de regalo un libro de Guerrero y otro de Frontaura, pudiendo escoger entre los siguientes:

LECCIONES DE MUNDO y LECCIONES FAMILIARES, de Teodoro Guerrero.

ROMANCES POPULARES y VIAJE CÓMICO Á LA EXPOSICION DE PARIS, por Carlos Frontaura.

El que adelante el importe del año (48 rs. en Madrid y 60 en provincias), recibirá los mismos libros, y en Diciembre de 1872 se le regalará el gran

ALMANAQUE DE SALON PARA EL AÑO 1873.

OBRAS PUBLICADAS.

Una Perla en el fango, por T. Guerrero, un tomo.

Brígida, por C. Frontaura, un tomo.

La Camelia y la mariposa y Una Historia de lágrimas, por T. Guerrero, un tomo.

En Mayo se publicará el tomo quinto, que contendrá los cuentos

EL VELLOCINO DE ORO

I

FEA Y POBRE

POR DON TEODORO GUERRERO

